



Cultura

PARA
EL DESARROLLO

Armando Hart Dávalos

Franco / 1980



Armando Hart Dávalos (1930)

graduado de Derecho. Es uno de los intelectuales cubanos más destacados de las últimas cuatro décadas del recién finalizado siglo xx.

A su vida, intensa y fructífera, le singulariza el privilegio de conjugar —como pocos—, la experiencia de la lucha revolucionaria con un pensamiento filosófico acorde a los acontecimientos del mundo contemporáneo.

Ministro de Educación (1959-1965); y actual Director de la Oficina del Programa Martiano, ha sido protagonista de innumerables acontecimientos y procesos transformadores de trascendencia histórica en la cultura cubana. Como hecho fundacional se erige la Campaña de Alfabetización (1961), célula primigenia de la actual eclosión artística, literaria y cultural que vive el país en los últimos años.

CULTURA PARA EL DESARROLLO

EL DESAFÍO DEL SIGLO XXI

CULTURA PARA EL DESARROLLO

EL DESAFÍO DEL SIGLO XXI

Armando Hart Dávalos



Sociología



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2001

Revisión de los textos: Nélida Pérez Hernández
Edición: Golde Szklarz Grinfeld
Diseño: Carmen Padilla González
Ilustración de cubierta: Flora Fong
Bosque Tropical, 1990
Emplante automatizado: Idalmis Valdés Herrera
Corrección: Pilar Trujillo Curbelo

- © Armando Hart Dávalos, 2001
- © Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 2001

ISBN 959-06-0444-7

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras publicaciones.

Instituto Cubano del Libro
Editorial de Ciencias Sociales
Calle 14, no. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.



A Ernesto Che Guevara y Carlos Rafael Rodríguez, cuya identidad esencial, el ideal socialista, y diferencias en cuanto a énfasis acerca de los estímulos materiales y morales forman parte de la mejor tradición intelectual de nuestro país. Ellos están en el sustrato de la cultura cubana, la de Martí y Fidel y cuyas ideas y la experiencia de cerca de 40 años me han inspirado estos análisis.

Índice



Prólogo	IX
Cultura y desarrollo	1
Hacia una pedagogía de la justicia, de la utopía y del desarrollo	27
El reto iberoamericano ante el siglo XXI	44
El compromiso intelectual cubano en la llamada “era postmoderna”	65
Para dejar una huella perdurable en el planeta	80
Por la paz y la solidaridad en tiempos de barbarie	92
Retos y estrategias en el fin del milenio	108
Cultura y turismo	124
Cultura y desarrollo: el desafío de nuestros tiempos	134

Prólogo



La reedición de los trabajos sobre Cultura y Desarrollo del Doctor Armando Hart, recogidas en este libro titulado Cultura para el Desarrollo, el desafío del siglo XXI, aparece en un nuevo contexto en el que la cultura afianza su papel como síntesis propiciadora de las mejores virtudes humanas y medio de integración fecunda entre dos dimensiones tan frecuentes y trágicamente desarticuladas e incluso enfrentadas, como son la cultura y el desarrollo.

La relación entre cultura y desarrollo es simplemente vital y estratégica porque ella aborda problemas que están en el centro mismo de la contemporaneidad cubana, latinoamericana y universal; porque formula líneas de reflexión a preguntas angustiosas sobre el futuro de esa especie en peligro de extinción que es la especie humana; porque dada la trascendencia y la dimensión universal del desafío planteado a todos, no es un asunto solo de coyuntura política inmediata, sino de calado estratégico.

En la literatura económica, social y política, pueden encontrarse miles de obras sobre un tema tan decisivo para toda la humanidad y tan escurridizo para la mayoría de ella como es el desarrollo. También pueden encon-

trarse multitud de modelos de desarrollo siempre específicos para un contexto y casi siempre promocionados hasta pretensiones de validez universal, elaboraciones matemáticas de supuesta infalible precisión; ideas que repetidas por el oligopolio transnacional de los medios de comunicación se han convertido en paradigmas de inevitable obediencia para avanzar por un camino de desarrollo presentado como único, así como numerosas escuelas de pensamiento sobre el desarrollo que van desde las mejores contribuciones marxistas originales hasta la arrogante petulancia de decretar el fin de la Historia como equivalente del triunfo universal y eterno del capitalismo.

El desarrollo, como realidad económico-social y científica, es en el mundo actual, hiriente opulencia para una exigua minoría y esperanza remota e improbable para grandes mayorías. Hoy, la distancia entre desarrollo y subdesarrollo es más abismal que nunca. Globalización, pobreza e inequidad son los tres ingredientes más notorios del orden mundial de nuestros días.

En el mundo globalizado actual se han globalizado muchas cosas, excepto la riqueza y el desarrollo. El 75 % de la población mundial vive en países subdesarrollados, el 60 % de esta población es pobre y el 25 % vive en la pobreza crítica. Es un insulto a la Humanidad la presencia simultánea de la conquista del cosmos, de la alteración deliberada de los códigos genéticos y el manejo de la realidad virtual con 800 millones de seres humanos hambrientos.

Se han globalizado las imágenes consumistas, las apetencias derivadas de los instintos primarios y la filosofía de que lo único válido es el éxito entendido como acumulación de riqueza. Como ha señalado Eduardo Galeano nunca el mundo fue tan desigual en las oportunidades que brinda y tan igualitario en las costumbres que impone. El mundo donde se confunde calidad de vida con cantidad de cosas y se niega todo valor a lo que no tiene precio. Un mundo con tanta pobreza y exclusión que en él la invitación al consumo constantemente repetida, es

una invitación al delito y donde es escarnio cotidiano que la riqueza de las 225 personas más opulentas del planeta sea igual en términos de ingreso a la pobreza de 2 500 millones de seres humanos.

A esa realidad nos enfrentamos en la búsqueda de una vía para hallar solución positiva y humana al desafío planteado por la inequidad, la insolidaridad y la exaltación de los instintos primarios.

La dimensión cultural del desarrollo es la que resulta capaz de integrar el mayor número de factores económicos, sociales, éticos, jurídicos y estéticos al desarrollo, concebido este como un proceso multidimensional e integral y la cultura como la síntesis depurada y al mismo tiempo el medidor supremo de la calidad del desarrollo.

Nuestra época se caracteriza por el entrelazamiento de los hechos y luchas económicas con una superestructura que en modo alguno es pasiva y en la cual la cultura, en tanto expresión de conciencia colectiva, desempeña un papel progresivamente superior. No comprender este papel activo de los valores espirituales, morales, ideológicos y practicar una cierta teología desarrollista que entendía el desarrollo ante todo como cifras y metas productivas a alcanzar por medio de mayor remuneración para consumir, fue uno de los factores que explican la desaparición del llamado "socialismo real" y la tragedia social que tiene lugar sobre sus ruinas.

Del mundo desarrollado recibe hoy el tercer Mundo un discurso portador de otra concepción mutilada del desarrollo.

Es el discurso neoliberal que hace del mercado perfecto y su mano invisible, la suma y compendio de todas las claves para alcanzar el desarrollo, de la privatización la única fórmula compatible con la naturaleza humana, de la retirada del Estado de toda actividad económica el único modo de lograr la eficiencia. Es un discurso y una política brutalmente reduccionista que al absolutizar el mercado sin regulación, refuerza su espontánea tendencia a hacer más ricos a los ricos y más

pobres a los pobres. Un discurso y una política anticulturales, en el que la cultura se reduce a mercancía que carece de sentido sin precio de mercado y se impregna de codicia, egoísmo e instintos tan salvajes como el capitalismo salvaje de exportación para consumo de tercermundistas. Un discurso y una política que muestra resultados tan perversos en América Latina como la existencia de 94 millones de personas clasificadas estadísticamente por la CEPAL como indigentes. Esto es, después de 20 años de disciplinada aplicación de la fórmula neoliberal para acceder al desarrollo, uno de cada cinco latinoamericanos es un indigente y son pobres dos de cada cinco habitantes urbanos y tres de cada cinco habitantes rurales.

Y es el tema de la ética, como soporte de la integración entre Cultura y Desarrollo, en términos universales, una constante a lo largo de todos los textos que este libro nos entrega.

Uno de los principales méritos de toda la producción intelectual de Armando Hart, en torno al vínculo entre cultura y desarrollo, es destacar “el papel de la ética en el desarrollo social e histórico”.

Según palabras del autor: “el desarrollo material, de no articularse con la vida espiritual y en particular con la moral,produciría un desequilibrio muy grave en el seno de la civilización que tarde o temprano repercutirá sobre la economía hasta conducir incluso un colapso”.

Es en ese marco de compromiso y deber que se inserta este libro Cultura para el Desarrollo, el desafío del siglo XXI por ser Hart, uno de nuestros sobresalientes intelectuales que ha enfrentado con su práctica de vida y pensamiento revolucionarios los retos más importantes de nuestro tiempo.

OSVALDO MARTÍNEZ

Cultura y desarrollo*



I

Ante cada suceso nuevo en el mundo me confirmo en la vocación de universalidad que inspira la intención y acción de mi vida personal, y la de los mejores cubanos de varias generaciones que hoy se enfrentan al más extraordinario desafío que la historia le ha impuesto a Cuba. En el mundo actual, los nacionalismos y regionalismos se exageran como consecuencia de que durante largo tiempo los pueblos han sido sometidos a torpezas políticas y a arbitrariedades sociales y económicas que tienen antigua historia. Estas últimas son su causa verdadera, su raíz de fondo, y entre sus consecuencias está que constituyen un obstáculo o una limitación a las mejores aspiraciones de universalidad.

* Una versión inicial de este texto fue presentada por su autor a la consulta regional latinoamericana y caribeña de la Comisión Mundial de la Cultura y el Desarrollo que tuvo lugar en Costa Rica los días 22 y 23 de febrero de 1994.

El lector podrá apreciar que a lo largo de la obra algunas ideas se repiten como parte necesaria de la exposición. Los textos constituyen una recopilación de discursos pronunciados en diferentes momentos, donde la esencia permanece vigente. Estos fueron revisados y actualizados.

Los intereses imperiales intentan aun hoy promover por todos los medios a su alcance la homogeneización del orbe. En estas dramáticas condiciones, la nación cubana, parte inseparable de la América que Martí llamó mestiza y trabajadora, se proyecta con su inmensa tradición espiritual y con un sentido de universalidad arraigado en su cultura patriótica y de liberación social.

Empiezo por recordar que nuestro país no podría resolver los problemas que hoy confronta sin vincular la cultura a la problemática social y económica. El enorme potencial educacional, científico, técnico, artístico y cultural en general, creado a partir del triunfo revolucionario, constituye uno de los elementos decisivos para abordar los inmensos retos actuales, relacionarse con el mundo y mantener su identidad.

Si la nación cubana se ha sostenido en los principios esenciales de la Revolución, a pesar de los reveses históricos sufridos por el socialismo a escala mundial, ha sido por los nexos que durante más de cuatro décadas hemos mantenido entre las aspiraciones sociales y las de carácter cultural. Más aún: si en la actualidad hiciéramos el tipo de cambio político y social que nuestros adversarios promulgan, se crearía un disloque social y cultural de proporciones catastróficas.

Incluso, para la aplicación de las indispensables medidas de cambio que la realidad económica impone, es imprescindible cuidar y proteger las conquistas alcanzadas, y mantener una relación muy directa con la población, o de lo contrario se perdería la cohesión esencial para el sostenimiento del país. No es una consideración doctrinaria ni voluntarista la que nos lleva a nuestra política actual: es una necesidad enlazada con el desarrollo social y cultural

que ha alcanzado Cuba. Pero el análisis de los complejos vínculos entre cultura y desarrollo trasciende la discusión del caso cubano: es preciso referirse al debate actual en los espacios internacionales.

Fue la delegación cubana la que en la Reunión Mundial sobre Política Cultural efectuada en México, en 1984, propuso la iniciativa del Decenio Mundial de la Cultura. En la marcha del Programa del Decenio se ha puesto en evidencia que es imprescindible estudiar los vínculos entre cultura y desarrollo social. Anteriormente, en la reunión del Movimiento de Países No Alineados celebrada en La Habana para tratar asuntos relacionados con la educación y la cultura, habíamos planteado la necesidad de abordar este problema crucial.

Aun antes hicimos otros intentos: en la reunión en Moscú de los Ministros de Cultura de los Países Socialistas, en 1977, señalamos que si la cultura no se asociaba al desarrollo económico y social se crearían graves problemas para el socialismo. Sobre este asunto estuvimos insistiendo durante más de una década en las reuniones con los países del CAME.

En el Encuentro de Ministros de Cultura de los Países Socialistas llevado a cabo en La Habana en 1988 —que dramáticamente fue el último—, acordamos plantear el asunto en el seno del CAME. Y allí fuimos a presentar el problema en una comisión presidida por Cuba, pero la situación en el “socialismo real” estaba ya muy deteriorada y nada se pudo hacer.

Después, se ha insistido en la cuestión en las reuniones de Ministros de Cultura de la América Latina y el Caribe. Se ha avanzado en comprensión, y creo que existe un consenso importante acerca de la magnitud y gravedad del problema. Es importante anotar que estas reuniones de Ministros se han realizado

en seis países, y que hemos encontrado caminos de integración cultural y comenzado a andar.

En la reunión celebrada en Costa Rica se debatió el resumen del informe mundial acerca de la cultura y el desarrollo, sobre la base del mandato de la Comisión de la Cultura y el Desarrollo de la UNESCO y las intervenciones del señor Javier Pérez de Cuéllar al presentar sus tareas. Al estudiar estos documentos experimenté la íntima satisfacción que cualquier persona siente cuando ve confirmadas en las intuiciones y convicciones de especialistas y científicos sus propias convicciones e intuiciones.

Si tal es el amplio consenso acerca de la importancia del problema, cabe preguntarse: ¿qué ha impedido o impide aún extraerles todas las consecuencias prácticas a estas verdades? La raíz de esta imposibilidad está en los intereses egoístas que en todas las latitudes, y durante mucho tiempo, han dominado en la historia y creado ideologías contradictorias a las mejores disposiciones humanas.

Hay verdades que el sentido común revela y que, ocultas tras una espesa madeja ideológica movida por ambiciones egoístas y por enfoques parciales, se pasan por alto y luego causan gravísimas dificultades. Una de ellas es que las civilizaciones nacieron, crecieron y se fortalecieron sobre el presupuesto de la savia espiritual y cultural que lograron generar.

En el mundo actual —que algunos quieren llamar “posmoderno”— se ha impuesto, tanto en el Este, como en el Oeste, como una gran calamidad, el materialismo vulgar y ramplón, y se concreta la amenaza de que todas las contradicciones sociales, políticas, económicas y culturales se agudicen y multipliquen, se hagan incontrolables y conduzcan al fin de la historia, que no sería otro que el último capítulo de la vida humana sobre la Tierra.

Los hombres y mujeres de preocupaciones sociales y culturales estamos en la obligación de subrayar algunos hechos históricos de vieja trascendencia y de los cuales no se extraen todas las consecuencias posibles. No habrá modernidad como la que deseamos para el siglo XXI sin examinar la historia y la prehistoria del hombre y algunos de sus rasgos distintivos.

La civilización esclavista de los romanos y el sistema colonial que establecieron no hubieran perdurado cerca de mil años la primera, y más de medio milenio el segundo, sin el prodigioso sentido práctico y la portentosa cultura jurídica que, afirmados en una extraordinaria producción intelectual, se reconocen hoy como una de las grandes virtudes del antiguo imperio.

En el ocaso del feudalismo, el ascenso del capitalismo europeo no se concibe sin la exaltación de la cultura clásica antigua y su renovación, expresada en lo que llamamos Renacimiento. Los procesos revolucionarios, las transformaciones económicas que ejemplificamos con la Revolución Francesa, pero que se extendieron por vastas regiones de la Tierra, son impensables sin los enciclopedistas y el pensamiento que entonces se creó. Asimismo, las ideas socialistas del siglo XIX no hubieran existido sin la cultura universal acumulada.

Del mismo modo, el movimiento revolucionario independentista de los pueblos de nuestra América se impuso sobre el dominio colonial ibérico, porque fue receptivo a las tradiciones culturales y políticas más elevadas de la humanidad de su tiempo. Determinadas capas sociales de nuestra América habían asimilado una cultura política mucho más profunda y renovadora que la prevaleciente en la Metrópoli.

Ellas se identificaron con los intereses de las masas explotadas y de la independencia de nuestros países.

La relación entre economía y cultura se aprecia de forma muy clara al investigar las razones por las cuales los hombres más informados en los regímenes capitalistas altamente desarrollados están promoviendo el arte y la cultura de acuerdo con sus intereses y dentro del esquema de su sistema social. La esencia del problema está en que, en la relación entre el productor y el consumidor, el arte y, en general, la cultura, desempeñan un papel cada vez más destacado en el seno de la sociedad capitalista desarrollada. Esto se debe, en gran medida, a la amplitud y extensión que ha adquirido ese sistema, y a que determinadas capas de la población han alcanzado niveles de información, los cuales tienen que ver también con la función comunicativa que poseen la cultura y el arte.

La cultura siempre ocupó un lugar destacado en los procesos productivos y en la economía. En el pasado y, desde luego, en el presente, ha estado muy relacionada con los conocimientos tecnológicos y científicos y con el crecimiento de la riqueza. En la actualidad y, sobre todo, en el futuro inmediato y mediano, el fenómeno se extiende de manera creciente hacia las operaciones de comercialización y como parte consustancial al papel destacado de la información. De esto se desprende que es necesario determinar la magnitud económica de la cultura y el arte.

Algunas veces es posible la cuantificación aritmética y, si se hace con rigor, lo podemos comprobar de forma sencilla en casos concretos que tenemos a la vista. En otras, la influencia de la cultura es de tal dimensión económica que resulta difícil medirla

por las mismas razones que las extensiones en el espacio infinito no se determinan con cintas métricas.

El problema está en que el carácter social de la producción ha adquirido una dimensión muy superior y sigue creciendo a escala mucho mayor que la de finales del siglo XIX y principios del XX. Lo mismo ocurre con el proceso de internacionalización de las relaciones económicas.

No se puede renunciar a la acumulación de conocimientos, información y sabiduría alcanzados en el orden de las ciencias sociales en los dos siglos anteriores, y es incuestionable que cualquiera que sea el matiz o la interpretación que cada quien tenga acerca de las ideas socialistas —empleando esta expresión en su sentido más amplio y sin entrar en un debate en relación con las diversas corrientes que al respecto han existido o existan— estas, como conjunto, constituyen el progreso más alto que en ese orden se haya alcanzado.

Fue en el llamado “siglo de las luces” cuando, sobre el fundamento de los estudios económicos, filosóficos y de los más vastos planos de la cultura precedente, se crearon las bases para las ciencias sociales y económicas como las conocemos hoy. Sin embargo, no se alcanzó, ni podía objetivamente alcanzarse, una apreciación certera de la dimensión que iban a tomar ciertas verdades esenciales entonces descubiertas. Como siempre ocurre en la historia de la ciencia, nuevos planos de la realidad se revelaron en el proceso ulterior.

El avance de las ciencias sociales y económicas del siglo XIX, con su enorme riqueza, no pudo apreciar, en toda su magnitud y detalles, fenómenos como el papel de los movimientos migratorios, especialmente desde Europa hacia los Estados Unidos; la ex-

pansión económica de este país sobre el fundamento de su enorme extensión territorial; el desenlace y el significado de la explotación colonial y neocolonial; el gigantesco crecimiento de la productividad del trabajo y el entrelazamiento de todos y cada uno de sus factores con fenómenos de la superestructura que iban a darle un carácter diferente a la lucha entre los grupos y clases poseedores de la riqueza y las masas explotadas.

Esto, además de muchos otros elementos —entre los cuales se destaca el complejo proceso de la práctica socialista de las últimas décadas y su dramático desenlace— determinó que el siglo xx dejara, como uno de sus resultados, nuevas escalas de internacionalización bajo el dominio de un grupo reducido de países, sectores y clases sociales. Lo sustancial está en que la riqueza permanece en manos de las minorías y la pobreza de la inmensa población del globo se hace cada vez más aguda.

Con independencia de cualquier debate intelectual o científico en relación con las formas o modelos mediante los cuales tratar el problema, el hecho existe, y tenemos que apoyarnos en el progreso alcanzado por las ideas y la cultura para abordarlo con seriedad y rigor. No es destruyendo las conquistas de la cultura universal como se puede avanzar. Todo adelanto sobre este presupuesto acabará provocando problemas muy graves. Y hay conquistas irrenunciables que salvaguardar, como la independencia y soberanía de los estados y el respeto irrestricto a la identidad cultural de cada pueblo, nación o grupo humano. Estas conquistas hay que garantizarlas como fundamento objetivo para asegurar que los nuevos alcances de la internacionalización de las riquezas no generen problemas aún más graves.



II

Lo que distingue la época que vivimos, en relación con los hechos dramáticos generados por las contradicciones sociales que vienen acumulándose desde el inicio de la historia humana, es que las luchas económicas que se hallan en la esencia de estos problemas se encuentran hoy entrelazadas, de manera peculiar y cada vez más pronunciada, con los fenómenos que se han dado en llamar de la superestructura, en la cual, la cultura, en tanto expresión de conciencia colectiva, desempeña un papel progresivamente superior. Es nuestro deber insistir en que no se puede renunciar a este papel.

Por lo pronto, y sólo de una primera mirada, ya hoy no vale hablar solamente de la contradicción entre pobres y ricos, sino también entre naciones enriquecidas y naciones empobrecidas. Es decir, los enfrentamientos entre los dueños de la riqueza y las masas trabajadoras y explotadas están vinculados a otras categorías de fundamento tan real como las de nación, grupos étnicos y nacionales, movimientos migratorios y cambios generacionales, entre otros. A este entrelazamiento no se le ha extraído toda su sustancia científica. En todas las épocas estas categorías han estado presentes, recorren el siglo xx pero se han revelado, en los finales del milenio, de forma más compleja, dramática y universal.

La ventaja que podemos tener sobre nuestros antecesores es la de adquirir conciencia del asunto y estudiarlo con precisión, y en ello a la cultura le corresponde desempeñar un papel irrenunciable.

Existe otra ventaja: disponemos hoy de un instrumento que hace cincuenta años no existía, un escenario político, jurídico y cultural para la discusión de estos problemas. Apoyamos abrir un debate democrático de estas ideas en el seno de la UNESCO, y que ello se haga con profundo sentido científico y humano.

Partimos de que los más altos niveles de internacionalización de la vida económica son hechos objetivos a los que no podemos renunciar; lo contrario sería encerrarnos en un caracol para, a la postre, vernos aplastados por la realidad. Pero, su inevitabilidad no justifica que ese proceso perjudique y trastorne la vida social y espiritual de los pueblos. Aceptamos el desafío del desarrollo, no obstante, hay que insistir en que este reto presupone principios éticos y culturales, y obliga a defender a la humanidad del holocausto, a los pobres de la miseria, y a la Tierra misma del desastre ecológico que ha denunciado la mayoría de los estadistas del planeta.

Resulta imprescindible para la economía mundial, entendida esta en su real sentido universal, que el desarrollo se promueva sobre el presupuesto de responsabilidades éticas y culturales, las cuales impidan que se aplaste la vida espiritual y la existencia de centenares de millones de seres humanos. Estos valores, para que tengan real significado, hay que plantearlos en términos universales. Hablamos de desarrollo de toda la humanidad y no sólo de una parte de ella. En este problema está involucrada la propia existencia de la humanidad.

Sólo un sentido ético y cultural de validez universal nos permitirá entender la profundidad del drama económico y social que tenemos delante, encontrar caminos de soluciones y enfrentar un esfuerzo siste-

mático por vencer los gigantescos abismos que hoy existen entre la riqueza y la pobreza.

Este conflicto entre el poderío económico y la dominación social, de un lado, y la resistencia multiforme y creciente contra esas injusticias, del otro, tiene naturaleza y alcance singulares, entre otras razones, porque se manifiesta en las condiciones de un desarrollo científico y tecnológico que avanza en progresión geométrica y, por consiguiente, va generando problemas y conflictos sociales ese mismo ritmo. Así, el abismo entre países ricos y pobres, con todas sus complicaciones, se amplía a igual escala.

Tal proceso encierra, como siempre ha sucedido en la historia, un drama humano. Todos, sin excepción, estamos involucrados en la encrucijada. Si predominan los instintos primarios, es decir, egocéntricos, que tenemos como *homo sapiens*, estos pueden llevarnos al final de la civilización e, incluso, de la historia natural que condujo hasta el ser humano. Tengo la convicción de que, a la postre y tras agudas y dolorosas luchas, se impondrá una conciencia colectiva de alcance universal. Al menos, nuestro deber por haber recibido una herencia cultural de milenios, nos obliga a reflexionar y actuar en esta dirección. Para cumplir esta misión debemos tener muy en cuenta los gigantescos obstáculos que se interponen a nuestra noble aspiración. Entre ellos está la prepotencia con que actúa la representación de determinados países, está el hecho de que algunos estados miembros se han separado de la UNESCO, lo cual, desde luego, no ayuda a la democratización que reclamamos.

La contención que actualmente representan los principios éticos y jurídicos de valor universal y el sistema institucional que encarna la moderna civilización, en cuya cúspide se hallan las Naciones Uni-

das, está en peligro de sufrir un desprestigio colosal por el uso arbitrario y el ejercicio abusivo del poder por parte del Consejo de Seguridad y las fuerzas que condicionan sus decisiones.

El crecimiento de la arbitrariedad y abuso de poder ha conducido al quiebre de los sistemas socio-culturales. El sistema de las Naciones Unidas necesita fortalecerse, pero sólo lo puede hacer por las vías de la democratización, a fin de alcanzar más autoridad moral y posibilidades más amplias de acción. De lo contrario, perderá el prestigio indispensable para resolver los conflictos. Hay experiencias recientes.

Si esta institucionalización, surgida como uno de los progresos culturales más importantes del desenlace de la Segunda Guerra Mundial, no se transforma o perfecciona en dirección a una mayor democracia y al respeto de los principios político-jurídicos que teóricamente inspiran la civilización moderna, se habrá perdido, a escala mundial, toda posibilidad de ductilidad en relación con la contención necesaria para defender los intereses de la humanidad.

No crean los círculos más egoístas y dominantes de la civilización occidental que es sencilla la expansión de su economía dentro de los cánones deshumanizados con que hoy algunos contemplan las culturas y los intereses de la inmensa mayoría de los seres humanos.

Si nos guiamos por la experiencia histórica, las civilizaciones materialmente superiores, en su expansionismo muchas veces no han logrado aplastar o liquidar la cultura, las costumbres ni las aspiraciones de los pueblos a marchar por caminos propios. Lo que han logrado es crear traumas y abismos que después resultan infranqueables y de difícilísima solución.

La poderosa civilización europea, en su expansionismo en la India, China, Vietnam y Asia en general, no pudo destruir la idiosincrasia, las costumbres ni las aspiraciones de aquellos pueblos a marchar por caminos propios. En África, la expansión económica y tecnológica europea no ha podido extinguir las aspiraciones de las diversas comunidades a una vida independiente, ni las propuestas más avanzadas de la civilización occidental pudieron liquidar los sentimientos, costumbres e ideas de los pueblos mahometanos. En África del Sur, una población de origen europeo que se instaló y creció con el propósito de desarrollar una identidad propia, ha tenido que enfrentar la resistencia heroica de la población negra de aquellas latitudes y dialogar con ella.

La conquista y civilización ibérica en nuestra América afectó profundamente las tradiciones, costumbres y valores culturales de las poblaciones originales. Pero estas, superadas material y técnicamente, mantienen todavía su vigencia en numerosas regiones del continente y en algunas se presentan agudas contradicciones sociales entre la población de origen europeo y la indígena.

La pregunta que el hombre moderno debe hacerse es la siguiente: ¿cómo operarán, en la actualidad y en el futuro inmediato, las nuevas condiciones de explotación económica y social sobre las naciones oprimidas?; ¿qué efecto tendrán sobre el conjunto de la humanidad? Operarán apoyándose, de manera creciente, en vías y formas tomadas de la cultura o relacionadas con ella. Este es un vasto tema que ha sido denunciado reiteradamente y debe ser estudiado, porque el control de la información y de los instrumentos de formación de opinión por parte de mino-

rias en países que, además, son dominados por grupos y clases sociales numéricamente minoritarios, constituye un asunto cuyo análisis no podemos rehuir.

Hoy el mundo se ha interrelacionado y no sólo hay pobres en Asia, África y la América Latina, sino también en los países más altamente desarrollados. Existen fuertes movimientos migratorios que preocupan más a los que reciben inmigrantes que a los países de donde estos proceden.

Hagamos una abstracción: ¿qué hubiera sucedido si en los tiempos de la conquista y colonización de América, en Europa hubieran estado vivas y activas, como lo están hoy en las potencias centrales, capas de población con cultura y costumbres de los pueblos sometidos a esa conquista? Pero hay más: las naciones que hoy sufren las nuevas formas de conquista poseen importantes núcleos de población capaces de entenderlas y de vincularse, por razones patrióticas, económicas y de desarrollo espiritual, entre otras, a los intereses de los oprimidos. Subdesarrollo no es ausencia de desarrollo, sino desarrollo desigual. En los llamados países del Tercer Mundo hay centros de alto nivel de desarrollo del pensamiento político y social que pueden identificarse con las agobiantes necesidades de las masas explotadas y comunicarse por la vía de la cultura con la población que ha emigrado a los países donde se encuentran las grandes metrópolis neocolonizadoras.

No podemos contemplar este panorama con los brazos cruzados; ello sería contribuir a la destrucción de la cultura acumulada y a la creación de traumas sociales de incalculables consecuencias históricas. Hay sobrados ejemplos en América, desde la época en que llegaron a nuestras tierras los primeros europeos. Todavía, a más de cinco siglos de distancia, existen cicatrices y heridas que sangran por los efec-

tos del impacto de una civilización ajena sobre los pueblos autóctonos. En Asia y África aún hay huellas hondas ocasionadas por el tratamiento inhumano de los problemas sociales. En la propia Europa, en la actualidad están más presentes que nunca situaciones similares cuya gravedad se agudiza por día: la xenofobia, el racismo, el fascismo están adquiriendo fuerza. Sobre el viejo continente deambulan ya problemas que estuvieron vivos en la primera mitad del siglo: ellos tienen raíces económicas y se expresan en el plano de la cultura de forma cruda.

En los territorios de la antigua URSS y el campo socialista europeo se vienen observando las realidades dramáticas nacidas en gran medida de la desvinculación entre la cultura y el desarrollo. Estimo que uno de los elementos decisivos de esa historia reciente está en que el papel asignado a la cultura y a la superestructura en aquellos países no se correspondió con la gigantesca base material, técnica y científica y con las responsabilidades que estos llegaron a alcanzar tras esfuerzos denodados y heroicos.

Se ha destruido un orden fundamentado en el equilibrio bipolar. Extraigamos todas las conclusiones de este hecho, que viene analizándose de forma parcial y tendenciosa. Si tal orden bipolar, que muchas veces no lo fue —pues una diversidad de procesos sociales y políticos se desarrolló al margen de este—, quebró, menos podrá garantizarse sobre la base de la unipolaridad. La homogeneización del mundo en un solo polo significará un debilitamiento de la contención y el fracaso de cualquier fórmula que propicie la ductilidad que reclaman los documentos de la UNESCO. La única solución dúctil es el camino de la democracia y de la confrontación civilizada de las ideas y los intereses de los pueblos.

Los sectores dominantes de Occidente no han de hacerse ilusiones acerca de que ha llegado la época de una nueva *pax romana*. Se ha extinguido el llamado "socialismo real", pero las desigualdades sociales que dieron lugar a la Revolución rusa de 1905 y las de febrero y noviembre de 1917, están hoy multiplicadas en todo el orbe.

Hay que reconocer, como se plantea en el informe de la comisión a la Conferencia General de la UNESCO de 1991, que las relaciones entre cultura y desarrollo nunca han sido estudiadas a fondo. Prestigiosos investigadores de nuestra América han subrayado que la cuestión social ha estado ajena, al margen y preterida en la civilización occidental. Sin embargo, el estudio y la investigación del drama social constituyen el problema más importante de la cultura de nuestra época.

Todos reconocemos que el problema social ha sido históricamente tratado de manera discriminatoria e injusta para la inmensa mayoría de la humanidad. Este es un hecho bien conocido y no se necesitan explicaciones para subrayarlo. El problema social se revela diariamente en la actual civilización occidental, no como cultura en su acepción más amplia, profunda y abarcadora, sino como tragedia cotidiana.

No sería yo quien fuera a negar el gigantesco esfuerzo de numerosos hombres y mujeres de nuestra América y del resto del mundo que han entendido y hecho aportes trascendentales al tema. Pero hay que reconocer que los estudios sociales, cuando profundizan y escudriñan en las verdades científicas que les son específicas, tienen que enfrentarse con la radical oposición de los intereses económicos dominantes. Estos conciente o inconcientemente, se niegan a valorar la gravedad del problema y la tra-

gedia moral que viven millones y millones de seres humanos y que día a día se hace más aguda. No doy cifras de la pobreza, de la miseria ni de los niveles de instrucción, porque están en todos los anuarios y documentos especializados de conocimiento universal, y se trata de verdades evidentes.

Para empeñarnos en un esfuerzo serio, sistemático y de muchos años en relación con los vínculos entre cultura y desarrollo, tenemos que tener presente esa realidad. El problema consiste en cómo abordar la solución de una forma culta y civilizada, que esté al alcance de nuestras posibilidades y responsabilidades de trabajo. Estriba también en hacerlo en la época moderna, cuando se está produciendo una inevitable interrelación económica mundial que no quiero calificar de regresiva a pesar de que esta representa un gravísimo reto para los pueblos como el mío, de menor nivel de desarrollo material.

Constituye un deber cooperar con el crecimiento de nuevas ideas capaces de producir mayor entendimiento entre los seres humanos, pero sobre el presupuesto de que no se imponga, en nombre de un interés parcial, nacional o de grupo, la ideología que pretende homogeneizar el mundo y que, ciertamente, no ha muerto. Es preciso hacerlo siempre que esas ideas vayan encaminadas a resolver el problema de la miseria, el atraso y la vida angustiosa que viven millones de personas.



III

En los tiempos que vivimos y los del futuro inmediato y mediato, la cultura no puede fragmentar en compartimentos estancos ni considerarse desvincu-

lada del pensamiento filosófico, económico, social, ético, jurídico, y estético acumulado a lo largo de los siglos. Esta integralidad es la que fundamenta la idea expuesta en algunos documentos de la UNESCO acerca de que la dimensión cultural del desarrollo ha demostrado ser el concepto que integra el mayor número de factores al proceso de desarrollo. Esto equivale a subrayar su enorme poder de movilización social. Esta lección la he recibido de la historia de la cultura cubana. Tal integralidad se hizo explícita desde principios del siglo pasado y alcanzó su plenitud en José Martí, cuando afirmó: *Con los pobres de la tierra/quiero yo mi suerte echar.*

Si como se afirma en los foros internacionales las fronteras geográficas ya no pueden ser un freno para la influencia de la cultura en los problemas que plantea el desarrollo social, tenemos un camino para abrirle paso al pensamiento de lo mejor, más depurado y elaborado de la cultura universal. Si esto es así, imponer trabas a un país que intenta desarrollarse de manera coherente y sostenida, y sobre los fundamentos de sus raíces culturales y de la composición social de su población, sería una limitación inaceptable a los vínculos entre sociedad y cultura. Sería una imposición dogmática, ajena a los principios humanistas de la cultura latinoamericana y caribeña.

Se quiere matar la esperanza en un mundo más justo. Incluso se habla del fin de la historia. Las incongruencias, irracionalidades e injusticias del mundo contemporáneo confirman que aún vivimos en la prehistoria. La verdadera historia comenzará cuando los seres humanos puedan vivir en paz y avanzar unidos hacia la conquista de la felicidad, a la que tienen derecho reconocido formalmente en las constituciones proclamadas como las más democráticas

del mundo. Esos derechos deben ser reconocidos y aplicados para todos los hombres, las mujeres y para todos los países, y no exclusivamente para una parte de ellos.

Cuando en determinados escenarios se defienden, en nombre de principios jurídicos y parlamentarios que comparto, los derechos de las minorías, me pregunto: ¿y quién respeta y representa los derechos de la inmensa mayoría explotada? ¿Cómo hacerlo?

Para dar pasos prácticos, debemos defender —como hemos expresado antes— los principios de cultura política y social en todos los escenarios de la vida internacional que sirven de fundamento teórico a la civilización occidental. Y no sólo esto, debemos reclamar su aplicación en todos los escenarios de la vida internacional. Son principios que ha dictado la convivencia entre naciones, sin los cuales no habrá en el desarrollo social la influencia que necesitamos y deseamos de la cultura. Estos principios están consagrados en la Carta de las Naciones Unidas, en los documentos fundacionales de la UNESCO y de diversas instituciones internacionales. Recordemos algunos de ellos.

Primero, el principio de autodeterminación de los estados y de plenitud de la soberanía nacional. Segundo, el respeto irrestricto a la identidad cultural de cada pueblo. Tercero, la más amplia libertad de comercio a escala internacional y que ningún país pueda imponerle a otro legislaciones de carácter interno que limiten este irrenunciable derecho.

Una de las mayores conquistas culturales de la segunda mitad de siglo lo constituyen los escenarios de las Naciones Unidas, de la UNESCO y de la amplia gama de instituciones surgidas al calor de estas. Se ha dicho que tienen carácter burocrático o tecnocrático.

Lo más importante es el escenario político, técnico y jurídico que se ha logrado con la creación y desarrollo de estas instituciones mundiales. Es lógico trabajar por su perfeccionamiento y que todos nos esforcemos porque sean cada vez más eficaces. Dentro de esta lógica se halla que las Naciones Unidas amplíen su democracia, que se le dé más autoridad a la Asamblea General y que se haga más amplia y representativa la composición del Consejo de Seguridad.

En lo referido al tema de cultura y desarrollo, esta democratización supondría que los foros mundiales tuvieran muy en cuenta el trabajo sociocultural en las comunidades que agencias gubernamentales y no gubernamentales llevan a cabo en prácticamente todos los países de la América Latina y el Caribe. Será una vía para estimular la búsqueda de soluciones propias y originales a partir de nuestras especificidades, y para ampliar la participación ciudadana en los procesos sociales, así como fomentar el diseño autóctono de estrategias de desarrollo.

Para la realización de esta tarea contamos con una vasta red de instituciones dentro del sistema de las Naciones Unidas y, por tanto, de la UNESCO. Muchas de ellas tienen alcance multinacional y las hay en el seno de cada nación. Me refiero, por ejemplo, a la importancia que tienen que llegar a adquirir las comisiones nacionales de la UNESCO. Para llevar a la práctica estas propuestas es necesario buscar los puntos de interrelación y de trabajo sistemático de toda una red de instituciones educacionales, científicas y culturales, empeñadas en un esfuerzo común. La UNESCO representa ese espacio en lo que respecta a la vida internacional.

Todo empeño de interrelación que se haga entre diversas instituciones contará con nuestro apoyo, bien

entendido que esta integralidad debe incluir las exigencias del pensamiento económico y social. Para estos empeños se ha utilizado la expresión “promover modelos”. La expresión “modelo” aplicada a las ciencias sociales y a la cultura y, desde luego, a la economía, es bastante compleja. He pensado que se ha trasladado una palabra válida para otras ramas del saber, pero muy difícil para la que nos ocupa. Tomémosla en su acepción más noble. Lo primero que debo decir es que un modelo tiene que nacer de una necesidad y situación específicas, y no puede ser imitado. Al menos en las ciencias sociales, no puede ser sinónimo de imitación. Para que un modelo sirva como tal deben estudiarse las realidades específicas en que surgió; y para que sirva de orientación debe ser valorado sobre el fundamento de las realidades y situaciones en que se quiere aplicar una política determinada. Es decir, “modelo” no puede ser reproducción mecánica, sino exclusivamente punto importante de referencia para el análisis de nuevas realidades. Creo que no entender esto ha constituido uno de los grandes errores en que han incurrido todas las ideologías, sin excepción, en la aplicación de diversas políticas.

Existirán o pueden existir cuantos modelos resulten del enfrentamiento de la diversidad de problemas que tiene nuestra América. La disyuntiva no está planteada en términos de que existan uno o varios modelos, sino en que enfrentemos la diversidad de nuestras situaciones particulares y trabajemos por promover nuestras soluciones y proyectos. La herencia cultural latinoamericana y caribeña rechaza la mejor asimilación acrítica de lo que viene de afuera y acepta su asimilación crítica sobre el fundamento del análisis de las realidades concretas.

Todos hemos copiado, y ha llegado la hora para que la América Latina y el Caribe enfrenten sus desafíos con cabeza propia, tanto más cuanto que algunos de los modelos que se nos quieren imponer, como por ejemplo el neoliberalismo, excluyen, por definición, aspectos sustantivos del desarrollo económico-social. En primer lugar, exime a la inmensa mayoría del continente y la subordina a la minoría y, especialmente, a los intereses de potencias extranjeras.

La aplicación continuada de ese modelo ampliará y agravará progresivamente los problemas sociales, y acabará por afectar a toda la economía, en forma decisiva y de tragedias de diverso tipo, porque excluye las categorías principales de las superestructuras vigentes, o a las que América debe aspirar, entre ellas nuestra propia condición de naciones.

Para rechazar con eficacia el esquema o el modelo artificialmente impuesto, tenemos que atenernos a principios éticos, patrióticos y políticos irrenunciables. Un principio es lo que hemos llamado "el humanismo de los pobres". Un principio no es un modelo: es una aspiración, un objetivo, un ideal. Si nos afirmamos en los principios de la tradición cultural latinoamericana y caribeña, concluiremos concordando con lo que se afirma en los documentos de la UNESCO acerca de que la cultura ha demostrado ser una de las dimensiones que integra más factores a la solución de los problemas cruciales. Esta conclusión es el principal interés de una filosofía y cultura que responda a los intereses de los pobres y explotados del orbe.

La cultura se vincula con los problemas económicos, con el drama de la pobreza, con las cuestiones de carácter ecológico y, desde luego, con su fin principalísimo: la formación moral ciudadana. Pero,

para ello es necesario respetarla en su especificidad y tener en cuenta sus reglas.

Como ciudadano latinoamericano y caribeño que siente la humanidad como su grande y más importante hogar, deseo librar, junto a muchos, una batalla inteligente y culta por la justicia y por contribuir a eliminar las enormes contradicciones del mundo contemporáneo.

Tengo la esperanza, sin ilusiones injustificadas, porque las realidades y los obstáculos son inmensos, de que la cultura es capaz de desempeñar un papel destacado no sólo en la solución de los conflictos actuales, sino también en la búsqueda de caminos para un mundo mejor, con el que soñaron los mejores pensadores de todos los tiempos. La cultura está en el mismo centro del sistema nervioso de la economía política moderna. En él se revelan las grandezas y limitaciones humanas. Tenemos que alentarla con lo más alto de la cultura, no con principios dogmáticos ni esquemáticos que sirvan a la codicia, a la ambición y a los instintos primarios. Para ello tendremos que continuar exaltando a las figuras y personalidades que hayan hecho una mayor contribución a la cultura de la humanidad.

Hay que tener en cuenta que la información y la cultura empleadas con fines egoístas al servicio de minorías privilegiadas suelen entorpecer y enturbiar el desarrollo de las mejores disposiciones humanas. Si lográramos que la cultura sirviera para apoyar los mejores rasgos del hombre y para dejar a un lado los egoísmos, las arbitrariedades y las injusticias, estaríamos cumpliendo un deber histórico de incalculable valor.

Martí afirmaba que todo hombre llevaba una fiera dentro y que había que ponerle riendas a la fiera.

Las riendas andan por el camino de la comprensión cabal del papel que tiene la cultura en el desarrollo social y humano. Debemos ponerle riendas muy fuertes que acaben por liquidar la criminalidad, la xenofobia, el racismo y las discriminaciones de todo tipo.

¿Cómo hacerlo? Se requieren decisión, voluntad y transformaciones que tienen que ver, en todos los casos, con la cultura y con la capacidad humana para la comprensión y la búsqueda de soluciones. No es la tarea de una comisión ni es exclusiva de las Naciones Unidas; pero es la tarea prometeica que la Comisión Mundial de la Cultura y el Desarrollo, la UNESCO y las Naciones Unidas deben patrocinar para que se abran nuevos horizontes. Sería absurdo ignorar los peligros y pretender encontrar todas las soluciones en un momento. Incluso sería una ilusión afirmar que no va a haber violencia y traumas futuros. Se trata de conocer las raíces, estudiar las soluciones, hacer aportes, y de que cada hombre y mujer, grupo humano, nación y clase social desempeñe su papel.

Los que pensamos de la forma que lo ha planteado la historia de la Revolución Cubana en nuestro continente, hemos entendido siempre que es necesario relacionar los métodos científicos de investigación social con los principios éticos que exaltan los más altos valores. Y como se trata de una ética universal que encierra el humanismo de los pobres, la cuestión presenta caracteres de epopeya. En la cultura cubana la ciencia y la conciencia no están desvinculadas. Ciencia y conciencia forman para nosotros una identidad indispensable para poder avanzar.

Cuando triunfó la Revolución Cubana, el 1º de enero de 1959, tuve el honor de que se me encomen-

dara la responsabilidad de desempeñar el cargo de Ministro de Educación. En aquellos tiempos hermosos recorrí campos y ciudades, trabajé en la Campaña de Alfabetización, en la educación de adultos, en la extensión de la enseñanza primaria y secundaria y en las bases programáticas de la enseñanza primaria, secundaria y universitaria. El pueblo de Cuba, por dondequiera que pasaba, le pedía dos cosas a la Revolución: médicos y maestros. Los primeros servían para salvar la vida y la salud individuales, los segundos, para preservar la salud de la sociedad en su conjunto.

Así podemos trabajar eficazmente a partir de la cultura acumulada, pero sólo si la orientamos sobre fundamentos científicos modernos y si alentamos nuestra conducta con el sentido ético expresado por los mejores forjadores y maestros de nuestra América. Y esta América sufrida puede aportar el valor de una ética universal expresada en el humanismo de los pobres y explotados. Ese humanismo de nuestra América tiene un valor moral ético que puede llegar a constituir, si se pone en armonía con los descubrimientos de la ciencia, nuestra principal contribución a la cultura universal.

Se ha hablado de una cultura de liberación y de una cultura de dominación. Las luchas independentistas de nuestra América estuvieron alentadas por una cultura de liberación. La idea martiana de la guerra necesaria es una expresión de esa cultura liberadora.

Ninguna persona interesada en salvar a la humanidad del crecimiento progresivo de la miseria y del desenfreno de los intereses capitalistas que conducen actualmente a la civilización por un callejón sin salida, ha de ser renuente a plantearse el tema cultu-

ral como una cuestión de la más alta prioridad. Sin embargo, el sistema ideológico y cultural internacional bajo el dominio de intereses conservadores incapaces de propiciar un cambio favorable al progreso humano se manifiesta con petulancia, de forma arbitraria y profundamente injusta.

Por esto quiero subrayar algo que destaqué en la mencionada reunión de San José: frente a la contención arbitraria e injusta, los pueblos encontrarán formas y vías que serán necesariamente cruentas y podrán conducir a nuevos y más peligrosos conflictos. Es lógico pedir que el análisis de estos problemas requiera paciencia y un trabajo sistemático de las organizaciones internacionales, pero también es lógico recordar que quienes sufren la miseria, el atropello y la arbitrariedad no tienen paciencia.

Sobre estos fundamentos, termino con un pensamiento de Martí, en el que parece haber una clave esencial del momento que viven Cuba, América y el mundo.

Dijo el Apóstol:

La madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura.

Hacia una pedagogía de la justicia, de la utopía y del desarrollo*



Cuando charlo con jóvenes y maestros, asumo que estoy conversando con el siglo XXI, en un tiempo en que ya, por ley de la vida, mi generación no podrá estar presente para transmitir sus convicciones y experiencias.

Desde esta perspectiva, agradezco la oportunidad que me han brindado de expresar ideas y esperanzas para un mañana que debemos gestar a partir de una visión del mundo radicalmente diferente a la que ha predominado hasta aquí. Y si tal cambio no tuviera lugar pienso que no habría concluido propiamente la edad moderna, y se marcharía por un camino de tragedias que alcanzarían dimensiones universales.

En la médula de las culturas cubana y latinoamericana se halla el interés de crear y de enseñar lo que se ha adquirido, José Martí señaló: *Y me hice maestro, que es hacerme creador*. Esto tiene un significado profundo que nos lleva a un hilo de pensamiento-acción y, por tanto, de elaboración científica e

* Palabras pronunciadas en el encuentro internacional "Pedagogía '95", La Habana, 9 de febrero de 1995.

intelectual de singular importancia para la evolución de las ideas en la contemporaneidad.

Rotos los esquemas, cuestionados los "ismos", se abren para los hombres y mujeres de pensamiento y nobles sentimientos, las posibilidades de investigar y crear sin que paradigmas ajenos impongan patrones obligatorios de conducta. Por el contrario, el pensamiento filosófico y científico servirá de base a la libre elección y, es ya bastante, de métodos de trabajo y estudio, así como guías para la acción. Eso sí, en la conciencia de nuestra América está la aspiración a ser hombres en la plenitud universal del término. Esto debe alentar y orientar nuestra conducta sobre principios éticos, y para ello está, precisamente, la educación. Están ustedes.

Los que han tomado otros senderos e intentado dictar a la conciencia humana, en nombre de tal o cual principio, una determinada forma de proceder, sólo han conseguido la censura de la historia, e incluso, el desprestigio de las ideas más justas a partir de las cuales intentaron establecer su propia voluntad y hasta sus caprichos.

Es posible una ética superior si nos adherimos a lo enunciado por el forjador de la escuela cubana José de la Luz y Caballero, de que *la justicia es el sol del mundo moral*, y a la decisión martiana de echar su suerte con los pobres de la tierra. Por esto Martí dijo en la primera línea de los párrafos que dedicó a Carlos Marx: *Como se puso del lado de los débiles, merece honor*. Esta es la más alta enseñanza a que aspira Cuba.

Voy a entrar en el tema recordando un incidente que me ocurrió. En mis frecuentes contactos en las universidades cubanas, un joven me preguntó si yo creía necesaria una nueva revolución en Cuba. Cual-

quiera que hubiera sido la intención de esta pregunta, expresaba la necesidad objetiva de cambios en la sociedad cubana de hoy y un interés protagónico que está presente en toda genuina juventud universitaria.

Este hecho me incita a una reflexión con ustedes, maestros que desafiando las fanáticas campañas anticubanas han llegado hasta aquí para dialogar acerca del papel de la educación y la cultura. En el nuevo milenio se impone la búsqueda de una síntesis cultural que, recogiendo con alto espíritu científico e inspiración humanista lo más valioso y práctico del acervo espiritual creado históricamente por el hombre, enaltezca la esperanza y consagre la victoria de las mejores disposiciones humanas en su lucha secular contra los impulsos y pasiones más viles.

En efecto, Cuba necesita cambios, pero cambios que nos ayuden a ser más profundos y consecuentes con las esencias de una Revolución que en los años 60 conmovió al mundo con las ideas contenidas en el pensamiento revolucionario de Fidel y el Che.

Los más radicales y profundos hombres y mujeres de las tres generaciones de cubanos activos en la Cuba de hoy son fieles a la tradición antimperialista y latinoamericana de nuestro pueblo y, a su vez, entienden que todo tiempo histórico tiene sus límites y deja un saldo de imperfecciones, y que de esta regla no está exento el período de casi medio siglo de historia que se extiende desde nuestros afanes políticos y patrióticos a mediados de esta centuria hasta la hora actual.

¿Cuál es la cosecha principal de la Revolución Cubana? En una época marcada por el declive de las ideas revolucionarias a escala universal, que no comenzó en los años 80, sino mucho antes, y cuyas causas y orígenes están todavía por estudiar, nuestra

Revolución se mantuvo en pie y sus banderas socialistas no han sido ni serán arriadas jamás. Es la Revolución más moderna del mundo actual. En el siglo xx constituye la única Revolución socialista en Occidente. Para marchar hacia adelante, hay que ser consecuentes con la obra realizada y aprender las lecciones de la historia.

Si dejáramos que el proceso histórico se desarrolle de forma espontánea y sin un análisis de sus coordenadas principales y sin subrayar la necesidad de conjugar los progresos de la ciencia con los más altos valores de la conciencia, andaríamos en tinieblas y a expensas de que predominen los impulsos peores de la subconciencia humana, la cual hunde sus raíces en la larga historia natural que condujo a crear la vida humana sobre la Tierra.

He llegado a una conclusión que deseo transmitirles a ustedes: la clave y el reto principal de nuestra modernidad se halla en situar la educación, la ciencia y la cultura en el centro mismo de las decisiones acerca de los programas de desarrollo económico.

En los últimos tiempos he tenido oportunidad de conversar sobre tales asuntos con las máximas autoridades de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura; con los Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe, tanto en el foro que desde hace algunos años instituímos, como en conversaciones bilaterales; he intercambiado opiniones con académicos e intelectuales de Iberoamérica; en la conferencia organizada en Costa Rica, y en todos ellos advertí la preocupación creciente de situar la educación, la ciencia y la cultura en el meridiano de las decisiones económicas.

Si los pedagogos latinoamericanos comparten nuestras aspiraciones de articular cultura y desarro-

llo a partir de un compromiso ético sustantivo, constituirán una fuerza de primerísima magnitud para que un ideario renovador y responsable se expanda en este hemisferio. Sería una fuerza multiplicadora y una instancia de trasmisión generacional de las banderas de lucha por un desarrollo sostenible y la defensa y consolidación de nuestras identidades propias en el concierto universal.

Ningún poder como el de nuestros pedagogos está hoy en condiciones y capacidad de contribuir a la renovación del pensamiento social, humanístico y ético latinoamericano, sobre la base de la tradición cultural de nuestro continente. En el pasado hubo siempre hombres y mujeres que en las aulas, y fuera de ellas, asumieron el magisterio como compromiso, responsabilidad y pasión, con un sentimiento genuinamente universal. Estas ideas están, pues, vivas en la esencia de la mejor política latinoamericana y fecundan una historia intelectual que nos viene desde la época de Simón Rodríguez, el maestro de *El Libertador*; de Andrés Bello, y que alcanzan en José Martí su más alta expresión.

Cuando ya se avizoraba la quiebra del sistema colonial español, Simón Rodríguez, fue uno de los principales gestores del pensamiento emancipador que llevó a su discípulo, *El Libertador* Simón Bolívar, a protagonizar la epopeya independentista continental y a sembrar un rico pensamiento que estamos en la obligación de culminar en una América Latina soberana e integrada. El maestro señaló: *Enseñe y se tendrá gente que sepa. Eduque y se tendrá gente que haga.*

De este notable maestro latinoamericano, quisiera recordar cómo, en su incesante prédica y acción, dio sentido a un concepto que debemos reivindicar

pedagógica, filosófica y socialmente. Me refiero al concepto de la utopía. Cuando alguien nos diga utópicos por soñar sin un basamento real, para descalificar así nuestras más legítimas aspiraciones, para mutilar de esta manera uno de los principios en que debe alzarse nuestra proyección ética, evoquemos cómo Simón Rodríguez insistió que *el lugar donde esto se haga* (es decir, la Utopía) *no será imaginario, como el que se figuró el canciller Tomás Moro: su Utopía será, en realidad, la América.* Y al abundar sobre el tema señalaba que Utopía *no es sueño ni delirio* ni obra exclusivamente concebida *con doctores, literatos, escritores*, sino con toda la sociedad. Y como para que nadie equivoque la vocación social y la opción ética de su magisterio, recordemos también lo que pidió en su opúsculo titulado *Sociedades americanas: Dénseme los muchachos pobres, los abandonados, los rudos, los que nadie puede mantener, para educarlos (...)* *Si me permiten dar ideas sociales a la gente pobre, tendrán en quien depositar su confianza, con quien comprender los que quieran, quien los sirva con esmero y quien cuide de sus intereses (...)* *en fin, tendrán gente con quien tratar y contarán con amigos.*

Esta historia alcanza una más alta escala en José Martí. Un hombre y un pensamiento que no sólo nos pertenecen a los que hemos nacido en esta Isla, sino a todos los pueblos de América Latina y la humanidad.

Su pedagogía no la ejerció sólo en el aula académica, lo hizo también, y con mayor frecuencia, desde la tribuna, los periódicos, las revistas y en los círculos intelectuales y de trabajadores de su tiempo. Multiplicó el saber y la conciencia en toda la extensión e intensidad de su obra, y como hombre íntegro e irreductible, dolido por el status colonial

de su patria, organizó una guerra a la que llamó necesaria y humanitaria y, por tal razón, debía ser breve. Selló con la ofrenda de su vida en los combates iniciales de la gesta, hace justamente cien años en 1995, su compromiso ético.

El legado martiano es inagotable e infinito, y cuando Fidel lo proclamó autor intelectual de nuestra Revolución, señaló un concepto de profundas raíces y de vasta proyección hacia el porvenir. Por ello, el programa de nuestra Revolución socialista es un programa profundamente martiano.

Hay un texto que, tratándose de una reunión de pedagogos latinoamericanos, debemos repasar, en tanto podría considerarse paradigmático para la proyección de un pensamiento continental autóctono. Me refiero a *Nuestra América*, que vio la luz en 1891.

Ese pensamiento está en condiciones de emerger y promoverse, si hacemos conciencia de que, como allí se afirma, *estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas como almohada (...) las armas del juicio, que vencen a las otras*. Martí también nos dijo: *trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra*, y son precisamente las primeras las que tenemos que construir con toda urgencia.

Martí llamó a las sociedades latinoamericanas a estimular una labor pedagógica que responda a nuestras identidades y más legítimas aspiraciones. Ese es su mensaje al decir: *La universidad europea (en este caso podría hoy leerse también la universidad norteamericana) ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.*

Toda esta inmensa tradición adquirió una nueva calidad con el movimiento de reformas universitarias de Córdoba, Argentina, en 1918, y se entroncó con el pensamiento antimperialista y con los cambios radicales de ideas políticas y sociales de los años 20 y 30, los cuales, a su vez, estuvieron marcados por el impacto de la Revolución de Octubre.

Quienes tenemos que ver con el ejercicio pedagógico estamos en el deber de resaltar la hombradía magisterial del argentino Aníbal Ponce, uno de los más grandes pedagogos del siglo, y del peruano precursor de las ideas socialistas en América, José Carlos Mariátegui, quien observó cómo la reforma universitaria, necesariamente trascendía el orden académico, para compenetrarse con las luchas sociales en un continente donde la vida independiente de las naciones no había salvado a estas de la desigualdad social, de la marginación del indio y el mestizo, de las arbitrariedades oligárquicas, de la dominación extranjera mediante los poderosos tentáculos económicos del capital internacional y, con frecuencia, mediante la intervención militar directa.

En cuanto a Aníbal Ponce, no caben dudas de la vigencia de su ejemplo y magisterio. En las aulas secundarias y universitarias argentinas y mexicanas, supo aunar el ejercicio pedagógico capaz de fijar nociones científicas y desarrollar las cualidades intelectuales de sus discípulos, con la prédica de valores éticos.

Para quien en su medular ensayo *Educación y lucha de clases* analizó lúcidamente las relaciones entre la organización de la sociedad y la orientación de la labor pedagógica, la importancia de los principios éticos era capital en el cumplimiento del deber intelectual.

En 1930 escribió en su conferencia titulada “Los deberes de la inteligencia”: *Todo el que enseñe está en la obligación moral de inclinarse cordialmente sobre el drama humano y compartir sus inquietudes y dolores. Más adelante señaló: A la inteligencia muchas ligaduras le quedan todavía por romper y mientras el intelectual aguarde una dádiva, aspire a un favor, cuide una prebenda, seguirá revelando todavía, en la marcha insegura y la voz cortesana, el rastro profundo de la antigua humillación.*

Permítaseme recordar a aquel cubano que fue Julio Antonio Mella, heredero de la mejor tradición martiana, subestimada en las dos primeras décadas del siglo xx, y que guiado por las ideas de la reforma universitaria alentada desde Córdoba, irrumpió en la historia de Cuba y comprendió que los cambios pedagógicos en la Universidad de La Habana no se podían realizar si no tenían lugar transformaciones sociales, y así, fundó la Liga Antimperialista de Cuba, la Universidad Popular José Martí y el Partido Comunista.

En la década de 1920, se concertó en mi país lo más elevado de la intelectualidad con la práctica revolucionaria en una síntesis ejemplar. Estaba latente allí la articulación entre la educación, la política y las aspiraciones sociales. Valioso antecedente, piedra preciosa del tejido de la historia, que los cubanos de hoy debemos retomar con una reflexión moderna.

Toda esta trama cultural descrita anteriormente fue tronchada por los acontecimientos que se desataron a partir de la década de 1930, como el ascenso del fascismo, el dramático y muy contradictorio proceso de la Unión Soviética de aquellos años, la derrota de la República española, la Segunda Guerra Mundial y la división geopolítica del mundo que

surgió de los acuerdos de Yalta y Postdam y dio paso a la Guerra Fría.

La Revolución Cubana, triunfante en 1959, era y es depositaria de esta tradición educacional, política y cultural. La Campaña Nacional de Alfabetización, la extensión de la enseñanza a toda la población, los grandes planes de becarios, la multiplicación de las instituciones universitarias, científicas, educacionales y culturales que hoy se extienden a lo ancho y largo del país, las reformas educativas sobre fundamentos científicos y pedagógicos que se expresan en la vinculación de la enseñanza con el trabajo y la investigación han sido elementos claves de la historia de la Revolución.

Ya hoy nadie niega el vasto alcance de esta obra. Ella es hija de una concepción y de un trabajo tenaz que coloca los factores subjetivos en el centro de la estrategia económica de la nación. Si en tan difíciles situaciones como las actuales hemos podido resistir se debe, precisamente, a los vínculos establecidos entre las aspiraciones económicas y las de carácter social y cultural.

Sin embargo, más allá de nuestras aspiraciones, el proceso revolucionario a escala mundial, por causa de una visión reduccionista del pensamiento de Marx y por no haber considerado el peso de los valores de la superestructura en los procesos históricos, marchó por un camino que acabó en la desintegración de la URSS y el campo socialista de Europa oriental. La interpretación marxista prevaleciente en la segunda mitad del siglo xx sufrió así una fractura definitiva.

Cualquiera que hayan sido las dificultades y encrucijadas en que la historia universal nos colocó, o precisamente por esto mismo, debemos analizar lo

sucedido y extraer consecuencias. Y nadie piense que en una coyuntura como la que vivimos y ante los retos que tenemos delante, vamos a dejar de cumplir este deber.

Y para esto, una de las fuerzas decisivas de que disponemos está en la legión de maestros, científicos, médicos, artistas e intelectuales que, surgidos de las masas trabajadoras y pobres, no han renunciado a su origen social ni a los ideales y aspiraciones de re-dención latinoamericana y universal.

Promovemos el estudio de los fundamentos latinoamericanos de nuestra Revolución para hallar el genuino camino de la moderna revolución de las ideas. Exaltamos esta línea de pensamiento sobre la base del ideario de nuestro principal pedagogo: José Martí.

Él supo situar proféticamente a América Latina en su ruta hacia una modernidad que no ha concluido y que debemos inexcusablemente contribuir a culminar. Hace un siglo advirtió los obstáculos que se nos podrían interponer. En el siglo xx, tales obstáculos irrumpieron desestabilizadamente en nuestro continente y ante su actual presencia, más que nunca se hacen vigentes los siguientes planteamientos del Apóstol: *...otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales; y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña (...)* *El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez,*

a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor.

De un siglo datan estas palabras y parecen, sin embargo, escritas para los días que corren y los que se nos avecinan. ¿Y cuál es la realidad a la que se aplican transcurridos cien años de historia?

A escala internacional, los conflictos entre identidad, universalidad y civilización están estremeciendo la vida moderna y tienen raíces económicas que se revelan en el caos intelectual con que los doctrinarios del sistema social dominante enfocan la realidad de nuestros días. En la confrontación entre estas tres categorías, visible en nuestro hemisferio, se halla el vórtice de lo que hemos llamado “ciclón postmoderno”. Es la nueva dimensión que ha tomado el drama social, económico y cultural. Digámoslo, por qué no, es una de las formas que adopta la lucha de clases en los años posteriores a la caída del muro de Berlín.

Las realidades que encierran estos antagonismos afloran por doquier: Haití, Chiapas, el antiguo territorio yugoslavo, Chechenia, son sólo algunos ejemplos. También repercuten en la confrontación de los Estados Unidos contra Cuba y mueven las tensiones del diferendo migratorio mexicano-estadounidense y la propia situación económica y social actual de la nación azteca.

En una América donde las recetas neoliberales esconden tras la aparente mejoría de indicadores macroeconómicos, desajustes estructurales de suma gravedad y el notable incremento del millonario número de personas que viven en condiciones de ex-

trema pobreza, los choques de este carácter ilustran las modernas expresiones del antiquísimo drama social. Las amenazas de violencia están latentes en estos países como un camino para dar solución a contradicciones que no son otras que las nacidas de un divorcio entre economía e interés social, y que se expresan en las relaciones entre cultura y desarrollo.

A estas alturas de la historia, para hallar solución al drama social universal y al de los diferentes países, hay que procurar los vínculos entre cultura y desarrollo y entre identidad, universalidad y civilización. La originalidad y la genuina modernidad estarán en establecer estos vínculos. La dificultad de hacerlo es enorme, pero no se pretenda mediatizar o impugnar el empeño con imprecisiones y caóticas expresiones postmodernas.

La producción teórica “postmoderna” trata de escamotear las contradicciones de la época, con el supuesto de que, con la supremacía de un mundo unipolar, el fin de la historia ha llegado. Por cierto, esto último también es algo latente, pero no en el sentido retórico con que lo emplean los voceros del imperio “postmoderno”. El final de la historia se muestra como una dramática posibilidad, que ya fue denunciada por Fidel Castro en la Cumbre de la Tierra, efectuada en Río de Janeiro en 1992. La especie humana está amenazada de extinción, ante la barbarie que sufre el medio ambiente. De esta manera sí habrá terminado la historia del hombre.

En un encuentro como el presente, debemos subrayar que el desarrollo económico a todas las escalas tiene una dimensión sociocultural y que se encuentra situado en el sistema nervioso central de toda civilización. Los imperativos del desarrollo en campos tan promisorios como la biología molecular,

la biotecnología, la ingeniería genética, la nucleenergética, la cibernética y la búsqueda de nuevos materiales, la robótica y la inteligencia artificial deben acompañarse con la voluntad de cubrir los déficit de salud de la inmensa mayoría de la población, de preservar los ecosistemas, de promover un turismo cultural ajeno a prácticas depredadoras y devastadoras de identidades y de hacer el planeta verdaderamente habitable, de liberar al hombre de la miseria, de garantizar su plenitud y su dignidad.

Los criterios desarrollistas en el terreno económico, sustentados en el egoísmo, la irresponsabilidad y la codicia, mantienen enfermas a las sociedades llamadas “civilizadas” y provocarán mayores tragedias hacia el porvenir. No hay salida si la cultura no se inserta en el centro de los programas de desarrollo. Si unos cuantos, incluso hoy muchos, percibieron por años esta urgencia, en la actualidad no se trata exclusivamente de una noble elaboración intelectual de los círculos académicos, sino de una necesidad insoslayable, práctica, de vida o muerte. Esto sólo se concibe con una ética superior que enlace ciencia y conciencia universales en los espíritus y en las voluntades de los políticos, de los pueblos y de los estados. Sólo de esta manera la humanidad puede quedar a salvo de las peores herencias de la edad moderna.

¿Se trata de una utopía? Desde luego. Podrá demorar larguísimo tiempo histórico alcanzar semejante sueño, pero se trata, en todo caso, de una cuestión ética planteárselo como propósito. De otra forma no seremos plenamente hombres.

La llamada por algunos “postmodernidad” debemos concebirla como el tiempo en que se reveló la necesidad de coronar la edad moderna. Habrá que cumplir en un sentido de veras universal, el ideal

humanista que ha sido la más noble aspiración moral de los últimos 500 años de historia, para llevarlo a vías de hecho consecuentemente.

Nos lo enseña la cultura cubana y la de nuestra América, que alientan la confianza y la esperanza en un mundo mejor, y en la verdad y la ternura, consideradas por Martí como una fuerza real y útil para promover la felicidad y la solidaridad entre los hombres.

Los cubanos hemos aprendido estas lecciones martianas y nunca las olvidaremos. No renunciaremos al camino que nos aseguró, por vez primera en nuestra historia, la independencia nacional y un avance social y cultural que sólo pueden tratar de ocultar o tergiversar quienes están devorados por el odio, sumidos en la ignorancia insensata y fanática o, en el mejor de los casos, aprecian los problemas de nuestra época sin la debida profundidad.

Para entender a Cuba hay que pensar de una manera radicalmente diferente sobre los términos democracia, derechos humanos y libertad a como lo hacen los voceros de un sistema social que deja al margen y desamparadas a las inmensas mayorías de la población.

Se requiere superar los viejos criterios de democracia que estableció el desarrollo capitalista y arribar a una forma superior de ella, participativa, moderna, que estimule la iniciativa individual y colectiva en todos los planos de la vida política, social, económica y cultural.

Las viejas ideas de la política tradicional están en crisis. La abstención electoral que lleva al gobierno a presidentes con una votación de minorías es sólo un síntoma de la crisis. La imposibilidad de que numerosos grupos étnicos y culturales se vean representados en las direcciones gubernamentales es otro síntoma.

Las gigantescas limitaciones de los sistemas políticos y electorales vigentes en muchos países se evidencia en las relaciones que todo esto tiene con la corrupción y el empleo de recursos económicos para imponer candidatos y el uso de los grandes medios de difusión en manos de unos pocos o de intereses extranjeros, que condicionan una opinión pública artificial, mientras en la base social y cultural de las naciones, la pobreza, la desocupación, la insalubridad y la falta de escuelas, gestan inconformidades cuyo alcance aún desconocemos.

Con estos hechos comprenderán ustedes cuánta superficialidad revelan ante nuestros ojos los reclamos de que se promueva un apertura democrática en Cuba, al modo de lo que existe en otros países.

Los cubanos no estamos dispuestos a renunciar a una Revolución y a un sistema político y social que nos liberó de tales designios. Para juzgar nuestra obra, la de la Revolución de Fidel, no hay sólo que comparar la Cuba de hoy con la de la primera mitad del siglo. Esto, desde luego, bastaría, pero lo más significativo está en comparar lo que hoy somos con lo que hubiéramos sido de no haber triunfado la Revolución.

No vamos a cometer la insensatez de abandonar ideas y principios que forjaron la unidad indestructible de nuestro pueblo, hicieron mejorar sus condiciones materiales y su vida espiritual, y le dieron una voz y un respeto universales que convierten al centenario de la última guerra independentista en motivo de reflexión para todos aquellos que están interesados en estudiar el mundo de hoy y de mañana a la luz de los sucesos claves transcurridos en los finales de la centuria precedente y en los principios del siglo xx.

Estamos en el interés de demostrar la validez de nuestras ideas para cumplir el sueño martiano de convertir a Cuba en una universidad del continente. Para este proceso los necesitamos a ustedes y, sobre todo, la comprensión y el entendimiento de ustedes y de vuestros alumnos.

Envíenles de nuestra parte, un saludo a cada uno de sus discípulos y a cada uno de sus compañeros de magisterio y díganles que en Cuba hay un deseo de trabajar juntos por estas ideas. Entre todos podremos cooperar más allá de ideologías políticas y de criterios filosóficos, por hacer comprender el papel cardinal de la cultura, entendida en su acepción cabal, en la liberación social de nuestras naciones y en su desarrollo económico independiente. Estamos en tiempo nuevo. En cuanto a Cuba, podría decirles por medio de ustedes a los pensadores e intelectuales más profundos de Nuestra América: dejemos atrás viejas controversias inscritas en la lógica de un tiempo fenecido. Es la hora de la unión sin “ismos” ideologizantes, sin esquemas ni doctrinas que limiten la vocación americana de enseñar, de educar y de crear.

Sin sectarismos ni estrechos criterios dogmáticos, hay que unir a toda la intelectualidad latinoamericana sobre el fundamento y la noble aspiración de una idea cardinal: situar la educación, la ciencia y la cultura en el centro de los análisis estratégicos de la economía y de la vida social. Así podremos encontrar caminos para alcanzar la libertad, la igualdad y la fraternidad de manera consecuente y realmente universal, así seremos dignos de la mejor tradición espiritual de nuestra América, así seremos genuinamente modernos, así podremos proyectarnos con responsabilidad ante los retos del siglo XXI.

El reto iberoamericano ante el siglo XXI*



No es mi objetivo hablar de Cuba o de España. Si lo hago es en función de responder al reto que, en estos tiempos, tiene la cultura iberoamericana. Obviamente, Cuba y España están en el centro del desafío.

Se trata del ideal que corre por las venas del pueblo español desde que los intrépidos navegantes del siglo xv, encabezados por Cristóbal Colón y con los auspicios de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, iniciaron su marcha hacia el Oeste para hacer un descubrimiento mucho más importante que lo que podían imaginar los protagonistas de aquella legendaria gesta marítima.

Ellos no sólo descubrieron un nuevo camino hacia las Indias, impelidos por necesidades comerciales. En su ruta por mares desconocidos se les apareció un continente. Toda noción geográfica hasta entonces vigente quedó atrás; el planeta era mucho mayor de lo que pensaban.

* Conferencia ofrecida en universidades españolas de Galicia, Aragón y Madrid, marzo de 1995.

Colón nunca supo la verdadera magnitud de su descubrimiento; ahí está la raíz de la tristeza de sus últimos días. Pero nada puede restarle valor a su hazaña: él, junto a otros navegantes y la España de los siglos xv y xvi, descubrieron los caminos del mundo.

He venido desde Cuba, la isla grande que abrió a los descubridores el abanico de las Antillas, para decirle a un pueblo que representa una de nuestras fundamentales raíces y se halla tan ligado a nosotros por indestructibles lazos familiares, que juntos los iberoamericanos debemos y podemos emprender una nueva cruzada para descubrir el camino de la confianza, de la fe y la esperanza en un mundo más justo, y superar así las dramáticas realidades de la contemporaneidad.

Vivimos tiempos en los que se ha impuesto el materialismo vulgar y ramplón, contrario a los valores singulares de la humanidad. El desorden y la vulgaridad que reinan por doquier requieren de nosotros, los iberoamericanos, una reflexión y una contribución de sentimientos, ideas, emociones y hechos liberadores de la conciencia humana. Lo podemos hacer porque tenemos una historia cargada, sí, de injusticias y angustias, como todas las rutas pretéritas del hombre sobre la tierra, pero, a su vez, llena de afanes y esfuerzos generosos, de los cuales podemos sentirnos orgullosos en ambos lados del Atlántico.

Para comprender nuestros desafíos, podemos afirmar que ha llegado para Iberoamérica la hora de que, por encima de diferencias, ismos, de sistemas de gobierno o de ideas religiosas y filosóficas, venzamos obstáculos y dificultades que puedan separarnos y hallemos las vías de unir —como quería Pascal— ciencia y conciencia, y hacer entender al mundo, que con la cultura abriremos el único cami-

no que conduce a la liberación, a la justicia y a la utopía del hombre. Sin el más mínimo interés de influir en vuestros criterios filosóficos y políticos, les puedo asegurar que esto lo afirmo apoyándome en el sentido y la concepción de la vida a que he consagrado mi existencia.

La herencia espiritual que España dejó en América, fertilizada por las ideas filosóficas científicas y sociales más avanzadas del mundo moderno, me incitan hoy a pedir a todos los españoles que en el año en que conmemoramos el Centenario de la Caída en Combate de José Martí, a quien Gabriela Mistral, con la fuerza de su talento, su espíritu y su sensibilidad poética, llamó "el hombre más puro de la raza", nos unamos los hijos de la Madre Patria y los de la Perla de las Antillas en favor de un mundo de justicia y esperanzas.

No nos dejemos engañar por la fría racionalidad de civilizaciones que se presentan tecnológicamente superiores a la nuestra. Los valores del espíritu que subyacen en la conciencia iberoamericana pueden tener, bien orientados, una influencia objetiva y decisiva para forjar una civilización más profunda y raigalmente humanista. No basta con la racionalidad ni con las más elevadas conclusiones científicas y filosóficas que la civilización eurooccidental reveló y exaltó en la edad moderna. Hacen falta la ciencia y la tecnología para el mejoramiento humano, pero se necesita, también, generar una voluntad de transformación de la realidad, y para esto es imprescindible el amor, que es la fuerza creadora de la vida humana.

¿Quiérese un ejemplo de la influencia de los valores espirituales en el curso de la historia? Sin ellos mi pueblo no existiría como expresión de creación

hispánica; estaríamos hablando inglés, seríamos una estrella más de la Unión Norteamericana. Estoy aquí por la fuerza del espíritu que mi pueblo ha sabido articular con las realidades objetivas de la vida social. Sin la voluntad creadora y el heroísmo que históricamente se ha exaltado en el noble orgullo patrio de los mejores cubanos, no seríamos hoy un país con identidad propia.

La síntesis universal de cultura que se generó en Cuba tiene como un elemento sustantivo el principio enunciado por el maestro José de la Luz y Caballero en cuanto a que *la justicia es el sol del mundo moral*. Y esta síntesis cultural es la que se pretende destruir por quienes lo han venido haciendo en Puerto Rico y pretendiendo en muchas otras zonas del orbe.

En Cuba germinó tan fuerte el sentido heroico de la vida y el amor a la independencia, a la libertad y a la dignidad humana, que las fuerzas económicas más poderosas de los últimos dos siglos del Occidente civilizado no pudieron evitar el nacimiento, crecimiento y consolidación de una nación independiente. Esta historia tiene también fundamentos económicos, pero no se explica sin la presencia en nuestro pueblo de una cultura ética, una sensibilidad y una vocación irrenunciable a la independencia y a la libertad. Y este sentido del honor y de la independencia tiene raíces hispánicas.

Miguel de Unamuno caracterizó a España como *una polvareda por donde ha pasado un gran pueblo*. Los cubanos somos parte de esa polvareda inmensa que se extendió desde México y las Antillas, por el Norte, hasta Chile y Argentina por el Sur. De esos polvos gloriosos venimos y ellos poseen la fuerza espiritual para dar el alerta necesario acerca de que si es cierto que el hombre primero necesita co-

mer, vestirse, tener un techo, y luego hacer filosofía, religión, arte. También lo es que la humanidad no tendría existencia real y objetiva sin producir arte, filosofía y, en fin, vida espiritual. Porque hay una antigua verdad que se precisa destacar con todo rigor en el pensamiento científico y filosófico moderno: *no sólo de pan vive el hombre*.

Debemos situar la solidaridad, la capacidad humana para asociarse en favor de fines colectivos en el centro de un empeño renovador que oriente el esfuerzo del científico, del tecnólogo y del profesional de todas las ramas hacia los fines de promover la justicia entre los hombres sin fronteras ni distinciones. Bien sé que a esto se oponen, con fuerza brutal, los intereses egoístas de grupos y clases sociales y de individuos en particular. Pero sin una alta conciencia sobre la necesidad de forjar una cultura de la solidaridad entre los hombres no podemos vencer estos obstáculos. El espíritu inmortal de la patria inmensa de Cervantes, como símbolo glorioso se levanta en nuestros corazones para decirnos que sólo luchando por lo que algunos han creído imposible podremos alcanzar los mejores frutos de lo posible.

Comencemos por el amor y la justicia, conceptos relegados por una civilización que se estima superior porque posee tecnologías y conocimientos científicos, pero a la que le falta lo principal para establecerse de forma duradera: una ética humanista. Se impusieron los peores instintos e impulsos primarios del hombre, y sólo con amor y justicia podremos hoy salvar a nuestra especie de su posible extinción a manos del crecimiento anárquico y desenfrenado del egoísmo.

La edad moderna nació con Iberoamérica. El sentimiento universal que surgió entonces fue minimi-

zado y desarticulado por las peores ambiciones. Exaltemos los más nobles sentimientos, que simbolizo en dos nombres: uno, el de los comienzos, Fray Bartolomé de las Casas; otro, el de los años finales de la dominación colonial, José Martí. La universalidad de ambos nos une y nos lanza a todos, los que hemos pasado por las universidades de Iberoamérica, el reto de ser verdaderamente universales.

Una vez, viajando hacia un lejano país de Asia, un sacerdote a quien mucho estimo me preguntó qué teníamos que ver nosotros con tan remota nación. Le respondí al amigo: “La humanidad, padre, la humanidad”. Ese es nuestro sentimiento y con ello creo ser fiel a lo mejor de la hispanidad. Exaltemos juntos la universalidad que heredamos de nuestros antepasados, que ha sido lo más noble y alto que he aprendido por Martí de la cultura española asimilada, ampliada y universalizada por él como nadie lo ha hecho en los siglos que van de Colón a nuestros días.

De esto, amigos míos, quiero tratar: de la cultura iberoamericana presente en José Martí y Fray Bartolomé de las Casas, y de lo que ese legado debe representar en nuestra actual encrucijada histórica.

Puntos comunes en el pensamiento de estos dos hombres articulan una línea de la creación intelectual indisolublemente comprometida con los ideales humanistas que nos corresponde reivindicar.

Pienso que no haya hombre sensible que deje de sentir muy hondo cuando lee en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, uno de los vigorosos textos escritos por Fray Bartolomé de las Casas, la descripción de *injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras* y la no menos falaz norma de sometimiento basada en la opresión *con la más dura*,

horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas.

Porque a las puertas del tercer milenio, lamentablemente, esa denuncia del sacerdote que se acercó a los aborígenes de América como a sus iguales, es aplicable a un mundo en el que, tras el progreso, se esconden las llagas de guerras que estallan en los cuatro puntos cardinales, de la violencia irracional que se disimula bajo eufemismos tales como: diferendos, conflictos de baja intensidad, operaciones de limpieza étnica e intervenciones que cínicamente llaman “humanitarias”, y de formas de sumisión que van, desde las más descarnadas, hasta las más sofisticadas y cínicas, como las generadas por el chantaje económico de los centros financieros internacionales que exigen a sus deudores la puesta en práctica de programas contra la salud y la educación de millones de desposeídos y marginados.

De Las Casas hemos heredado su vocación de justicia y el sentido de la piedad. Los pueblos iberoamericanos tenemos que hacer entender, de una vez y para siempre, que la justicia sólo es real cuando alcanza a todos por igual y a todos los órdenes de la vida, es decir, tanto en la trama interna de las comunidades y las naciones, como a escala global. Es objetivo que no lo debemos plantear como exigencia real e inmediata, es decir, para este minuto, pero no podemos renunciar a esta ética.

La piedad y la solidaridad deben constituir un patrimonio universal que sirva de punto de partida para la multiplicación de la virtud en las relaciones entre los seres humanos.

La cultura iberoamericana ha sido pródiga en pensadores y actores de nuestros procesos histórico-sociales que fecundan y desarrollan la idea de vincular

la justicia con la virtud, el progreso material con el enriquecimiento espiritual, la necesidad con la libertad. Digo más: aquellos que desde cada una de las márgenes del Atlántico, a lo largo de medio milenio, han abrazado esas ideas y luchado por ellas, son precisamente los que han hecho posible la edificación de un sustrato espiritual sobre el cual se eleva el concepto mismo de Iberoamérica.

Esa fue la prédica y la acción de José Martí, tan cubano como universal. Aun cuando consagró su vida a la independencia, nunca azuzó odios contra el pueblo de la península europea; por lo contrario elogió sus creaciones y celebró las más puras esencias de la hispanidad. Quien organizó una guerra que calificó “necesaria”, “humanitaria” y “breve”, nunca dejó de fundar su obra en el amor, la unidad, el respeto. Por ello proclamó, como aspiración suprema de la república que se propuso construir, que su ley primera fuera *el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre*.

Cuando Martí nos habla de dignidad, refiere la necesidad de liberar al hombre de toda clase de humillación y limitación y al desarrollo pleno de sus potencialidades creadoras.

Con una agudeza que a estas alturas nos sobrecoige, el reclamo martiano parece un mandato de plena vigencia y palpitante perentoriedad, cuando dijo: *Las redenciones han venido siendo teóricas y formales; es necesario que sean efectivas y esenciales (...) El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos*.

¡Cuánto beneficio tendríamos si nos adscribiéramos a su espiritualidad! Y no ya en el plano individual, sino en una dimensión social que en la contemporaneidad no es siempre tomada en cuenta por cortedad

de miras, por torpeza, por egoísmo, o porque el entusiasmo de una grandeza avasalladora en la tenencia de bienes materiales empequeñece el alma.

Cuando a fines del siglo XIX Cuba se forjaba como país independiente, vio nacer en Norteamérica la inquietante paradoja de una modernidad escindida entre el fragor de la industrialización y el crecimiento de sectores marginales, entre el deslumbramiento ante la velocidad de los nuevos medios de transporte y la lejanía de la vida espiritual, entre la consolidación de un sistema democrático y la voracidad volcada hacia territorios ajenos. Ahí está la raíz de las más angustiosas y nobles aspiraciones de José Martí. Él sentenció: *Los pueblos mueren de hipertrofia de fuerza, que los ensoberbece, ofusca y embriaga, y causa dolores y trastornos sin cuento con su propio exceso (...) Las condiciones espirituales tienen su higiene, lo mismo que las físicas; y de una condición se ha de reposar en otra, que la modere y modifique. De la fuerza se ha de descansar en la ternura.*

Nos corroe la cultura del egoísmo: tener más a toda costa y a todo costo. ¿O es que no somos capaces de alarmarnos ante los desastres ecológicos y la espada de Damocles que pende en el agujero abierto en la capa de ozono que delimita la atmósfera? Sólo importa obtener superganancias y bien poco pensar en una más justa redistribución de la riqueza.

A escala universal se han desgastado las palabras libertad, igualdad y fraternidad en una retórica donde la primera es inalcanzable no sólo para Ternura: he aquí una palabra que se ha perdido en la actualidad. No se puede hablar de ternura en ciudades donde los niños sustituyen sus juegos ancestrales por máquinas electrónicas ante las cuales, ensimismados y solitarios, se ejercitan en el arte de matar, o

cuando ya adultos se identifican con la hostilidad de las tribus urbanas.

A escala universal, nos estamos esclavizando y banalizando con una seudocultura que se vincula a una parte de la violencia y el egoísmo desenfrenados e influye en los índices crecientes de la criminalidad. Los designios geopolíticos tratan de imponerse por vías diversas y para ello emplean medios y técnicas que tienen que ver con la cultura y que deberían, por lo contrario, usarse para exaltar la solidaridad y rechazar el egoísmo.

Con sofisticadas técnicas se intenta imponer modelos de globalización que denigran progresivamente la dignidad humana, en tanto por doquiera se agudizan los conflictos, las confrontaciones nacionales, regionales, de grupos étnicos y culturales, y el choque de identidades. En un mundo así, se exalta el egoísmo cuando debíamos promover la solidaridad. Solidaridad, esto es lo que falta.

Falta cuando observamos cómo escasean fondos de ayuda con destino a los países más empobrecidos. Hay que comprender la real condición de regiones enteras a partir de la secular expoliación que han sufrido. La materialización de un nuevo orden económico internacional se ha visto entorpecido por la ausencia de voluntades políticas. En la vida del hombre común se imponen normas de conducta, que tienden a olvidar al menesteroso y a negar ayuda al prójimo necesitado. Basta mirar la indiferencia con que en las megalópolis modernas el opulento transita por autopistas a cuya vera se arraciman los hombres sin techo o el desprecio con que se trata a los enfermos de SIDA.

Nos corroe la cultura del egoísmo: tener más a toda costa y a todo costo. ¿O es que no somos capa-

ces de alarmarnos ante los desastres ecológicos y la espada de Damocles que pende en el agujero abierto en la capa de ozono que delimita la atmósfera? Sólo importa obtener superganancias y bien poco pensar en una más justa redistribución de la riqueza.

A escala universal se han desgastado las palabras libertad, igualdad y fraternidad en una retórica donde la primera es inalcanzable no sólo para los que padecen imposiciones totalitarias, sino también para los millones y millones que no pueden gozarla encerrados en la cárcel de la necesidad de sobrevivir a duras penas y morir sin ver realizada su condición humana.

Quizá estas reflexiones, a ciertos oídos, parezcan apocalípticas, pero la realidad es implacable. No soy el único que advierte las señales de la crisis ética de la edad moderna. Está presente como una dramática realidad en la moderna sociedad industrial. Sólo con alta conciencia de la magnitud de la crisis podremos forjar nuevos paradigmas que rescaten la confianza en el futuro. La crisis ética es síntoma de crisis económico-social. Por dondequiera se advierten síntomas.

Esta acumulación de problemas no debe representar la entrada en una era postmoderna que niegue el valor de la esperanza y la utopía. Sin embargo, algunos glorifican una razón instrumental sobre la base de enarbolar nuevos mitos del Diablo. Se trata, por lo contrario, de promover una racionalidad que nunca debimos perder y que debemos planteárnosla en su más profunda y radical verticalidad.

Para el triunfo de la racionalidad, si va a tener un valor genuinamente humano, no bastan las cifras frías de una aritmética y una estadística erigidas en "teologías" bien distantes de la definición martiana de Dios cuando dijo que él representaba la idea del Bien.

Si va a servir de algo lo que muestran los números que aparecen hasta el cansancio en los informes especializados, sería para subrayar que está faltando lo esencial del hombre: el amor al prójimo. Ninguna filosofía puede desconocer la influencia decisiva del amor y la solidaridad humana en la historia de las civilizaciones. Sólo si comprendemos el papel de la cultura y la necesidad de la justicia, seremos capaces de avanzar y de evitar el desastre.

Pero muchos están empeñados en hacer girar la economía política exclusivamente con cifras y datos que la aritmética expresa, como si la historia económica del mundo y su evolución futura fuera una simple cuestión de números. No se puede medir el desarrollo ni trazar pautas hacia el futuro de esta forma por la misma razón que el espacio infinito no se puede medir con cintas métricas, sino con años luz. Incluso, estos pueden ser insuficientes.

No puedo aceptar una posthistoria cuando aún la prehistoria no ha concluido. Creo que ternura, solidaridad, libertad, igualdad y fraternidad, es decir, los mejores ideales de la edad moderna, deben y pueden hallar un espacio para su concreción real. Creo, como creía Martí, en la utilidad de la virtud, en el mejoramiento humano y en la vida futura. La vida futura de Martí somos nosotros. La nuestra es la de nuestros hijos, nietos y descendientes. Tenemos compromiso humano con ellos.

Una manera práctica de cumplirlos nos lleva a situar a la cultura, la ciencia y la educación en el centro mismo de las estrategias de desarrollo. Ello ha estado presente desde hace tiempo en el discurso de los círculos académicos, intelectuales e incluso en los foros políticos internacionales.

Pero lo que hasta hoy ha sido objeto de especulación y conceptualización intelectual, se impone como

una necesidad política de los tiempos presentes y futuros. La exaltación de la cultura ha devenido en exigencia inexcusable.

Debemos luchar a brazo partido, de manera incesante, por articular de una vez y por todas el desarrollo de las fuerzas productivas con una racionalidad que preserve la condición humana. No debe concebirse un mundo en el que avanza la ingeniería genética, la biotecnología, la robótica, la inteligencia artificial y la exploración de fuentes renovables de energía, junto al crecimiento de la miseria, la insalubridad, el hambre y la muerte prematura. No fomentemos más el desarrollismo, sino el desarrollo. Basta ya de economía deshumanizada. Planteémoslo sin odio, el odio está demasiado presente para que tenga que ser exaltado.

Nuestras sociedades no pueden seguir siendo rehenes de tecnologías destructivas, de arbitrariedades derivadas de una globalización unilateral de la economía, de un consumismo desenfrenado y de un darwinismo social evidente por mucho que se le enmascare. Contra esto lucha hoy Cuba, cuando se ha visto obligada a ajustes y cambios en su economía.

Y esto sólo se logra si promovemos una auténtica racionalidad moderna, comprometida con los más genuinos valores humanistas universales, a partir de una educación integral que cultive las mejores disposiciones humanas, una ética responsable y la exaltación de los valores creados por la cultura a lo largo de la historia.

A partir de estos principios, mi pueblo se interesa y trabaja por relacionarse con el mundo. Pero, en nuestra experiencia propia y dadas las coyunturas en que hemos sido colocados, he llegado a una conclusión clara: para no excluir al otro, o a los otros, es

necesario articular, como si fuéramos artífices de la historia, tres conceptos o categorías que en la vida práctica y en la propia historia siempre han chocado de forma dramática y cruel y hoy lo hacen a una escala insospechada. Estos tres conceptos, expresión abstracta de fenómenos que existen en la realidad y que tienen, en última instancia, fundamentos económicos, son: identidad, universalidad y civilización.

El drama de la guerra y de la paz pasa por las coordenadas que revelan estas tres nociones. La tragedia de la miseria y la injusticia social también. En tanto normas o principios éticos y jurídicos, no he encontrado mejor fórmula para abordar este problema clave, que la idea expuesta por el Benemérito de las Américas, Benito Juárez, cuando señaló que *el respeto al derecho ajeno es la paz*.

¿Qué representa la idea de identidad? Supone la disyuntiva más antigua del hombre, e incluso de la evolución natural; representa ser o no ser. A partir del reconocimiento pleno de la identidad cultural de los individuos y las comunidades de hombres es que se puede garantizar la fortaleza, el enriquecimiento y la diversidad de opciones y alternativas.

Ningún árbol crece si no se afirma en sus raíces. Desde luego, es válido el injerto que provenga de raíces ajenas. Pero, para salvar y enriquecer la identidad propia ha de cumplirse el consejo que nos dejó José Martí cuando dijo: *Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas*. La noción de universalidad, sólo puedo aceptarla como una escala superior de identidades. No es posible admitir que se impongan, con las banderas de la universalidad, criterios que pueden ser quizá válidos para identidades ajenas, pero que lesionan la propia.

Para arribar a un concepto humanista universal ha de partirse del respeto a la identidad de cada persona individual. En tal sentido, son válidos los derechos humanos proclamados hace ya siglos. Estos principios aparecen en diversos textos constitucionales modernos.

Pero ninguna identidad puede aceptarse si pretende imponerse sobre la de otros. Para el esclarecimiento de la cuestión es necesaria la cultura. Representa el único espacio posible para un mundo sin exclusiones, y sólo en un mundo así podremos enfrentar nuestros desafíos. Cualquier diálogo político, sin un presupuesto de carácter cultural, representaría excluir al otro o a los demás. Esta última expresión que tanto se emplea en los intelectuales contemporáneos, es el principio más importante para la relación entre los individuos, las naciones y las identidades humanas.

No hay otra lógica para asegurar el respeto a las identidades que defender el derecho de todos los hombres y comunidades humanas a una civilización más alta. Si no se respeta ese derecho, se estará afectando el principio de identidad y generando exclusiones.

Cuando esto ocurre, con independencia del principio ético violado, se produce, objetivamente, un atraso y un perjuicio, tanto para la identidad agredida, como para la agresora. Es una lección que la edad moderna confirma.

La moderna civilización anglosajona, si pretende seguir creciendo a costa de identidades ajenas, perderá fuerza para desarrollarse material y espiritualmente. Otras sociedades que actúen con mayor sabiduría irán adelante.

Veamos esta cuestión a la luz de la situación concreta de mi país. Cuba es un pueblo al que se le trata de excluir, es decir, mi pueblo sufre la marginación

que se le impone mediante un bloqueo que dura hasta la actualidad. Hemos planteado nuestra disposición de discutir sobre la base del respeto a nuestra propia identidad. La comunidad internacional se ha manifestado en contra de ese bloqueo. La Asamblea General de la ONU ha votado, con amplísima mayoría, contra el bloqueo. Sólo dos países votaron en favor de este. El peligro que ello significa para la identidad iberoamericana debe analizarse.

Para España, lo más grave de esta exclusión que se pretende contra mi país, se halla en el hecho de que puede significar la ruptura de la identidad iberoamericana. Con toda responsabilidad y más allá de criterios filosóficos y políticos, como iberoamericano subrayo ante ustedes que las pretensiones de las cúspides dominantes de Norteamérica que hoy controlan las decisiones en el Congreso significaría la ulterior desaparición de Iberoamérica como identidad cultural, porque Cuba está en el vórtice mismo de la cultura iberoamericana en el Nuevo Mundo.

Si a esto le unimos el carácter que han tomado las contradicciones económicas de los Estados Unidos y México y el diferendo migratorio entre ambos países, se comprenderá la magnitud del reto histórico que tiene ante sí el ideal cultural iberoamericano. Se entenderá que estamos ante el más importante problema que ha tenido la hispanidad después que se puso fin al dominio colonial en Iberoamérica. Cuba no cumpliría con su responsabilidad si no señalara lo que está en juego. A fines del siglo xx, las medidas promovidas en los círculos de poder de los Estados Unidos representarán un peligro mayor que el de la intervención norteamericana en la guerra de Cuba en 1898. Entonces España perdió la última colonia que le quedaba en América. Entonces Cuba

no pudo conquistar su independencia y los derrotados fueron España y Cuba. Ahora se amenaza con que Iberoamérica pierda un eslabón clave de su identidad. De ahí en adelante comenzaría el siglo XXI como un proceso sistemático de deterioro de toda la identidad cultural de España en América.

Obviamente, esto no sucederá, porque mi pueblo está dispuesto a enfrentar, a cualquier precio que sea necesario, su batalla por evitar las pretensiones de los círculos más reaccionarios de los Estados Unidos. Pero la hispanidad no puede ni ha de quedar al margen de este desafío. Son muy fuertes los lazos que nos unen a España para que el pueblo español permanezca indiferente frente a estos hechos. Ello ha de tener una inevitable repercusión en España.

La lógica de las acusaciones contra Cuba en la guerra fría ha perdido todo fundamento objetivo con la desaparición de la URSS. La cultura política moderna exige cambios, responsabilidad y sensatez. Cuba, sin abandonar sus principios, es decir, su proyecto social basado en firmes razones históricas, está cambiando. En tal sentido, somos modernos. Otros, los que nos exigen cambios, son, sin embargo, los que no quieren cambiar. La acusación de que Cuba era una potencia extracontinental se movía dentro de la lógica de la guerra fría. Al derrumbarse el muro de Berlín, disolverse la Unión Soviética y mantenernos nosotros durante más de cinco años en pie, ha quedado obsoleta toda esa lógica.

Pero hay más, cuando un país como los Estados Unidos, viola en los hechos el esquema de valores culturales respecto al cual, incluso teóricamente, se ha adscrito, significa que algo profundo está funcionando mal en la civilización estadounidense. Es síntoma de envejecimiento. La decadencia de una civiliza-

ción comienza a manifestarse a través de la contradicción entre sus hechos fundamentales y los esquemas de valores que proclaman. Y estas contradicciones no se dan sólo en el tratamiento a la cuestión cubana, está también presente en la Resolución 187 del Estado de California y en otras decisiones que se han venido adoptando.

Hasta aquí Estados Unidos se ha podido mover con la aceptación teórica de un esquema de valores y su violación en la práctica. Ha podido engañar y encubrir la verdadera naturaleza de su sistema. Sin embargo, hoy, como se prueba, tiene ya que hacerlo descarnada y oficialmente de forma brutal.

A estas alturas España, Portugal y las naciones latinoamericanas configuramos un conjunto de sociedades que nos enlazamos idiomática y espiritualmente y podemos ser voceros de un mundo nuevo. Para decirlo de forma más profunda y hermosa, debemos forjar el nuevo mundo. Españoles: los invito a representar en Europa ese nuevo mundo que es también de ustedes. Cuba contribuirá al empeño con el valor de su cultura.

La vida independiente de los pueblos de América Latina no significó una ruptura de los vasos comunicantes establecidos a través del mar que nos separa. España también supo seguir mirando la huella de una raza que se mezcló con otras en una síntesis original. Se han sellado vínculos que no ignoran las tragedias del pasado ni olvidan heridas abiertas y todavía sangrantes, precisamente para que cicatricen y sirvan de enseñanza. Existe un saldo de entendimiento y comprensión por encima de desencuentros y desavenencias, lo cual ha permitido la creación de un espacio para la brega común, que puede ser mucho más orgánico y fluido que los existentes en

otras comunidades regionales concertadas sobre meros intereses económicos o artificiosas maniobras de las estructuras de poder o anacrónicos dictados geopolíticos.

En la conciencia de nuestros pueblos germina la semilla de un modo propio de entender el mundo, y lo más importante, de transformarlo. Y es así porque van a ir siendo mayoría los que perciben que la vida espiritual es un bien tan importante como las riquezas materiales. O mejor aún, porque saben que no es posible un aprovechamiento racional de esa riqueza si no es a partir de una perspectiva cultural. Sobre la base de esa confianza creciente e irreductible es que he venido a compartir estas reflexiones con vosotros.

Como ciudadano iberoamericano que siente a la humanidad como su mayor importante hogar, deseo librar, junto a ustedes, una batalla inteligente y culta por contribuir a eliminar las enormes contradicciones del mundo contemporáneo. Sin ilusiones injustificadas, porque las realidades y los obstáculos son inmensos, tengo la esperanza de que la cultura, la ciencia y la educación sean capaces de desempeñar un papel destacado no sólo en la solución de los conflictos actuales, sino también en la búsqueda de caminos para un mundo mejor como el que han soñado los grandes pensadores de Iberoamérica.

Cuba, España e Iberoamérica pueden abordar juntas este análisis, y ya esto es un gran paso de avance. Ninguna otra región del mundo está en condiciones de hacerlo, no porque nos sintamos superiores, sino porque nuestras culturas expresan la síntesis más profunda de la edad moderna.

Somos quienes representamos la utopía y tenemos la experiencia de los siglos transcurridos. Abra-

zar la utopía del mundo de hoy es una necesidad práctica y diríamos que una razón instrumental para salvar al mundo del holocausto. Esa utopía purificada por los siglos está presente en la cultura de Iberoamérica.

Para lograr tan serios objetivos convido a las mentes responsables y abiertas de uno y otro lado del océano Atlántico, con independencia de credos filosóficos, a unírnos en el diálogo y la acción. No podemos darnos el lujo de posponer esa empresa. Está en juego lo más valioso, la creación del hombre. Lo dijo el presidente cubano Fidel Castro en la Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro, hay una especie en peligro de extinción: la especie humana. Salvémosnos todos sin sectarismos, dogmatismos ni limitaciones estériles. Iberoamérica no podrá hacerlo, ni es fácil que el mundo lo haga a corto plazo, pero tenemos la obligación moral de proclamar con énfasis que si las cosechas del pensamiento y de la cultura en general no se sitúan en el epicentro de las estrategias de desarrollo, el mundo no se salvará.

Si lográramos que la cultura sirva para estimular los rasgos más nobles del ser humano, estaríamos cumpliendo un deber histórico de incalculable valor, que nos lo agradecerían eternamente nuestros descendientes, como hoy nos inclinamos con respeto y fervor ante la memoria de los hombres que fundaron este formidable haz de pueblos iberoamericanos en el crisol de los tiempos. Nuestro humanismo es síntesis que resume los ideales que pueden promover una modernidad más profunda y consecuentemente justa.

Proclamemos y trabajemos por la igualdad universal del hombre, tal como lo hizo el más noble de los europeos llegados a tierras americanas en las fron-

teras de los siglos xv y xvi, Fray Bartolomé de las Casas, y así lograremos establecer la fórmula del amor triunfante en un mundo con todos y para el bien de todos reclamado hace un siglo por el ilustre iberoamericano José Martí. Él selló, con su muerte heroica el 19 de mayo de 1895, un canto de luz y esperanza para que juntos, españoles y cubanos, concibamos y contribuyamos a crear una obra de redención humana que está viva en lo más profundo del alma española y cubana. Se trata de la utopía americana, la utopía del hombre. Sólo así alcanzaremos nuestra propia redención. Este es, según mi criterio, el reto iberoamericano ante el siglo xxi.

El compromiso intelectual cubano en la llamada “era postmoderna”*



Constituye un deber inexcusable de la intelectualidad del país reflexionar acerca de los retos políticos, sociales y morales que se le presentan a la cultura cubana en los días que corren. Es imprescindible que la intelectualidad cubana explique y amplíe, con inteligencia y valor, las posibles opciones y soluciones que se deriven de tales análisis.

Si vamos a responder a nuestra tradición cultural, estamos en la obligación de hacer política y de facilitar y apoyar que se haga política. Una inhibición al respecto sería desastrosa, porque otros la harán con intenciones perversas o perjudiciales. Desde luego, debemos hacer política no en el sentido vulgar y pedestre de los que la ejercen de manera superficial u oportunista, sino a partir de sólidos fundamentos culturales.

Alguien dijo, con razón, que la historia es la maestra de la política. Propiamente diríamos, debe ser la maestra de la política. Con esta concepción pode-

* Palabras pronunciadas en la VIII Conferencia Científica del Instituto Superior de Arte, La Habana, 13 de abril de 1995.

mos hacer política con cultura. Hablo de hacer política en la acepción que la entendió José Martí. Hay que dejar definitivamente atrás los criterios aldeanos, que muchas veces prevalecen en este quehacer, y situarse en el plano más profundo de la cultura.

Las masas de hombres y mujeres que han alcanzado altos niveles culturales en nuestro país pueden articular su pensamiento y acción con una tradición política de gran valor intelectual. Esas masas instruidas en virtud de la Revolución proceden de las capas laboriosas de la nación. Esto hará posible un diálogo profundo de la intelectualidad cubana con todo nuestro pueblo y con el mundo que nos rodea.

Tengo la percepción de que la cultura cubana, como nunca antes en la historia, está en posibilidades de relacionarse con las más diversas y contradictorias sociedades y de contribuir a un intercambio fecundo a partir de sus principios básicos. Para ello se requiere la solidez de una ética que nos viene de los padres fundadores de la Patria y que llega hasta el Che y Fidel.

En el centro de nuestros afanes está el debate de ideas, pero no de forma anárquica, disociadora ni hipercrítica, sino de manera constructiva, crítica, generosa, para ayudar a salvaguardar las conquistas de la Revolución y servir al propósito superior que encierran nuestras legítimas aspiraciones socialistas. Tenemos que hacerlo en una época caracterizada por el retroceso y la parálisis del movimiento revolucionario y democrático mundial, producto de la conmoción sufrida en el seno de la izquierda con la desaparición de la Unión Soviética y del campo socialista. Hay que romper la inercia y lanzarse hacia un nuevo camino de la izquierda. Hay que repensar la Revolución.

Hay que reflexionar sobre estos sucesos y sus consecuencias en las realidades de hoy. De una parte, han crecido la prepotencia, el empleo de medidas represivas y los ímpetus brutales de una derecha profundamente reaccionaria, cuyo centro se halla en los grupos más recalcitrantes que tratan de imponer sus puntos de vista en el Congreso de los Estados Unidos. De la otra, la dispersión y anarquía que se revelan en el desorden intelectual y moral predominantes en diversas sociedades “postmodernas”, bajo el disfraz de un trasnochado liberalismo.

La enorme concentración del capital a escala nunca vista en el Occidente civilizado, que desdeña los valores humanos y culturales de las sociedades modernas, pisotea identidades y tradiciones en América Latina y el mundo. El espíritu anarquizante de un individualismo exclusivamente retórico, que se aprecia, tanto en un dogmatismo infecundo, como en conductas y proceder pragmáticos hasta lo inaudito, está bien distante de las necesidades de una práctica política sana y se muestra como un índice de la crisis de ideas y de ética de la civilización occidental.

El vigor de la cultura cubana en la contemporaneidad podrá medirse, en primer lugar, por su capacidad para sortear estas encrucijadas con valor, talento e imaginación. Este vigor se puede sostener en la innegable explosión creadora que ha tenido lugar en los años posteriores al triunfo de la Revolución y que, lejos de estancarse, se multiplica sobre la base de la creatividad y el talento expresados en las difíciles circunstancias de los años 90. Y para esto la palabra de orden es diálogo democrático, pero diálogo con rigor, seriedad y el propósito muy claro de salvar a la nación y a las conquistas del socialismo.

En mayor o menor medida —pero con logros evidentes de los cuales dan cuenta críticos, especialistas y público de muchos países—, la danza, el teatro, el cine, la música, la literatura, las artes plásticas de nuestro país están dando muestras de excelencia y ofrecen razón para sentirnos con un arma poderosa en un mundo donde se ha perdido, para muchos, la esperanza de salvación y se trata de imponer, con total falta de ética, una especie de “vale todo”, lo cual vendría a representar para la humanidad la pérdida de todos los valores creados por el hombre a lo largo de milenios.

Una forma de aquilatar la pujanza de una cultura está en que, a partir de su identidad y del respeto irrestricto a sus valores más sustanciales, muestre capacidad de autorreflexión, de autoanálisis, de defender su proyección social y de insertarse en los procesos de transformación económica y espiritual en favor de sus más caros ideales. Una cultura o una identidad que resulte incapaz de hacerlo, no podrá avanzar ni crecer y, por tanto, no podrá promover lo nuevo. Lo nuevo no surge como improvisación dilettante ni tampoco como imposición dogmática, sino como consecuencia de un empeño riguroso y sistemático de investigación y estudio que le abra paso al talento y promueva la creatividad. No se descubre ni se crea lo nuevo sin fundamentos del rigor y la exigencia.

El hecho de que se haya intentado imponer principios y deberes sociales por métodos anticulturales y que, obviamente, por tal vía no se haya logrado crear una nueva conciencia colectiva en el país que en 1917 emprendió el camino socialista, no puede significar que la rectitud y el rigor no sean indispensables. Lo que prueba esos resultados dramáticos es la necesidad de

una cultura superior y de métodos y principios inspirados en ella para darle solidez intelectual y moral al quehacer político, social y educativo.

Es hora que extraigamos, como conclusión, que el dogmatismo es hermano gemelo del liberalismo anarquizante. Dogmáticos y liberaloides están en el centro del trágico proceso que vivió lo que se llamó "socialismo real", y que un día perdió toda realidad. El rigor y la seriedad de una ética y de una cultura abierta al análisis, el estudio y la gestión en favor de los explotados y de los pobres es la única respuesta válida a quienes, simplemente con métodos impositivos, pretendan implantar un sistema socialista y a los que rechacen el orden necesario, la seriedad y el rigor con particularismos infecundos que se originan, en última instancia, en el egoísmo. Para salir del caos intelectual en que naufragó el pensamiento socialista del siglo xx, hay que situarse en el plano de la cultura y promover un profundo autoanálisis.

La primera y más importante autorreflexión de la cultura cubana en los finales del siglo xx consiste en analizar el origen y las consecuencias del hecho objetivo de que la interpretación marxista prevaleciente en la segunda mitad de este siglo sufrió una ruptura definitiva. Se trata de un acontecimiento histórico, objetivo, que la sociedad cubana de estos años finiseculares no puede pasar por alto ni dejar de estudiar su significación, entre otras muchas razones, porque de otra forma no salvaríamos, para las generaciones que nos sucederán, las ideas y la cultura que representan el pensamiento de Marx, Engels y Lenin. Ellos no son los responsables del desastre, sino, en todo caso, fueron sus víctimas.

En el año del centenario de la muerte de Martí y, también, de Federico Engels (1995), es oportuno,

pues, que meditemos en torno a estas dos efemérides. Investigadores sociales y filósofos se afanan por extraer, de las ideas de estos sabios, caminos nuevos, netamente cubanos y socialistas, que nos permitan marchar hacia adelante.

Se ha dicho que tenemos que cambiar. De acuerdo. Y entre lo que tenemos que variar está la forma de desarrollar los enfrentamientos de ideas en la contemporaneidad. Han cambiado ya las reglas del juego: debemos elaborar un nuevo diseño, genuinamente democrático y profundamente popular, para abordar los temas de la revolución y el socialismo. Y esto sólo puede realizarse sobre el fundamento de nuestra cultura.

Los científicos sociales y los intelectuales cubanos con vocación y responsabilidades en la investigación tienen ante sí problemas acuciantes que merecen atención especializada, preparación teórica y análisis histórico. Pero no se trata sólo de un interés teórico; este tiene validez en la medida que conduzca a orientar la acción práctica inmediata y mediata.

Se exige la conceptualización consecuente que nos lleve a cuestiones del mayor interés político, y uno de estos problemas se refiere, justamente, *a la dimensión social de la cultura y a la dimensión cultural del desarrollo*. La dimensión social de la cultura también se conoce como trabajo sociocultural en la comunidad. Este se identifica con aquella, pero el concepto de dimensión social de la cultura es mucho más amplio. Pudiéramos decir trabajo cultural en la comunidad, pero no sólo en un contexto local, sino en el plano nacional y universal.

La brújula de los nuevos tiempos pasa por la necesaria irradiación de valores esenciales presentes

en la historia espiritual de nuestro pueblo. Hablo de la cultura no en un sentido estrecho, sino en su acepción cabal. La cultura, en tanto todo lo que el hombre ha creado sobre la naturaleza o a partir de la naturaleza, incluye, desde luego, la gran utopía humana en favor de la liberación social. Como diría nuestro Alejo Carpentier, *ganar la felicidad en el reino de este mundo* o, como diría Jesucristo, *la salvación del hombre en la tierra*.

Sin utopía realizable hacia el futuro no hay cultura y no hay propiamente humanidad. Precisa rescatar el concepto mismo de utopía para situarnos en el hombre de carne y huesos, pero también de espíritu, inteligencia y amor. La cuestión se halla en que esta noción de cultura está enraizada en los perfiles más autóctonos de la cubanía, y porque lo está, nuestro movimiento cultural desde Varela hasta hoy, es una síntesis original del acervo intelectual universal. Somos patriotas y somos universales. Esta es una patria universal. En lo mejor de la cultura cubana no tenemos “ismos” ni exclusiones dogmáticas o voluntaristas.

Uno de los errores fundamentales de la interpretación materialista histórica de la segunda mitad del siglo xx que contribuyó decisivamente a la descomposición moral de Europa del Este fue subestimar el papel de la vida espiritual y el sentido universal del pensamiento de Marx y Lenin. Esto tiene profundas explicaciones históricas que se enlazan con erróneas interpretaciones acerca de la famosa construcción del socialismo en un solo país.

Lo que fue coyuntural y nació de necesidades emergentes para enfrentar una situación específica de la URSS en la época de Lenin, se convirtió en estrategia del movimiento revolucionario mundial

durante un siglo. Ahí está una de las razones de las enormes limitaciones del principio de universalidad que vinieron a lastrar al movimiento comunista internacional.

Hemos expresado que nadie nos puede hacer cuentos sobre lo que pasó en la URSS y en el campo socialista de Europa del Este, porque conocimos esa historia por dentro y desde las posiciones más consecuentes y profundamente marxistas. Asimismo, en el Occidente civilizado se impusieron las sociedades consumistas y desarrollistas que se expresan con el prisma de corrientes que llaman “postmodernas”.

En el Este y en el Oeste la civilización moderna, la del siglo xx, perdió los resortes éticos y se impuso el más feroz oportunismo, el caos y el desorden en las ideas, la banalización de las creaciones culturales y, por consiguiente, la progresiva deshumanización de los contenidos humanos de la cultura universal.

Una civilización tecnológica y científica se estableció como una especie de teología desarrollista. La idea del socialismo en este siglo a partir de los acuerdos de Yalta y Potsdam y de la guerra fría, cayó en una trampa. Es obvio que el asunto tenía antecedentes en las décadas de los 20 y de los 30, tras la muerte de Lenin, pero prefiero tomar como punto de partida lo que sucedió desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial.

La muy justa fascinación de Marx por el impetuoso desarrollo burgués que transformó radicalmente la sociedad humana en el transcurso de unas pocas décadas, sobre todo, si se cuentan desde la Revolución Industrial Inglesa hasta la medianía del siglo xix, estuvo dentro de la lógica de sus ideas, pero tal lógica obsesionó, con posterioridad a la muerte de Lenin,

y en especial tras el desenlace de la guerra en 1945, a muchos de los que interpretaron el pensamiento marxista en las décadas subsiguientes hasta convertir el desarrollo industrial y tecnológico en eso que hemos dicho: una especie de teología o de fantasía desarrollista. Esto fue en esencia lo que, desde la década de 1960, denunciaron el Che y Fidel.

En el pensamiento científico de Marx, que heredó la tradición europea de milenios de evolución histórica, tenía fundamentos esta exaltación del valor de la ciencia y la tecnología. Pero, como recordó Engels, Marx nunca dejó una doctrina, sino un punto de partida para análisis posteriores. Las ciencias sociales y el pensamiento filosófico tenían que seguir investigando y estudiando.

El capitalismo, con su desarrollo científico y tecnológico, deslumbró a muchos marxistas de una manera bien distinta a la de Marx e impidió apreciar que hay valores sociales, humanos y culturales sin los cuales el desarrollo material no sólo puede paralizarse o desviarse, sino hasta convertirse en algo infernal. Así, en buena medida ocurrió y está ocurriendo.

No es que vayamos a negar la importancia del progreso material, es que el crecimiento y la perdurabilidad de las civilizaciones no transcurre exclusivamente por las vías de la ciencia y las tecnologías o por el progreso que ellas alcancen. Si no desarrollamos una voluntad social que se tiene que expresar en una cultura y en una ética, nos sumiremos en el abismo. Así, en efecto, anda la humanidad contemporánea.

El lado social y más radicalmente humano del desarrollo plantea, a estas alturas de la historia, la exigencia de una cultura superior en su cabal acepción. No podremos resolverlo de un día para otro,

pero sí tenemos que planteárnoslo en este exacto minuto que vivimos, porque ello es lo que puede salvarnos del desastre universal. Recordemos las palabras de Fidel en la Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro, cuando advirtió con énfasis que la humanidad es una especie en peligro de extinción, y lo está por los desenfrenados economicismos y egoísmos que no han tenido en cuenta que el hombre se encuentra en el meridiano de la historia, y no es sólo un ser para sí, sino, sobre todo, un ser social. Todo esto tiene explicaciones materialistas muy profundas. No se puede mutilar el sentido de la cultura para reducirla a parcelas en apariencias deslumbrantes, pero en el fondo estériles. Propiamente, la parcelación de la cultura genera divisiones que frenan, obstruyen y desvían la espiritualidad humana y la conducen hacia el egoísmo. Hay que establecer un concepto integral de la cultura que facilite el desarrollo humano hacia su mas alta espiritualidad. Para esto hay una idea medular: justicia social.

Hay una acumulación de riquezas materiales en manos de unos pocos o, en todo caso, para beneficio exclusivo de limitados sectores de población, mientras se genera, a la vez y de forma progresiva, la marginación y el desprecio hacia millones de personas.

Al proponernos la socialización de los valores culturales en el sentido genuinamente humano, debemos tener muy en cuenta una dimensión ética que está presente en lo más original de nuestra historia, en la voluntad de transformar nuestra sociedad y, por consiguiente, en el proyecto democrático y humanista de nuestra Revolución inspirada en Martí y en Marx.

Hemos dicho y repetimos que nuestra generación asimiló el pensamiento filosófico y científico-social

de la Europa del siglo XIX desde la óptica de la cultura espiritual y ética de nuestra América. Ahí es donde está el enlace necesario entre Marx y Martí que debe ser investigado. Ese análisis no puede realizarse de manera superficial, arbitraria y repetitiva. No pocos han interpretado así el pensamiento de estos hombres, a tal punto que lo convirtieron en lo opuesto a lo que ellos predicaron. Es el sentido más hondo de la cultura de Marx y de Martí lo que tenemos que estudiar.

Ellas nos sirven, sí, de experiencia y de enseñanza, pero, a la verdad señalada por Engels de que el descubrimiento principal de Marx había sido probar el hecho de que el hombre necesita primero comer, vestirse, tener un techo y luego hacer filosofía, arte, religión y vida espiritual, hay que añadir, y no se trata de un antagonismo hacia este pensamiento, que no existe humanidad en el sentido que conocemos y amamos, si no hay vida espiritual, porque cuando ella no se exalta sobre un plano de justicia social universal, se exacerbaban los peores instintos del hombre.

Si no desarrollamos la vida espiritual en su sentido social más noble y justo, esta nos presentará enmascarados los elementos más instintivos, criminales y egoístas que arrastra el hombre de su origen animal. Será, en definitiva, el hombre el que siempre estará en el centro para mal, o para bien.

Articular estas dos verdades, es decir, que es necesario resolver los problemas del pan, del techo y, a la vez, hacer crecer la vida espiritual en su sentido ético más profundo es el reto del pensamiento cubano. Responder a este compromiso está en la esencia de la historia cultural cubana.

La vieja dicotomía entre lo material y lo espiritual que recorre la larga historia de la civilización

occidental puede ser consecuentemente resuelta si nos atenemos a las enseñanzas de Marx y de Martí, y las desarrollamos creadoramente. Es necesario, en fin, emplear métodos culturales, educacionales y políticos en el sentido martiano de la expresión. De otra manera no conseguiremos objetivos socialistas —repito— de otra manera no conseguiremos objetivos socialistas. Es la única forma de oponernos a una realidad dispersa, diversa y caotizante como la reinante en las superficies políticas corrompidas del mundo que rodea a Cuba.

Porque hay en esa superficie una asfixiante caotización y una evidente corrupción. No es necesario señalar ejemplos. Ustedes los tienen a la vista. Quienes han tenido la oportunidad de conocer otras realidades pueden apreciarlos sin necesidad de más comentarios.

Las opciones que nos presentan los enemigos de la Revolución son, precisamente, las que se revelan en un mundo donde se ha impuesto el desorden. Llegan, incluso, a criticarnos por algunas tragedias presentes en nuestra sociedad, porque no podemos evitar que nos salpique la inmundicia. Sí, nos están salpicando algunas excrecencias de las llamadas “sociedades postmodernas”.

Los cubanos tenemos que juntarnos como nunca antes para salvarnos de ese caos; y unirmos a los ideales de nuestra Revolución. No estamos en Alemania, donde la unidad nacional pasaba por los centros de la burguesía y del capitalismo alemán. Aquí la unidad nacional pasa por Martí y Fidel Castro. Lo demás es pura charlatanería, fantasía o, sencillamente, ignorancia e insensibilidad.

La cultura cubana, tanto desde una perspectiva histórica, como en su contemporaneidad, está en

condiciones de dar respuesta a los retos intelectuales de estos tiempos, y al darla, nos vincularemos con el mundo de una manera que servirá para proteger nuestra nación. Tan negativo es aislarnos en un caracol como sumergirnos en la mediocridad reinante en la superficie política del mundo contemporáneo.

Hemos insistido en tres conceptos: identidad, universalidad y derecho a una civilización superior. Es un gran problema plantearnos esta articulación, pero es nuestro problema y nuestra única solución; no hay otra.

Las ideas de nación y de nacionalidad tomaron cuerpo entre nosotros al mismo tiempo que las de redención social e igualdad entre los hombres. Ahí está un hilo conductor de la cultura cubana.

Una Revolución como la nuestra se ha propuesto en serio el elevado ideal de la edad moderna: libertad, igualdad y fraternidad. Nadie puede, en nombre de un liberalismo fuera de moda, que movería a risa si no representara una tragedia, hablarnos de liberalismo. Nosotros somos los herederos revolucionarios del movimiento liberal de la Revolución Francesa.

Nosotros, los marxistas y los martianos, somos los que le dimos una categoría más alta a lo mejor del pensamiento liberal europeo de hace 200 años y lo llevamos a un plano superior. Por eso, podemos proclamar con Lincoln que la democracia es el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. Podemos proclamar con Marx la voluntad de acabar con la explotación del hombre por el hombre. Podemos proclamar con Martí la aspiración de una república con todos y para el bien de todos. Y podemos también proclamar, desde las raíces cristianas de nuestra cultura, que la salvación del hombre en la tierra es el principio ético irrenunciable de la cultura del país.

Queden atrás los que quieren desarticular la mejor tradición de redención humana desde los tiempos de los cristianos lanzados a las garras de los leones y aún antes, hasta los tiempos postmodernos en que Cuba no va a renunciar a las ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, de dignidad, de soberanía nacional, de independencia, pero no para consagrarlas en favor de grupos sociales privilegiados, sino de toda la población del mundo.

Quizá resulte una fantasía pensar en un triunfo de la libertad en el mundo entero de manera inmediata, pero sería inmoral renunciar al ideal de la liberación humana como principio ético de la Revolución Cubana. No estoy refiriéndome a las razones instrumentales para aplicar estas verdades. Estoy hablando de que en un largo proceso histórico, la humanidad encuentre esas razones, porque de lo contrario se perderá la especie humana en el holocausto del salvaje desarrollismo que ya está afectando incisivamente los ecosistemas.

La diferencia entre ricos y pobres a la que se refiere el *Manifiesto Comunista* de 1848, está más viva que nunca, y cuando se pierde el sentido de la justicia social se acaba descendiendo en la escala zoológica. Cuando se exaltan la solidaridad y la justicia se confirma la singularidad humana en el seno de la especie y, para hacerlo, es imprescindible la cultura.

La injusticia y la arbitrariedad sólo necesitan de la cultura para tratar de engañar y escamotear los mejores valores humanos. La equidad y la justicia, cuando se promueven a escala social, requieren de la cultura.

En la génesis de la cultura cubana y su evolución de casi dos siglos, la síntesis que se expresa en la articulación de las ideas de ciencia y conciencia se

presentan como una de sus claves esenciales. Esto se observa en la aspiración de Varela de abolir la esclavitud y establecer la independencia del país y de estimular un pensamiento científico y ético en la escuela cubana. Se aprecia también en la escuela de Luz donde se proclamó que la justicia es el sol del mundo moral, y el principio de todos los métodos y ningún método, he ahí el método, que equivale a decir todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela.

Está presente también en Martí cuando afirmó que no había poesía mayor que la que se observa en los libros de ciencia, que era necesario vincular el estudio con el trabajo y que debíamos aspirar a ser cultos para ser libres.

El valor de nuestra cultura se halla en la identidad entre ciencia y conciencia. Liberación social, independencia del país, ciencia y conciencia, patria y humanidad, marcaron para siempre la evolución espiritual de nuestro pueblo, y es a partir del significado de estos términos que se puede fortalecer y enriquecer la cultura cubana e interrelacionarla con el mundo sobre la base de un principio martiano: *Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.*

Este es, a mi juicio, el primero y más importante deber que tienen los investigadores y los hombres de cultura de nuestro país en los momentos que vivimos.

Para dejar una huella perdurable en el planeta*



La trama histórica moderna está llena de urgencias y desafíos como para tratar con palabras confusas, imprecisas, decadentes y superficiales, los problemas de la modernidad. La edad moderna surgió con el símbolo de Caín y también de Abel, es decir, nació desencadenando los peores y más fieros egoísmos del hombre, pero surgió, a su vez, exaltando el humanismo y el sentido universal de la justicia que en los siglos xv y xvi simbolizó el mejor de los europeos que llegó en aquel tiempo a nuestra América: Fray Bartolomé de las Casas.

No se podrá superar la edad moderna y alcanzar una era posterior a ella si no triunfa el ideal humanista de la igualdad social entre los hombres y los principios de la justicia y de la dignidad plena del hombre.

Son tan graves los problemas vinculados a estas tres esferas interrelacionadas entre sí, que el mundo

* Palabras pronunciadas en la Mesa Redonda por el 50 aniversario de la fundación de la UNESCO, efectuada en la Oficina Regional, La Habana, 11 de octubre de 1995.

no podrá encarar su futura existencia si no los despeja mediante la movilización consciente de las sociedades y la concertación de múltiples voluntades.

Para empezar, diría que uno de los desafíos globales de fondo que afronta la humanidad en los últimos años pasa por la necesidad de situar a la cultura en el mismo centro de las concepciones y decisiones estratégicas del desarrollo. De esto se ha hablado con frecuencia y es uno de los méritos de la UNESCO haber puesto un acento enfático en el llamado de atención acerca de esta necesidad. Más no sólo es todavía insuficiente su comprensión, sino que se percibe muchas veces que no se quiere o no se puede entender lo que esto significa.

Sin ir muy lejos, la historia de esta segunda mitad de siglo es bien elocuente. La llamada “civilización occidental”, donde la ciencia alcanzó como nunca antes un papel protagónico en tanto fuerza productiva, ha desembocado en un progresivo y sistemático distanciamiento entre la noción de desarrollo y el humanismo que es consustancial a la cultura.

Duele saber que las dos revoluciones científicas más importantes de las últimas décadas, la informática y la mediática, hayan derivado en el bochornoso espectáculo de una guerra que pudo ser vista cómodamente en los hogares, como quien disfruta de una comedia o de un apacible programa de recetas de cocina. ¿Es que acaso esa maravilla que puede ser la realidad virtual va a terminar siendo útil únicamente para diseñar cabinas de simulación para adiestrar a pilotos en el arte de lanzar bombas, como parte de las operaciones llamadas cínicamente de “intervención humanitaria” que determinan la OTAN o la elite del Consejo de Seguridad? ¿Nos vamos a conformar con que las transmisiones vía satélite sólo sean porta-

doras de mensajes avasalladores y anuladores de identidades culturales en nombre del hegemonismo globalizador de una superpotencia? Por esa vía la biotecnología y la ingeniería genética, una tercera revolución científica de hecho en camino, puede acabar cumpliendo la pesadilla de Orwell: sociedades de zombies manipuladas para la producción y el consumo.

En otra zona del mundo, el más vasto proyecto de liberación humana emprendido en esta centuria, sufrió un colapso. Mucho se ha dicho sobre los procesos que condujeron a que la Unión Soviética desapareciera y se extinguiera el campo socialista, pero lo que sí no se ha sabido ver siempre con toda profundidad es que entre las causas fundamentales de semejante derrumbe estuvo la subestimación de la cultura, evidente en la desatención a los factores subjetivos y de la superestructura y el tratamiento por medidas anticulturales de tales cuestiones. Se olvidó que ellas deben ser tomadas objetivamente en cuenta y poseen un peso específico real en el progreso económico. Pasaron por alto a la evolución cultural contemporánea de Occidente, en lugar de confrontarla, aprovechar los elementos positivos y negar dialécticamente lo que significaba traba o retroceso.

No quisiera que se interpretaran estas apreciaciones mías como una predicción apocalíptica. Si algo me ha enseñado la tradición espiritual cubana y, sobre todo, el proceso histórico de mi pueblo en los últimos años, es que valores morales como son la esperanza, la voluntad transformadora y el culto a la inteligencia y los mejores sentimientos resultan imprescindibles para la culminación de la era moderna.

De lo que se trata, precisamente, es de, cómo diría el Apóstol de la Independencia de Cuba, *recon-*

quistar al hombre y convertir en un ejercicio ciudadano permanente *el culto a la dignidad plena del hombre*. Esta es la tarea cultural más trascendente que tiene la humanidad hacia adelante y la de mayor urgencia. Esa sería la pauta necesaria para que la cultura sea, en efecto, el pilar básico de las estrategias de desarrollo.

En un mundo donde se han perdido resortes éticos e impera el materialismo vulgar y ramplón, en el que los espejismos de las estadísticas dan cuenta de indicadores macroeconómicos en ascenso mientras se minimizan las estadísticas del horror, las del hambre, la mortalidad en edades tempranas, la del deterioro de los niveles de salud y educación, los países miembros de la UNESCO deberíamos proponernos acciones concretas en favor del rescate de la ética humanista, sin la cual ninguna de las perspectivas de desarrollo será posible.

Si bien la UNESCO, concertando voluntades a veces dispersas y contradictorias, ha logrado llamar la atención y concebir programas para la alfabetización y la preservación del Patrimonio natural y cultural de la Humanidad, en estos tiempos quizá sea mucho más necesario, incluso para la prosecución de los fines citados, situar como programa matriz de todos los programas, uno que comprenda la alfabetización ética y la preservación del patrimonio más importante de la civilización, que es el hombre mismo, visto integralmente como una unidad biopsicosocial.

En la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro en 1991, se puso de relieve lo que allí denunció el compañero Fidel Castro: "hay una especie en peligro de extinción: el hombre". Quizá alguien piense que hablamos de abstracciones. Pues

bien, si de eso se trata, debemos decir claramente que son abstracciones para entender, con todo rigor, el drama concreto, directo e inmediato que tenemos a la vista o que está en nuestra atmósfera y a nuestros pies.

Se requieren acciones prácticas y la voluntad humana para evitar el desastre, nunca fue más necesaria la conciencia y la cultura para el desarrollo humano, porque ahora lo que está en juego es la propia existencia del hombre sobre la tierra y su civilización, nacida, la primera, tras una larga evolución natural de millares de milenios, y creada, la segunda, en centenares de miles de años.

Está en peligro si no se promueve y crea una voluntad decidida para enfrentar los problemas del desarrollo económico y social sobre el fundamento de la educación, la ciencia y la cultura. Nos referimos a cuestiones de alto valor moral y de ahí su necesidad práctica.

Hay que concretar propósitos justamente por la enormidad de los problemas y la multiplicidad de intereses que intervienen en la configuración del presente y del futuro del mundo. El problema está en acabar de entender, con toda nitidez, que la cultura en su acepción cabal desempeña un decisivo papel funcional en la civilización humana. Hasta ahora se le ha tratado como un adorno o exclusivamente como el conocimiento de las cosas. Se trata de algo más. Se trata de lo que diferencia al hombre de los animales. Hay que entender que la cultura está en el sistema nervioso central de toda civilización. O se entiende esto, o no se entiende nada.

Uno de los planos en que se revelan tales problemas atañen, por supuesto, a la convivencia entre nacionales e identidades culturales diversas. Para dar

pasos prácticos, debemos defender los principios de cultura política y social que en todos los escenarios de la vida internacional sirven de fundamentos teóricos a la civilización de Occidente. Y no sólo esto, sino que también debemos reclamar su aplicación en esos escenarios.

Son principios que ha dictado la convivencia entre naciones e identidades culturales y sin ellos no habrá en el desarrollo social la influencia que necesitamos y deseamos de la cultura. Estos principios están consagrados en la Carta de las Naciones Unidas —lamentablemente muchas veces convertida en letra muerta por gobiernos que debían ser los primeros en cumplirla, dada su condición de firmantes iniciales—, en los documentos rectores de la UNESCO y de diversas instituciones multilaterales. El principio de autodeterminación de los estados y de plenitud de soberanía nacional, el respeto irrestricto a la identidad cultural de cada pueblo y la más amplia libertad de intercambio y comercio, de modo que ningún país por capricho o por veleidades de su política doméstica pueda imponer legislaciones punitivas a otros que no responden a sus patrones dogmáticos, son cuestiones a concretar en la cultura ética que debe predominar en el concierto universal de naciones y sociedades.

En esto es vital el perfeccionamiento del sistema de Naciones Unidas, del cual forma parte la UNESCO. Si me preguntaran cuál es el valor de esta última organización de cara al desafío que vengo exponiendo, diría la propia existencia de este escenario político de concertación. Si me preguntaran cuál es, en mi opinión, la mayor carencia en idéntico sentido, diría la inercia que padecen varios de los significativos sujetos que controlan y dominan la toma de de-

cisiones y puesta en práctica de proyectos globales y multilaterales. Incluso puedo explicarlos: propiciar un desarrollo que niegue el desarrollismo, una cultura que no sea un lujo de elites, una educación realmente democrática, va contra la escala de valores que detentan, es decir, el egoísmo, el individualismo, la búsqueda de beneficios económicos a toda costa y a todo costo, y el conservadurismo. De lo que no se dan cuenta, sin embargo, es que los topes están llegando, ya está en peligro la propia existencia de la humanidad. Por las dimensiones globales de la economía, los cataclismos de nuestra época —hambrunas, deterioros ecológicos, exacerbaciones de la violencia, epidemias y la tribalización postmoderna que se observa en las grandes megalópolis— tienen también efectos globales que amenazan los pilares de la propia civilización.

Para revertir esa lógica destructiva y hacer prevalecer una lógica constructiva, sería indispensable perfeccionar el sistema de Naciones Unidas, dar mayor peso a las decisiones de la Asamblea General, democratizar el Consejo de Seguridad y apoyar, de modo efectivo y real, los instrumentos de concertación de la UNESCO.

Esta democratización supondría, en lo referente a los vínculos entre cultura y desarrollo, que los foros mundiales tuvieran muy en cuenta el trabajo socio-cultural en el seno de las comunidades, que agencias gubernamentales y no gubernamentales lleven a cabo programas de orientación ética y formación de valores constructivos, en prácticamente todos los países, no sólo en el Tercer Mundo, máxima prioridad, sino en el propio mundo desarrollado, cuyas islas subdesarrolladas y marginales crecen de manera alarmante paralelamente a manifestaciones de alienación.

Sería una vía de estimular la búsqueda de soluciones propias, de ampliar la participación ciudadana en los procesos sociales y de propiciar el diseño autóctono de estrategias civilizatorias.

Para la realización de esta tarea contamos con una vasta red de instituciones dentro del sistema de Naciones Unidas y, por tanto, de la UNESCO. Muchas de ellas tienen alcance multinacional y otras nacional. Me refiero a la importancia que deben y pueden adquirir las Comisiones Nacionales de la UNESCO. Vale decir que el Ministerio de Cultura, en el contexto del cincuentenario de la UNESCO, se propone con suma seriedad, fortalecer e incrementar el espectro de acciones conjuntas con la Comisión Cubana del organismo multilateral.

Todo empeño de interrelación que se haga entre diversas instituciones contará con nuestro apoyo, bien entendida que esta integralidad debe incluir las exigencias del pensamiento económico y social. Para tales empeños se ha utilizado la fórmula “promover modelos”, pero la expresión “modelo”, aplicada a las ciencias sociales y a la cultura, es bastante compleja y se presta a manipulaciones e inexactitudes. Despojémosla de estas últimas. Un modelo tiene que nacer de una necesidad y una situación específica y no puede ser impuesto ni imitado.

Para que un modelo sirva como tal deben estudiarse las realidades específicas en que surgió y sólo ejerce una función orientadora y estimulante cuando se entronca con las realidades y situaciones originales del que lo toma como brújula.

O sea, “modelo” no puede ser una reproducción mecánica, sino exclusivamente punto de referencia para el análisis de nuevas realidades. No entender esto es fuente de conflictos innecesarios y fatales y

yerro mayor en el que han incurrido gobiernos y sistemas ideológicos sin excepción, en la aplicación de diversas políticas.

Existirán cuantos modelos resulten del enfrentamiento de los múltiples problemas que tienen que resolver el mundo contemporáneo, y particularmente América Latina y el Caribe. La disyuntiva no está planteada en términos de que existan uno o varios modelos, sino en que enfrentemos la diversidad de nuestras situaciones particulares y trabajemos por promover nuestras soluciones y proyectos. La herencia latinoamericana y caribeña, más cuando es enarbolada conscientemente como es el caso de Cuba en la hora actual, rechaza la asimilación acrítica de lo que viene de afuera y acepta su asimilación crítica sobre el fundamento de su confrontación con las realidades concretas.

Para rechazar con eficacia el esquema o modelo artificialmente impuesto, tenemos que atenernos a principios éticos, patrióticos y políticos irrenunciables. Un principio es una aspiración, un objetivo, un ideal. Si nos afirmamos en los principios de la tradición cultural latinoamericana y caribeña concluiremos concordando con lo que se afirma en los documentos rectores de la UNESCO, sobre el hecho de que la cultura ha demostrado ser una de las dimensiones que más factores integran a una solución para cualquier problema crucial. Esta conclusión es el principal interés de una filosofía y una cultura que respondan a los fines de justicia social tan caros a la edad moderna.

Libertad, igualdad y fraternidad, entrañables aspiraciones que estuvieron presentes en el vórtice mismo del nacimiento de nuestra modernidad, pueden revivir y encarnar para las grandes mayorías empobrecidas del planeta y para todos los hombres y muje-

res sin excepción, a partir de una dimensión cultural que se exprese en programas concretos que favorezcan integralmente el rescate de la condición humana. Porque la cultura se vincula con los problemas económicos, con la solución del drama de la pobreza, con las cuestiones de carácter ecológico y, desde luego, con su fin principalísimo: la formación moral ciudadana, que como nunca antes exige la promoción de formas participativas que aseguren el triunfo de una cultura real y genuinamente democrática.

Como ciudadano latinoamericano y caribeño que siente a la humanidad como su mayor y más importante hogar, deseo librar junto a muchos una batalla inteligente y culta por la justicia y por contribuir a eliminar las enormes contradicciones del mundo contemporáneo. Sin ilusiones injustificadas, porque las realidades y los obstáculos son inmensos, tengo la esperanza de que la cultura sea capaz de desempeñar un papel decisivo no sólo en la solución de los conflictos actuales, sino también en la búsqueda de caminos para un mundo mejor, con el que soñaron los más grandes pensadores de todos los tiempos.

La cultura está en el mismo centro de las exigencias apremiantes de la economía política moderna, en la cual se revelan las grandezas y limitaciones humanas. Hay que orientarla con los más elevados valores, no con imposiciones dogmáticas ni totalitarismos globalizadores que sirvan a la codicia, la ambición y la exacerbación de los instintos primarios.

En el cincuentenario de la UNESCO, uno de los mejores homenajes que podremos rendir por la continuidad y ensanchamiento de este necesario espacio de concertación, sería proyectar a escala internacional una cruzada intelectual que conjugara los llamados de urgencia para que gobiernos y sociedades

tomaran conciencia de la apremiante necesidad de situar en el centro de las estrategias de desarrollo su dimensión cultural, con la promoción de acciones que sirvan de punto de partida para demostrar que es la única vía para exorcizar las enfermedades de la civilización moderna.

No se puede evadir la realidad. Ciencia, cultura y educación constituyen escenarios en donde se libran agudas batallas de ideas e intereses. Los instintos egoístas del hombre están en un polo del enfrentamiento; el altruismo y la capacidad de entrega en el otro polo. Los primeros toman a la cultura como cínicamente pretexto para exacerbar el individualismo feroz o como juegos florales para tratar de ocultar y asfixiar el sentimiento más profundo de la vida que se halla, precisamente, en el empeño generoso de crear lo nuevo en bien del hombre.

Lo genuinamente nuevo —para merecer en estricto sentido y ateniéndonos a la definición del diccionario— la caracterización de postmoderno sólo debiera significar que se acaben definitivamente los efectos terribles de una civilización fundada sí, en el crecimiento de la ciencia, la técnica y el conocimiento humano, pero que los emplea para proteger y alentar el egoísmo y las más bajas pasiones de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones. Una civilización que exalta las tecnologías y el conocimiento, pero olvida que desde su propia génesis lo más radicalmente humano y vital está en esto que llamamos amor.

Es cierto que las civilizaciones surgieron sobre el fundamento del egoísmo, pero el hombre de estos tiempos debe reconocer conscientemente que si no predomina la solidaridad y el sentido democrático de la vida, la humanidad estará en peligro de desaparecer. Lo digo con cierta carga de angustia porque si

seguimos por el rumbo en que vamos, puede que en el siglo XXI ocurra una larga cadena de tragedias e incluso, la final. Lo he leído y escuchado en muchas partes y en hombres de saber; ustedes también.

Es indispensable que en la UNESCO se hable de esto. Si no se imponen el amor y la ternura como línea sustantiva del crecimiento económico, no habrá esperanza de que dejemos una huella sobre la tierra. En última instancia, la única sería que seres más cercanos a lo que muchos hombres llaman Dios, es decir, con más inteligencia y amor que nosotros, arriben aquí en no sé cuántos siglos o milenios, y encuentren que en un pasado lejano tenía flores y hombres. Sin embargo, algunos toman como pretexto los juegos florales y hacen gala de promesas baldías.

Ningún hombre verdadero puede rechazar los juegos y las flores, ellos forman parte también de la naturaleza humana pero los finales de siglo requieren tener muy en cuenta que los problemas de nuestra modernidad no se resuelven con frases retóricas postmodernas huecas y cargadas de superficialidad. Los finales de siglo requieren de una retórica muy responsable cargada de grandes propósitos culturales.

La inserción del lema de la UNESCO: "Educación, Ciencia y Cultura en la savia sustantiva y el desarrollo de la moderna civilización" es una cuestión de humanidad o muerte. Téngase muy en cuenta que, como decíamos, la cultura en su acepción cabal ejerce un papel funcional decisivo en la historia y en el desarrollo de la civilización. No se cometa el grave error que destruyó al "socialismo real". Evitar ese error es el servicio que la UNESCO puede brindar para trascender la llamada "edad moderna".

Por la paz y la solidaridad en tiempos de barbarie*



Quiero trasladarles un tema central: el crimen definitivo que supondría la extinción de la humanidad si no abordamos a fondo los retos éticos y políticos que están planteados hacia el siglo XXI.

Con motivo del 43 aniversario del Movimiento por la Paz y la Soberanía de los Pueblos, en este mismo lugar, hice un análisis comparando la situación del mundo en los tiempos de la fundación de esta institución y la que se apreciaba tras la conclusión de la llamada “guerra fría”. Lo que en aquellos momentos afirmamos no sólo mantiene su vigencia, sino que se ha ido confirmando.

Hoy, vamos a partir de la época que ciertos círculos internacionales han llamado “postmodernidad” para fijar así nuestro punto de vista sobre su caracterización y acerca de cómo entiendo los retos que tiene planteados nuestro país.

* Intervención en el Encuentro Internacional “El crimen contra la humanidad y su incidencia sobre la paz en el hemisferio occidental”, auspiciado por el Movimiento por la Paz y la Soberanía de los Pueblos, La Habana, 14 de noviembre de 1995.

No rehuyo la expresión postmodernidad. No debemos podar el lenguaje, porque es necesario penetrar en sus diversos y contradictorios significados para revelar y denunciar el juego sucio que los intereses creados llevan a cabo con el uso arbitrario de los términos, tergiversando la visión revolucionaria de la realidad.

Aceptemos, pues, el reto. Muy bien, nos hallamos en una época posterior a la edad moderna. Por tal razón, en el congreso de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, declaré que aspiraba a ser un revolucionario postmoderno y caractericé las tendencias más conservadoras del congreso estadounidense, que promovieron la Ley Helms-Burton, como fascismo postmoderno. El término sirve para caracterizar una época confusa, donde se han perdido los débiles resortes éticos que, mal que bien, estaban formalmente vigentes en los últimos tiempos de la fenecida edad moderna.

El mundo desideologizado de que hablan las corrientes conservadoras de la postmodernidad se nos presenta proclamando una especie de “vale todo”, donde los mitos y las esperanzas de un progreso continuado se han perdido. ¿Qué muestran con ello? Muestran así los síntomas de una crisis profunda, que por el momento es todavía sólo de carácter ético y político, de los círculos dominantes en la civilización contemporánea.

Basta ya de que los intereses creados traten y tantas veces logren distorsionar las esencias de las cosas y nos impongan su visión enajenada de la realidad a través de su inversión en la imagen. La vieja treta reaccionaria ha alcanzado una dimensión descomunal con el uso que hacen de los grandes medios de comunicación social y con el empleo arbitrario de las palabras.

Hace años hablé de la necesidad de cambiar las reglas del juego en el debate de ideas. Hoy se impone como una exigencia mayor para quienes aspiran a promover ideas revolucionarias y humanistas. Desmontemos la trampa que quieren tendernos con la expresión “postmodernidad” y empleémosla para subrayar que esta encierra no sólo la superficie caótica del mundo político y ético, sino también las exigencias de un cambio para superar radicalmente los graves problemas que nos dejó la edad moderna. Caractericemos así una época incierta y contradictoria, como todas las que han precedido los grandes cambios en la historia.

Es cierto que a veces en la historia estos tiempos suelen prolongarse más allá de los intereses del progreso humano. La caída del imperio romano desencadenó un larguísimo proceso de decadencia, de lo cual también podríamos hablar. Pero hoy deseo insistir en la necesidad de situarnos donde objetivamente estamos y en cómo concibo los deberes de un revolucionario.

La expresión tan en boga nos sirve para mostrar la impotencia de la superestructura política, social y cultural, de la actual civilización capitalista. Ella revela la crisis general —sí, general— de la superestructura política y cultural del vigente sistema de dominación internacional, lo cual aprecio, también, en un libro, interesante por lo que dice y por el vacío de ideas que revela, titulado *Postcapitalismo*, del especialista norteamericano Peter Drucker. La esencia de su contenido está en el papel decisivo que desempeña el conocimiento humano en la transformación de la sociedad actual.

Para comprender el sentido pragmático que predomina en estos tiempos postmodernos, baste re-

conocer que no es exclusivamente el conocimiento o con el conocimiento, sino con algo mucho más abarcador, es decir, con la cultura entendida en su acepción cabal, como puede la humanidad generar cambios profundos. Así se explica cómo ese ensayo combate con tanta saña la filosofía marxista, a la cual señala fracasada, y, sin embargo, el nombre de Carlos Marx es repetidamente mencionado a lo largo de sus páginas.

¿Por qué tanta obsesión con un filósofo fallecido hace más de 110 años, a quien, además, se le considera fracasado? Cualquier lector, con un mínimo de información y cultura, se escandalizará al leer la increíble afirmación que se hace en el mencionado libro, en el sentido que el comunismo empobreció a los pueblos. Es tan infantil y grosera tal afirmación, que no teniendo aquí espacio para mostrarlo y sabiendo que hablo para un público ilustrado, me limito a ponerla de ejemplo de la inconsistencia en que han caído los tecnócratas de la postmodernidad. Sólo advierto que, sin tomar en cuenta la cultura de Marx, Engels y Lenin, el “postcapitalismo” no podrá, siquiera, intentar extender en el tiempo su sistema de dominación.

Desde luego, existe el antecedente de una paradoja: los capitalistas, en nuestra centuria, se aprovecharon más de esa cultura para, por mil vías, contener la marcha de los cambios revolucionarios que como lo hicieron los propios marxistas. Cuando, hace años, leí un diálogo entre un alto especialista norteamericano y un soviético, aprecié que el primero conocía mejor las esencias del pensamiento de Marx que el segundo. Aquí hay otra clave: los sistemas dominantes estudian el pensamiento de los más profundos revolucionarios para contener y aplazar las transformaciones sociales radicales.

Tras la caída del muro de Berlín se extendió el uso del término "postmodernidad", y tengo la convicción de que los hombres que vivan bien entrado el siglo XXI, apreciarán lo ocurrido no sólo como el fin de lo que se ha llamado "socialismo real", sino de todo el sistema político vigente en los tiempos de la guerra fría. Esto porque lo que se quebró fue uno de los puntales esenciales de la mesa, con lo cual se han revelado las grietas profundas de todo el sistema político y cultural.

No vale caracterizar sólo nuestra época como un tiempo posterior a una etapa ya vencida, sino que es indispensable, también, estudiar qué necesidades profundas se hallan en el fondo de esta. Si se caracteriza nuestro tiempo como "post" de algo, hay que analizar el significado del tiempo fenecido y tratar de estudiar la época que concluyó, así como las necesidades que están presentes y reclaman satisfacción inmediata o mediata en la época que se gesta.

Es obvio que en la superficie postmoderna se impone un grave estado de descomposición política y ética. Pero si esto es así, hay que investigar qué es lo que está en la esencia más profunda de ese caos y qué reclamos le plantea hoy al hombre el desarrollo anárquico y descontrolado de las fuerzas productivas. ¿Será postcapitalismo? Ah, otro "post." Si estamos en el "post" de algo que lógicamente ya no existe, es de pensar que estamos también en el "pre" de algo que necesita existir. ¿No será que las fuerzas conservadoras se agarran a la época fenecida y se resisten a forjar lo genuinamente nuevo?

Según Hegel, la realidad no es sólo lo que inmediatamente aprecian nuestros sentidos, sino también las necesidades que se hallan en sus esencias más profundas y que constantemente se despliegan. Ha-

gamos un análisis a partir de la descripción de los rasgos esenciales de la fenecida edad moderna.

La edad moderna surgió con el símbolo de Caín y Abel, desencadenando, de una parte, lo peores instintos de los hombres y, de la otra, exaltando el humanismo y el sentido universal de la justicia. Sólo reconociendo esta dualidad y trabajando en favor de las más nobles aspiraciones humanas podremos trascender plenamente la época que comenzó en 1492, con el descubrimiento de los caminos del mundo.

Educación, Ciencia y Cultura integran una identidad donde se revela la tragedia humana y se decide la lucha por el futuro de nuestra especie. Sin fortalecer este núcleo programático nadie puede asegurar que en el siglo XXI una cadena de sucesos dramáticos no desemboque en el último episodio de la historia del hombre. Entonces sí se hará real el fin de la historia, proclamado alguna vez por un tecnócrata de la postmodernidad.

La degradación ética está en la esencia del drama. Las dos revoluciones científico-técnicas más importantes de los últimos tiempos, la informática y la mediática, fueron empleadas para producir el espectáculo de una guerra real que pudo verse por televisión desde los hogares, como quien disfruta de una alegre comedia o de un apacible programa de recetas de cocina.

La biotecnología y la ingeniería genética, una tercera revolución que de hecho comienza, al servicio de los intereses creados puede acabar cumpliendo la pesadilla de Orwell: sociedades de zombies manipulados para la producción y el consumo.

La corrupción de las costumbres y los consorcios de la droga marcan la impronta de la vida cotidiana en muchos países desarrollados, y para mayor es-

carnio se le achaca toda la responsabilidad de esta última plaga a las zonas pobres productoras de la materia prima.

El más vasto proyecto de liberación humana emprendido en esta centuria sufrió un colapso. Alguien me dijo que los cubanos éramos náufragos del desastre. Le respondí: los sobrevivientes nadamos hacia tierra firme y somos los que más tenemos que contar.

Las causas esenciales tienen fundamentos culturales. La subestimación de los factores subjetivos y de lo que se ha llamado “superestructura”, y su tratamiento anticultural, se halla en la médula de los graves errores cometidos. Se pasó por alto que la cultura, en su acepción integral, está en el sistema nervioso central de toda civilización.

¿Lo olvidará la moderna civilización capitalista? ¿Tendrá recursos, imaginación y voluntad para entender que la humanidad está aproximándose al límite? Deseo, como ser humano, que no lo olvide, porque quiero que se salve para mis hijos y sus descendientes la obra del hombre sobre la tierra, pero debemos tomar muy en cuenta la realidad.

Las estadísticas registran indicadores macroeconómicos de progreso que constituyen idealizaciones ajenas a lo que realmente sucede. Sin embargo, se minimizan los del hambre, la insalubridad, la miseria y la ignorancia, y se margina al Tercer Mundo sin darse cuenta siquiera que está también presente en vastas poblaciones del mundo desarrollado.

Hasta hoy muchos han tratado a la cultura como medio de obtención y ampliación de riquezas materiales, como adorno, o a lo sumo como el conocimiento específico de las cosas. Pero ella es mucho más: es la diferencia entre el hombre y el resto del reino animal.

Los hombres de cultura tenemos que contribuir en algo al esfuerzo de salvar a la civilización. Hace falta un programa matriz para la alfabetización ética que supone la preservación del patrimonio espiritual más importante de la civilización, es decir, el hombre. Se exige una síntesis de la historia cultural del universo para proteger al hombre de su propio egoísmo, y a las naciones y a la civilización. Si no se adopta esta perspectiva ética por la comunidad internacional, los gobiernos y las sociedades, la supervivencia humana no estará garantizada.

El discurso de la tolerancia se contradice con las imposiciones dogmáticas de recetas de viejo cuño a naciones y comunidades enteras. La consolidación de los procesos democráticos tiene que ser, en efecto, una aspiración que no desconozca las peculiaridades históricas y culturales de cada sociedad, respete la autodeterminación de los pueblos, acate la decisión soberana de los estados y haga suyo el principio de no intervención en territorios ajenos. Hablar de democracia en la actualidad implica también referirnos a la necesaria democratización de las relaciones internacionales.

Y democratización significa, a su vez, respetar no sólo los derechos de cada individuo, sino la identidad de grupos culturales, regiones, naciones y las tradiciones espirituales de cada uno de ellos. De nada vale el respeto de cada persona si no va junto a ella la del grupo social y nacional a que pertenece. La democracia es el respeto al derecho de cada persona y de las entidades culturales que integran la mal llevada familia humana.

Pero todo esto tropieza con una realidad clave que se halla en el sustrato de la postmodernidad. Hay que tener en cuenta la realidad que revela el ciclón postmoderno que se gesta. Está en el subsuelo.

Los agudos conflictos que se presentan entre *identidad, universalidad y civilización* tienen raíces económicas y se revelan en el caos intelectual con que los doctrinarios del sistema social dominante enfocan la realidad de nuestros días. A estos los orienta un pragmatismo, que fracciona los elementos sustantivos de la realidad, y un marcado egoísmo, que consagra el derecho a la libertad, igualdad y fraternidad a grupos sociales de elite y minorías privilegiadas, mientras olvidan y pisotean los derechos de las mayorías y marginan a sectores étnicos, culturales e incluso a naciones enteras.

La dispersión mental que merodea a ciertos círculos de las sociedades altamente desarrolladas del mundo contemporáneo y, en especial, a su desenfrenada y superficial publicidad, es el reflejo de un estado de cosas que el sociólogo español Ramón Fernández Durán ha caracterizado, brindando una amplia información al respecto, con una certera definición: *la explosión del desorden*. Es una frase que subraya el verdadero contenido de la postmodernidad.

Si nos atuviésemos a una forma de pensar racionalista y cartesiana, no podríamos escapar de las redes que nos impone ese reflejo de la vida real que apabulla a nuestra mente. Pero el hombre de nuestros días debe aspirar a modelar nuevos planos de la realidad que se presentan como posibilidad, a los cuales, para no podar el lenguaje, definimos como utopías realizables hacia el futuro. No renunciemos entonces a la esperanza. Ninguna era ha surgido sin el motor de la fe y del mito, como estímulos para la edificación de un mundo superior.

Tenemos que hallar los vínculos más entrañables entre *identidad, universalidad y civilización* y articularlos como si fuéramos artistas de la historia. Esto

sólo se logra mediante una forma de pensar más moderna, que rebase los límites de la herencia de Descartes y el pensamiento racionalista en general, y más profunda y humana que el pragmatismo feroz. Los cubanos hemos encontrado esas premisas conceptuales, hace buen tiempo, en la interpretación consecuente y creadora del materialismo de Marx, a la vez que contamos, en el pensamiento de José Martí, con un paradigma de humanismo raigal e integrador, portador de una identidad definida, una vocación universal y una propuesta civilizadora. El ideal martiano debe fecundar nuestras acciones en tales empeños.

En Cuba no existen posibilidades de transformación radical, revolucionaria y genuinamente moderna, dicho sea este calificativo en el sentido de contemporaneidad, si no somos capaces de descubrir los hilos que articulan nuestra identidad nacional, nuestra proyección universal y nuestro derecho a una civilización superior. Ello, desde luego, entraña complejos desafíos. A lo mejor —en verdad, a lo peor— la humanidad no puede alcanzar esta aspiración, pero el hombre no sólo es un ser racional —a veces parece que ni siquiera eso es—, sino también un individuo capaz de amar y de tener esperanzas de vivir en un mundo más justo. Sin amor ni esperanza nos convertiríamos en lo que José Ingenieros, a quien leí de adolescente y me sigue pareciendo un pensador excelente, llamó “fría bazofia humana”.

Nadie nos puede pedir, en nombre de una civilización superior, que renunciemos a los valores espirituales creados por la historia de la nación. Estamos abocados a la intensificación de los vínculos económicos y culturales con el exterior en medio de las difíciles circunstancias actuales, pero eso no quiere

decir que nos despojemos de la noción y el sentido de una Patria que nos ha servido de levadura para vivir y soñar. Para decirlo con una imagen, en la encrucijada en que nos hallamos, entre el *ser* o el *no ser* ante el que dudaba un personaje shakesperiano, estamos decididos a *ser*.

Hay una larga historia de rupturas de relaciones sociales y humanas en virtud de los procesos de civilización. Recordemos, por citar un ejemplo, cuando en el surgimiento de la edad moderna, con la conquista de América, se proclamó una civilización superior, se destruyeron fundamentos trascendentales de las culturas indoamericanas. Todavía hoy perturban nuestro espíritu y nos estremecen los dolores de aquellas terribles heridas que dejaron los conquistadores sobre las tierras que luego Martí llamó la América trabajadora.

El ciclón postmoderno presenta, en un extremo, al imperialismo norteamericano, voraz e insaciable, y también lleno de contradicciones internas, y en el otro, a los países de América Latina y el Caribe, Asia y África. Lo que dio en llamarse Tercer Mundo está implantado también en el seno de los propios países capitalistas desarrollados. Las pugnas entre las identidades se expresan con agudeza en todos los confines de la Tierra.

El principio de universalidad se levanta al conjuro de la prepotencia imperial que domina las decisiones del Consejo de Seguridad de la ONU. El argumento de que se persigue un más alto grado de civilización —a partir de una visión dogmática y mutilada de la democracia y una reedición en nuestro mundo de la *pax romana*— se esgrime con un cinismo o una ignorancia ramplona por quienes se mueven por el egoísmo desenfrenado de sus ambi-

ciones de poder. Se olvida, incluso, la más importante de las identidades, la de la propia humanidad, a la cual debemos salvar del desastre.

De todos modos, para los círculos más egoístas y dominantes de los Estados Unidos y sus aliados no se les presenta un camino fácil en la expansión de sus economías dentro de los cánones deshumanizados y homogeneizantes con que contemplan a las culturas y los intereses de la inmensa mayoría de los seres humanos. El crecimiento intolerable de la arbitrariedad y el abuso de poder han conducido históricamente a la quiebra de los sistemas socioculturales y jurídicos.

La contención que actualmente puedan representar los principios éticos y jurídicos de valor universal y el sistema institucional que encarna la civilización postmoderna, en cuya cúspide se halla la ONU, está en peligro de sufrir un colapso. Y esto es porque el uso arbitrario y el ejercicio abusivo del poder por parte del Consejo de Seguridad y de las fuerzas que promueven sus decisiones, están creando ya enormes dificultades prácticas.

Debemos comprender cómo los enfrentamientos entre los dueños de la riqueza y las masas trabajadoras y explotadas se vinculan a fenómenos tales como: la independencia de las naciones, los cambios generacionales, los derechos de las minorías étnicas y culturales y los movimientos migratorios, entre otros. No es que esos procesos hayan irrumpido en fecha reciente; han recorrido todo el siglo xx, pero a finales del milenio, se revelan en formas mucho más dramáticas y complejas.

Cada una de estas categorías y su intenso entrelazamiento ameritan profundas aproximaciones científicas que redunden en efectivas prácticas políticas

y culturales de liberación. La nueva izquierda en América Latina tendrá que hacerlo con coherencia y precisión, en tanto la manipulación y distorsión de estos fenómenos por parte de los grupos y clases económicamente dominantes, condicionan los principales acontecimientos internacionales.

En la confrontación entre identidad, universalidad y civilización está el vórtice del ciclón “postmoderno”. Es la nueva dimensión que está alcanzando el drama social, económico y cultural en los años posteriores a la caída del muro de Berlín. Al término de la Segunda Guerra Mundial ya se avizoraban y producían estos enfrentamientos, pero la existencia de un equilibrio bipolar contuvo, o al menos amortiguó, un desenlace radical de relaciones tan conflictivas.

Acabemos de reconocer que el equilibrio bipolar fue un elemento conservador en la historia humana. Al menos este es su resultado histórico. Sólo a partir de esa conclusión se puede encontrar un camino revolucionario hacia el futuro.

El ciclón que se gesta no ha tomado aún suficiente fuerza y no es posible pronosticar plazos para que esto ocurra. Pero la bomba de tiempo está ahí. Y hay otra bomba: la que se halla en los laboratorios y en los centros de investigación. Si su crecimiento incontrolado se mezcla con el drama social, nada puede asegurarnos la supervivencia de la especie humana.

Veamos cómo entiende uno de los grandes escritores y pensadores de nuestra América el reto de esta época postmoderna. Mario Benedetti señaló que en *...la vieja ley de las compensaciones: el pesimismo, es, en cierta manera, una actitud conservadora, autodefensiva, destinada a resguardar lo que ya se*

tiene; mientras que el optimismo es el gesto primario destinado a alcanzar aquello de que se carece.

Quizá por eso la cultura latinoamericana aparece como más vital, más pujante, y así pueda resarcir en parte su falta de refinamiento o de solera. Es perfectamente comprensible que el joven intelectual europeo de hoy (no el de ayer o anteayer, que estuvo por cierto muy enraizado en los temas y problemas de su respectiva sociedad) se sienta seducido por el postmodernismo, con su condición lúdica y versátil.

Y más adelante dice Benedetti: *...es más cómodo, menos riesgoso, defender lo lúdico. A todos interesa, entretiene, fascina el juego; en cambio espanta a muchos la hondura existencial, la pregunta acuciante, el enigma del ser.*

Y con posterioridad afirma: *En la hipótesis de Freud sobre ahorro del gasto psíquico, se considera el humor como un "gasto de sentimiento ahorrado". Y, sin embargo, con todas sus innegables virtudes, lo lúdico es sólo un complemento de lo esencial, un accesorio de la cultura en profundidad.*

En efecto, ningún hombre verdadero rechaza la ciencia, la técnica, como tampoco los juegos ni las flores que forman parte de la naturaleza humana. Pero los desafíos actuales no se resuelven con frases retóricas, pomposas y huecas ni con simples divertimentos. Se reclama una retórica de profundos fundamentos culturales.

Si no se promueven la solidaridad y la ternura como líneas sustantivas del crecimiento económico-social, no habrá esperanza de que dejemos una huella duradera sobre la tierra. Sería muy triste que seres humanos más cercanos a los que muchos hombres llaman Dios, es decir, con más inteligencia

y amor que nosotros, arriben aquí en los siglos o milenios venideros y encuentren en un inmenso cementerio los vestigios de un pasado lejano, de cuando en el planeta Tierra existían hombres, flores y poesía.

Hace falta, pues, que del seno de la postmodernidad surjan voluntades, pensamientos y acciones capaces de asumir el desafío que supone la supervivencia humana como la única garantía de que hombres, flores y poesía se expresen con toda su fuerza y libertad creadora.

Los cubanos nos negamos a aceptar la profecía del diablo y asumimos el sentido latinoamericano de la cultura que, como dice Benedetti, *aparece como más vital, más pujante, y no perdemos la alegría, las flores y la poesía*. Las necesitamos también para alcanzar la victoria.

No tenemos vocación apocalíptica. La tradición espiritual de nuestro pueblo, en especial la de los últimos años, nos ha confirmado que los valores morales, la voluntad transformadora y el cultivo de la inteligencia, cuando están unidos a sentimientos solidarios, tienen fuerza como para salvar a una nación.

Por esos valores es hoy nuestra patria un país iberoamericano y una nación caribeña independiente. Por estos valores espirituales se mantiene viva la Revolución Cubana, resistiendo el más inhumano bloqueo económico ejercido por una superpotencia contra un territorio pequeño y subdesarrollado. La patria de José Martí postula su confianza en la utilidad de la virtud, en la vida futura, en el mejoramiento humano y en que con esfuerzos solidarios pueda reinar la fórmula del amor triunfante que proclamó el héroe de nuestra América.

Inspirados en sus palabras, los cubanos de hoy podríamos decir: Lo que hemos hecho y haremos es para eso. Inspirados en ellas, deseamos unirnos a ustedes y a millares más como ustedes para cumplir, en el siglo XXI, las ideas fundamentales del Movimiento por la Paz y la Soberanía de los Pueblos.

Retos y estrategias en el fin del milenio*



Hace 200 años fueron pronunciadas tres palabras claves a las que hay que darle un valor genuinamente universal: libertad, igualdad y fraternidad. Este es un reto para cualquier época histórica que aspire a superar la llamada “Edad Moderna”. No puede haber una nueva era si no se plantea consecuentemente materializar lo que estos tres conceptos encarnan como expresión humanista.

Lo que se esconde en las esencias del caos post-moderno es, precisamente, la necesidad de darle un valor genuinamente universal al ideal democrático y de liberación humana que los hombres más preclaros de la Edad Moderna se plantearon como su más noble aspiración.

Bien sé que la visión realista y racional a que todo hombre está obligado me debe hacer reconocer que ya mi generación no lo verá. Pero los hombres honrados que aspiran a ser revolucionarios o que han

* Discurso pronunciado en la clausura del “I Encuentro Iberoamericano Cultura y Desarrollo. Retos y estrategias en el fin del milenio”, La Habana, 23 de noviembre de 1995.

alcanzado un alto nivel de cultura espiritual, no pueden éticamente renunciar al pensamiento humanista entendido en su acepción más universal, porque no pueden vivir sin ese sueño. La humanidad de hoy sólo podrá alcanzar lo posible si sueña con este “imposible”. Como esto sólo puede asumirse como una aspiración o meta con la cual enfrentar el drama de una humanidad fracturada en las ideas y en las luchas por sus intereses económicos, hay que empezar por lo que se halla en la esencia de las mejores y más nobles ideas que el hombre ha venido concibiendo y elaborando durante milenios.

Federico Engels, ante la tumba de Carlos Marx, dijo que el hombre necesita, primero comer, vestir y tener un techo, y luego crear vida espiritual. Esta es una verdad del sentido común que el marxismo elevó a categoría filosófica, sin embargo, no está en contradicción con Engels, sino precisamente todo lo contrario, destacar esta verdad del sentido común. Sin vida espiritual sería metafísico hablar de humanidad, dado que ella no tiene existencia real sin la cultura que ha creado o está en posibilidades de crear, la cual constituye su originalidad en el reino animal.

Podemos, pues, reconocer como conclusión científica que “no sólo de pan vive el hombre”. Me valgo de la expresión de Engels para decir que ambas verdades han estado ocultas en malezas ideológicas de siglos. Debemos aspirar a considerarlas como piedras angulares de cualquier visión filosófica post-moderna que se respete.

Antes de referirme más concretamente a este asunto, quiero describir algunos de los obstáculos que nos está oponiendo la dispersión y el caos de ideas presentes en nuestro mundo. Estos tiempos levantan mareas de especulaciones, predicciones, incógnitas

e interrogantes de la más variada especie. Los mensajes transitan un amplio espectro que va, desde los que reviven las profecías apocalípticas de Nostradamus, hasta los que todavía imbuidos por la euforia que causó el estrépito de la caída del muro de Berlín piensan que el siglo XXI será el del capitalismo triunfante y boyante, panacea para la solución de todos los problemas del mundo.

Se inventan palabras de moda al amparo de estas últimas creencias: "postcapitalismo". El filósofo austriaco Peter Drucker no sólo la acuña, sino llega a decir *que la nueva sociedad será a la vez no socialista y postcapitalista es casi seguro*, y señala con su visión pragmática que el conocimiento humano será el motor de las grandes transformaciones. Se trata de una verdad a medias. Olvida, o quiere olvidar, que la humanidad necesita de la cultura en su acepción cabal para promover la más radical revolución humanista. Se nos quiere seducir con una supuesta novedad: la fórmula neoliberal. Se apuesta ciegamente a las fuerzas del mercado, se cantan elegías a las privatizaciones, incluso se descalifica el proyecto burgués del Estado Benefactor.

¿Qué ha resuelto este mundo etiquetado con sufijos subyugantes? El escritor uruguayo Eduardo Galeano, en página admirable y lúcida, nos recuerda que *este mundo del fin del siglo, que convida al banquete pero cierra la puerta en las narices de la mayoría, es al mismo tiempo igualador y desigual, pues nunca el mundo ha sido tan desigual en las oportunidades que brinda, pero tampoco ha sido nunca tan igualador en las ideas y costumbres que impone; la igualación obligatoria que actúa contra la diversidad cultural del bicho humano, impone un totalitarismo simétrico al totalitarismo de la desigualdad*

de la economía, impuesto por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otros fundamentalistas de la libertad del dinero. Y añade Galeano: en el mundo sin alma que se nos obliga a aceptar como único mundo posible, no hay pueblos, sino mercados; no hay ciudadanos, sino consumidores; no hay naciones, sino empresas; no hay ciudades, sino aglomeraciones; no hay relaciones humanas, sino competencias mercantiles.

Es realmente vergonzoso que las conquistas culturales y de la invención humana más fascinantes de la segunda mitad del siglo xx, se utilicen para estimular las más bajas pasiones. ¿Es acaso inevitable que la conquista del espacio extraterrestre se halle acompañado por aventuras de dominación ideológica a partir de la globalización hegemónica de las transmisiones vía satélite? ¿Tenemos que conformarnos con la idea de que la maravilla de las redes informáticas se utilicen para la dictadura de los monopolios de la información? ¿Cómo justificar que en nombre de los hallazgos de la ingeniería genética y la biotecnología, de la síntesis química más elevada, se sigan prohijando en laboratorios estratégicos de los Estados Unidos experimentos de muerte y horror, como lo ejemplifican las secuelas de la Guerra del Golfo no sólo para la población civil iraquí, sino, incluso, para las propias tropas de intervención norteamericanas, víctimas de desórdenes psíquicos y nerviosos provocados por la experimentación de nuevas y terribles armas? ¿Por qué la realidad virtual y los CD ROM, capaces de almacenar y difundir imágenes enaltecedoras de la obra humana tienen que convivir con la ciberpornografía?

Los exégetas conservadores de la postmodernidad, del postcapitalismo, del neoliberalismo, no ofre-

cen respuestas a estas temibles interrogantes. Sólo aspiran, como lúcidamente lo ha denunciado el ensayista español, participante de nuestro encuentro, Ramón Fernández Durán, a construir el Estado de la Simulación del Bienestar, es decir, una ilusión, un entretenimiento de los sentidos que no satisface las necesidades y urgencias de las grandes mayorías. *En esencia, se han pervertido las coordenadas de la cultura, ética y desarrollo.* Se trata de que el único modo de sobrevivir y salir adelante es saneándolas y poniéndolas.

Lo primero que necesitamos es tomar conciencia del papel de la cultura en la encrucijada ante la que nos situamos. Si la cultura, como todos entendemos, es la suma de la creación humana, no puede ser ajena al hombre mismo. Es decir, mientras no asumamos que el hombre es producto de la cultura y a su vez, en intensa e inseparable dialéctica, su agente protagónico, estaremos reproduciendo en la práctica, aún cuando esto se oculte mediante formas sofisticadas, modos de extrañamiento y alineación que reducen inequívocamente sus libertades y potencialidades vitales.

La cultura no puede ser limitada a adorno de la vida, no puede ser entendida como accesorio. Divorciada de los espacios concretos de realización de individuos, grupos o sociedades, además de implicar el desmantelamiento de la identidad humana y cultural de las comunidades, implicaría darle la razón a quienes pretenden sacralizar un nuevo orden de productores y consumidores, de tecnócratas y empleados, de ejecutivos y subordinados, lo que en el fondo, y a pesar de todos los afeites con que se quiere maquillar la realidad, sigue siendo un mundo dividido entre explotadores y explotados.

Mucho menos la cultura puede ser presentada como un proceso aséptico. Mantiene vigencia el reclamo del poeta español Gabriel Celaya, cuando decía en versos memorables: *Maldigo la poesía concebida/como un lujo cultural de los neutrales/que lavándose las manos se desentienden y evaden;/maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse*. Porque la cultura, quiérase o no, es una realidad objetiva entrañablemente comprometida con el destino humano y no es integral y profunda cuando se le despoja de una vocación activa transformadora.

Hay, por tanto, que asumir la cultura en su especificidad e historicidad, como espiral ascendente e integradora resultado del hombre mismo a través de sus edades.

Comprender el papel funcional de la cultura nos lleva a dos momentos: el primero, a tomar en cuenta cómo esta es la espina dorsal que sostiene, articula y da sentido a la producción material y de conocimiento, o sea, a los procesos que garantizan la reproducción social del hombre. Se suele olvidar, en tal sentido, una de las más importantes contribuciones de Carlos Marx a la comprensión de este problema, cuando al hablar de las relaciones de producción se refería en *El Capital* a *hombres concretos que bajo condiciones concretas se apropian de las producciones de la naturaleza de un modo adaptado a sus propias necesidades e imprimen a ese trabajo una condición exclusivamente humana*.

Ese es uno de los rasgos tipificadores del papel funcional de la cultura. Además, se debe considerar que la cultura no sólo está encerrada como abstracción en la cabeza de los hombres y que sólo se objetiva en la producción, sino que también, y de manera decisiva, se expresa en la organización social, en los

preceptos jurídicos, en la instrumentación de políticas, en la ética social, en las manifestaciones ideológicas, etcétera. Este momento de la cultura, y es lo que no entendió el “socialismo real” y el capitalismo manipula descamadamente para castrarlo y adocenarlo, no constituye una relación homóloga con la base material, sino de carácter dialéctico: tiene expresiones autónomas, anticipatorias, independientes y, por supuesto, una existencia real y desempeña un papel catalizador.

Esas cualidades son sistemáticamente tergiversadas y denigradas por la práctica “cultural” de las sociedades capitalistas desarrolladas, en tanto poseen y controlan los medios y canales de realización y circulación de la creación humana, desde la formación académica, hasta los más avanzados centros de investigación, desde fundaciones compradoras de talentos, hasta los medios masivos de difusión más poderosos, desde los recursos materiales, hasta el dominio de la imagen. La llamada “globalización” de las relaciones económicas, sociales y políticas contemporáneas no reconocen la universalidad como valor y menos aún la diversidad, sino las más despiadadas formas de hegemonía y homogeneización.

Si en el capitalismo la visión pragmática no le permitió comprender la síntesis integradora de la cultura, de la cual deriva su papel funcional de vasto alcance social, aunque sí emplearlo para fines específicos de dominación y opresión, en el “socialismo real” una visión aldeana e ingenua, dicho en su sentido más peyorativo, le impidió situar la cultura en su perspectiva histórica e integradora.

No se trata únicamente de lo acontecido en el campo estricto de la cultura artística y literaria, donde el normativismo estético concibió el llamado “realismo

socialista”, empobrecedor de formas y contenidos y paradigma del más rancio conservadurismo. Lo más grave fue la subestimación del legado cultural de la historia humana en un sentido más vasto y que desembocó en la tergiversación y reducción del propio legado filosófico en que se inspiraba la Revolución encabezada por Lenin. Negando en la vida cotidiana la herencia de Marx, Engels y Lenin, creyeron que los hombres eran meras fuerzas productivas y que la construcción del socialismo era el resultado de inexorables e irreversibles leyes económicas, con lo que olvidaron el papel de la superestructura, de la auténtica espiritualidad, de la voluntad creadora de todos y cada uno de los hombres y, al hombre mismo en su riqueza e ilimitada capacidad de soñar.

Con relación a este olvido o ignorancia sobre el peso de los valores y categoría de la superestructura había alertado Engels, de manera expresa y terminante, en los finales de su vida.

Cualquiera que sea la conclusión a que se arribe acerca de las causas que motivaron el derrumbe, es evidente que la superestructura política, jurídica y cultural fue incapaz de producir los cambios necesarios en favor del socialismo, y que la acumulación durante décadas de profundas transgresiones éticas se convirtió en un freno para promover un cambio de formas económicas y jurídicas que respondieran a las nuevas necesidades generadas por el crecimiento de las fuerzas productivas que el socialismo había ya logrado en los 25 años posteriores a la II Guerra Mundial.

Todo esto tiene que ver con la forma contradictoria, de carácter antagónico, que llegó a tener la relación entre cultura y desarrollo. Esta es una experiencia histórica que la humanidad entera debe estudiar.

La cultura está situada en el sistema nervioso central de la civilización; desempeña en la historia social el papel sintetizador que en la vida ejerce el metabolismo humano. En la cultura hacen síntesis los elementos necesarios para la acción, el funcionamiento y la generación de una vida cada vez más amplia. El egoísmo y los egocentrismos, enlazados con las luchas económicas, sociales y políticas, limitan su capacidad socializadora. La síntesis de economía y cultura es la única solución.

El papel funcional lo tenemos que comprender y promover, en primer lugar, los políticos y actuar en consecuencia, pues lo que está en juego es la gobernabilidad del mundo, es decir, la orientación y aplicación de políticas que de no adoptarse sobre fundamentos culturales darán lugar a inevitables catástrofes que ponen en peligro la existencia misma del hombre. En segundo lugar, lo tenemos que entender los intelectuales —incluyo también a los políticos en el conjunto, de acuerdo con la acepción gramsciana de esta categoría como factores de movilización de la opinión pública y sujetos activos en la comunicación en el seno de las sociedades para revertir el crecimiento acelerado del desorden que caracteriza el mundo de hoy.

Los cubanos podemos entender esto por nuestra propia historia. La guerra humanitaria, necesaria y breve organizada por nuestro héroe nacional José Martí para independizar a la Patria del dominio colonial fue una obra de amor, de concertación de voluntades dispersas, de cultura.

Las reflexiones martianas sobre Nuestra América, que a más de una persona de su tiempo pudieron parecer irrealizables, configuran hoy en uno de los pilares esenciales sobre los cuales se levanta la pers-

pectiva de integración continental un siglo después. Cuando Martí nos habla de que lo primero que hay que hacer es reconquistar al hombre, nos sitúa a escala verdaderamente universal en la encrucijada donde estamos hoy: no es ya posible seguir avanzando, siquiera preservar lo que las civilizaciones han conquistado, sin una ética humanista que sea consustancial a las estrategias de desarrollo.

Esas alternativas pasan por los reclamos insatisfechos de justicia social, de desarrollo sostenible y sustentable, de defensa del patrimonio material y espiritual de la humanidad, de redistribución equitativa de las riquezas. O estos valores se promueven con voluntad y eficacia o la catástrofe sobrevendrá.

Se trata de pensar y poner en práctica una interrelación dialéctica entre la racionalidad de las estrategias de desarrollo y el cultivo de la espiritualidad, levantando las banderas de una genuina ética de carácter universal. Pero para mí no basta plantear los problemas teóricos sin los cuales no es fácil encontrar solución. Somos políticos y hombres de Estado y tenemos responsabilidades inmediatas. Por ello permítanme explicar lo que hemos hecho en Cuba, en los últimos años, en relación con la economía de la cultura, lo cual servirá para mostrar que la cultura, además de su valor esencial de uso, sin el cual no habría humanidad, tiene un valor de cambio que ha sido históricamente distorsionado, ocultado y criminalmente manejado por los intereses egoístas. Nuestro deber era orientar ese valor de cambio en función de su valor de uso.

Desde que a finales de 1976 se creó el Ministerio de Cultura, comenzamos a apreciar de manera muy objetiva, el hecho de que la economía de la cultura y el mercado del arte podían y debían hacer un aporte

económico al socialismo, que si bien no cubría los gastos en esta amplia esfera, lo cual era imposible, ayudaría a compensarlo.

El asunto era sumamente complejo, incluso más aún que en otras esferas de la vida social, porque se trataba, precisamente, de una producción que tiene esencialmente que ver con la vida espiritual. Sin embargo, me pareció que la conclusión a que habíamos llegado no significaba tener un sentido mercantilista de las cosas, sino que podría representar una idea útil al socialismo. Además, estábamos ante el hecho objetivo de que la cultura, sobre todo a escala internacional, sólo se puede promover por la vía del mercado.

En aquella época teníamos, también, la ventaja del comercio con la URSS y los países socialistas de Europa del Este. Las necesidades de recursos materiales para la producción artística venían, fundamentalmente, por la vía de las relaciones económicas que sosteníamos con la Unión Soviética que, como se sabe, eran favorables para nuestro país.

Para que se tenga una idea del programa que surgió en el campo cultural tras el derrumbe del “socialismo real”, considérese que el 85 % de nuestras necesidades materiales para la creación y producción artísticas eran cubiertas por el mercado con la antigua URSS y otros países socialistas.

Antes de 1991, no obstante estar socializadas las empresas encargadas de la producción cultural y artística, la economía de la cultura y el arte eran subvencionados por el presupuesto estatal. Las entidades económicas de nuestro sector hacían sus aportes al fondo central del Estado y el Gobierno, también centralmente, aprobaba los presupuestos para nuestras necesidades. Como se conoce, esa fue la forma económica que se adoptó en el “socialismo real”.

Cuando se produjo la extinción de la URSS, nos vimos en la necesidad de aprobar nuevas formas de financiamiento radicalmente diferentes a las que habían regido en las primeras tres décadas. Me refiero especialmente en materia de divisas. En 1991, se tomó la decisión de que las líneas principales de la producción artística y cultural se autofinanciaran en divisas, sobre el fundamento de que todas las entidades de este carácter estaban socializadas.

Lo que hayamos hecho a partir de ese año, en materia de divisas, ha dependido exclusivamente de las ganancias que ha dejado la producción y creación artística y cultural. Podríamos decir que el Estado cubano no subvencionó en divisas a la cultura y el arte en esta fecha. Su financiamiento dependió de las empresas y entidades de la economía de la cultura, las cuales, desde luego, pertenecen al Estado. Propiamente, el dueño es la sociedad civil que nuestro Gobierno representa.

De esta forma hicimos crecer las ganancias de nuestras empresas, las cuales dieron saltos que nos permitieron afirmar que esta estrategia puede asegurar hacia el futuro los recursos para el desarrollo del arte y la cultura.

Desde luego, recibimos una cifra importante como subvención estatal en moneda nacional que, obviamente, también representa financiamiento en divisas, aunque sea de manera indirecta.

Como es lógico, todas las líneas de producción cultural y artística no pueden autofinanciarse. No es lo mismo lo que podemos hacer en la música, en la plástica, o en un sentido más limitado en el cine y en el teatro, que lo que significa en la enseñanza artística y en el libro. En este último la situación es muy compleja y exige una consideración muy especial,

pues el costo de la producción, la transportación, etcétera, crean serias limitaciones. Habrá que ir, y en eso estamos, a vínculos con instituciones de otros países interesadas en asociaciones económicas, siempre que la observancia, desde luego, de las leyes cubanas y la defensa a ultranza de los principios de nuestra identidad cultural.

Para procurar un equilibrio que permitiera la satisfacción razonable de todas las necesidades, creamos el Fondo de Desarrollo de la Educación y la Cultura con lo que aportan las entidades más recaudadoras y con esto sufragamos los gastos de las líneas y actividades que no pueden autofinanciarse.

Por ejemplo, las visitas de los turistas a los museos y otras instituciones, cuyo pago es en divisas, van a una cuenta con el rubro de Patrimonio Cultural. Esto ha servido para enfrentar, todavía de manera muy limitada, las necesidades de nuestras bibliotecas y museos, entre otros.

La Revolución venía organizando un amplio programa de fiestas y encuentros culturales que antes eran subvencionados por el Estado. En la nueva situación teníamos que promover formas diferentes de financiamiento que encontramos organizando programas turísticos que justificasen económicamente estos encuentros. Todos los encuentros internacionales que ustedes conocen que se celebran en Cuba están insertados dentro de un programa turístico.

En el orden político, lo más importante de lo que describimos está en las nuevas formas de financiamiento del arte y la cultura, tienen un carácter netamente socialista en el sentido más radical del término, cuyo contenido viene dado por el destino o distribución de la ganancia o plusvalía. En nuestro país, el de la economía de la cultura va dirigido a

este objetivo a partir, desde luego, del sistema institucional del arte y la cultura.

Nada de esto debe entrar en antagonismo con los principios de la política cultural en que nos inspiramos. Hemos puesto la economía de la cultura al servicio de estos principios y no al revés. Esta no es una tarea fácil y no dejan de presentarse diversos inconvenientes, pero decía Lenin que no debíamos confundir los obstáculos de hecho con los de principio. Se trata de una política desde el punto de vista del socialismo, y tenemos que velar por su certera aplicación.

Muchos de los obstáculos tienen que ver con la necesidad de disponer de un personal de alta capacidad en relación con los problemas económicos y jurídicos que plantea esta política y, a la vez, que posea alta sensibilidad cultural. Por esto se requiere calificación en terrenos que a veces han estado tan distantes como son los de la economía y la cultura. Tenemos en parte ese personal y lo llegaremos a tener en su totalidad. Esa es una de nuestras tareas altamente priorizadas. La cuestión de la gestión económica en el mundo moderno y del estudio del mercado está en el centro de nuestras preocupaciones actuales.

La potencialidad de la cultura cubana viene dada por la riqueza que acumuló durante siglos y por la ampliación y elevación que esta ha tenido en los últimos 40 años. Entre esto se destaca el sistema de enseñanza artística.

Hemos expuesto lo anterior para que conozcan que estamos encontrando formas nuevas de hacer el socialismo, pero que no hemos renunciado ni renunciaremos a él. Hay que convencerse de que este no es sólo un problema político y ético, que lo es desde

luego, sino también una cuestión de sabiduría práctica. Renunciar al socialismo significa renunciar a la cultura del país. ¿Qué será la cultura del país si privatizara este conjunto de instituciones de producción y promoción cultural? Sería la derrota moral y política de la Revolución Cubana. Propiamente, se degradaría toda nuestra gran producción espiritual, donde está incluida la idea misma de una Patria independiente.

A menudo se pide que hagamos cambios. Pues bien, aquí los hemos hecho y pensamos continuar haciéndolos. Pero sépase bien que los hemos realizado sobre los fundamentos de los intereses que representamos, que son los de once millones de cubanos y sus sucesores. ¿Y cómo los defendemos de manera más acertada? Sólo con el socialismo. Esta es la posición de Cuba. No la imponemos a nadie, pero tampoco vamos a aceptar que se nos imponga otra diferente.

Para concluir, debo invitarlos a pensar en algunas proposiciones concretas de carácter internacional. Lo más importante es que todos estrechemos filas con la UNESCO, que es una institución de influencia universal que entiende muy bien estos problemas, y con todas aquellas entidades que puedan ayudar en el empeño generoso.

A propósito de esto, debo referirme a la feliz iniciativa de Gloria López, sobre la cual tuve el privilegio de conversar recientemente con el Director General Federico Mayor, quien le brindó todo su apoyo a esa iniciativa. Incluso, me planteó que, a nombre suyo, conversara con las demás autoridades de la región para llevarlas a cabo.

Lo que se propuso la Oficina Regional fue organizar en Cuba, en 1996, un encuentro de cultura y

turismo y elaborar un programa de este carácter que relacione las áreas del Caribe con las interesadas de Europa y otras regiones del mundo. Podríamos llegar así a un programa que promoviera el conocimiento de los países y zonas caribeñas en todas las latitudes. Si en ello se interesan las organizaciones de estados del Caribe y diversas entidades turísticas, culturales, científicas, entre otras, se podría hacer algo sumamente interesante, de gran valor cultural, sobre fundamento de intereses económicos.

Si esta iniciativa la calorizamos y ejecutamos eficientemente, los vínculos entre economía y cultura se mostrarán de una forma muy objetiva y nuestras reuniones tendrían no sólo un contenido académico y cultural, sino también representarían programas de interés y significación económica, política y social. Si ello es así nuestros encuentros adquirirían significativa importancia y abrirían vías para ejercer de verdad nuestra voluntad de vincular cultura y desarrollo.

Cultura y turismo*



En el encuentro de ministros iberoamericanos de turismo celebrado en La Habana, señalé que si a esta industria se le había comparado con una locomotora que arrastra una serie de carros como los de la industria ligera, de la comunicación, de la alimentación, entre otras, la cultura era el combustible que la movía, el paisaje por donde transitaba y debía ser el destino hacia donde se dirigiera, es decir, el rumbo del turismo tiene que tomar en cuenta, de una manera altamente priorizada, la cultura de nuestros pueblos.

Dialogar acerca de este importante tema y hallar fórmulas prácticas para promover la cooperación entre las entidades turísticas y culturales es el propósito que plantea la UNESCO al convocar el presente encuentro.

La cultura, en una época que algunos han caracterizado como postmoderna, no puede renunciar a encontrar una plataforma común con el turismo. Si los

* Palabras pronunciadas en la apertura del Encuentro Internacional "Turismo y Cultura en América Latina y el Caribe", La Habana, 18 de noviembre de 1996.

responsabilizados con la vida espiritual de nuestros países permanecen de brazos cruzados ante el crecimiento acelerado de un sector que brinda enormes recursos económicos y que se facilita con los modernísimos avances de la comunicación, entonces la industria sin chimeneas creará un ambiente social y moral tan perjudicial como el que viene afectando la atmósfera. Así, acabará impidiendo que se alcance el más noble destino del turismo trocándose en una actividad subordinada a objetivos bien diferentes al de la solidaridad, el amor y la comunicación entre los hombres.

Para garantizar una alianza estratégica entre estos dos vastos campos de la humanidad, es necesario que esta responda a los intereses del desarrollo turístico y los de la cultura de nuestros pueblos. De eso se trata. En tal situación, enfoquemos el asunto a fondo.

Es de conocimiento universal la necesidad de comprender que la cultura constituye un perfil esencial del desarrollo económico y social. Una visión tecnocrática de la economía y del desarrollo, así como una apreciación conservadora, heredada de siglos anteriores, que considera la cultura simplemente como un lujo, un adorno o algo superpuesto, condiciona las mentes, limita la ejecución de iniciativas prácticas e impide en esencia, comprender la naturaleza real de los problemas económicos y sociales que gravitan sobre el hombre moderno.

Esto se visualiza en el turismo de una manera concreta e inmediata. En la formación de los ejecutivos, de los gerentes, de los especialistas y del personal que labora en este sector, debe fomentarse una concepción abierta a la comprensión del papel de la cultura y específicamente del arte.

¿Qué busca un turista en nuestra tierra? Le interesa su clima, el sol, sus playas. Mas, ¿qué otra cosa desea a buscar? Viene esencialmente a conocer e interesarse por Cuba. ¿Y cómo se le revela? Mediante su música, sus artes plásticas, sus museos, su teatro, su cine, su literatura, sus monumentos, sus avances en la educación y la ciencia, sus progresos en la salud pública, en fin, *en los valores humanos y sociales expresados en su cultura*. Entre estos, hay uno que resulta de interés bien concreto y que, a diario, viene acompañado de dificultades de diferente índole. Me refiero al trato humano, a la relación personal entre quien atiende al visitante y el turista mismo. Ahí un buen trabajo significará cultura, un mal trabajo tiene un fondo de incultura. Los turistas desean conversar, conocer de la historia del país, de la evolución de su economía, del estudio y desarrollo de su naturaleza, de las distintas expresiones de su arte y de sus ideas y sentimientos. Todo esto, expresado con información, cordialidad, respeto y en esencia cultura, se convierte en un hecho de inconmensurable influencia para que el visitante vuelva a nuestras tierras, regrese en sus tiempos de descanso y continúe una amistad perdurable.

La relación inmediata y directa de la cultura con el turismo en algunos países desarrollados, alcanza valores de un peso económico realmente significativo en relación al monto total del Producto Interno Bruto. Este peso es superior en la medida en que se promueve el desarrollo. La cultura expresa o debe expresarse como indicador esencial del desarrollo. Para apreciar la influencia económica del arte y la cultura en el turismo y en otras esferas de la vida social, no bastan las mediciones estadísticas.

La calidad de la vida como parte componente de un genuino desarrollo social, significa, promover la

vida cultural y esta posee una influencia económica que aunque muchos no la vean, existe objetivamente. Hay esferas de la cultura cuyo valor económico se puede determinar concretamente y así se hace. Sin embargo, su valor indirecto y mediato no se puede registrar con cifras por las mismas razones que no es posible medir el espacio cósmico con cintas métricas, sino mediante años luz y aún así pueden ser insuficientes.

Podríamos subrayar que los problemas esenciales del turismo, aquellos que van a determinar su elevación cuantitativa y cualitativa, tienen que ver con nuestra capacidad de insertar la cultura y el arte en el centro de nuestros esfuerzos para enfrentar el programa de desarrollo turístico.

Por ejemplo, si se analiza la influencia del crecimiento de la industria cultural sobre las inversiones que se realizan y si se tiene en cuenta que desde el proyecto mismo de las instalaciones, hasta su ambientación y, desde luego, la comercialización de la producción artística, debe estar presente el sello de la cultura, se entenderá el valor económico que podemos brindar a este empeño decisivo de la nación.

El desarrollo actual y prospectivo del turismo, puede convertirse en un elemento que ayude, en lo posible, al equilibrio económico entre los países desarrollados y subdesarrollados. A propósito de ello, plantearía la cuestión en el sentido de que las riquezas naturales y culturales del llamado "Tercer Mundo" pueden ser fuentes de recepción turística de enorme importancia económica y de influencia espiritual.

Efectivamente, la apertura de estos países al turismo como factor regenerador de sus economías y como dinamizador de los intercambios culturales y de

aproximación de los pueblos más desfavorecidos con los más ricos, se debe convertir en un objetivo esencial de debate. Es posible que se descubra —lo tengo por cierto— que nuestros pueblos, atrasados económicamente, poseen una riqueza cultural y espiritual que ayude a comprender, al llamado “mundo desarrollado”, desde una perspectiva universal, los problemas globales de la humanidad y hasta como defender mejor sus propios intereses.

Podemos, mediante el turismo, aportar a los países más altamente desarrollados, experiencias y vida cultural, lo cual, a la corta o a la larga, les será útil económicamente. Muchos de nuestros países económicamente subdesarrollados, tienen altísimos niveles de desarrollo espiritual y están en la cumbre del movimiento intelectual de la humanidad.

En América Latina y el Caribe se encuentra un enorme potencial turístico. Decenas de millones de personas viajan a nuestras tierras, una buena parte de ellas en itinerarios de mutuo reconocimiento y otra parte desde Norteamérica, Asia y Europa, para acercarse a sus riquezas naturales, básicamente las playas y el sol de la costa atlántica, los territorios insulares, las estaciones de montaña, sin olvidar los magníficos enclaves de la margen del Pacífico.

Lamentablemente, no siempre esos desplazamientos se insertan en la dimensión cultural que deseamos. Incluso, en ocasiones, podemos hablar justificadamente de efectos negativos. La doctora Gloria López Morales se ha referido a la impronta de lo que llama la “manada ciega”, una especie de desplazamiento sin sentido, una colisión degradante que niega el encuentro humano que presupone el contacto del turista con nuestras realidades.

Para asumir felizmente la conjugación de un turismo cultural, hay que empezar definiendo nuestra po-

sición ante la contradicción entre identidad, universalidad y legítimo derecho a una civilización superior, la cual amenaza a nuestras sociedades. No es posible ignorar los peligros que se ciernen sobre nuestras identidades culturales, a partir de la distorsión de la imagen con que se nos presenta ante el mundo. Por una parte, hay quienes confunden la universalidad con un totalitarismo globalizador, con la homogeneización de la vida espiritual. Y por otra, no faltan los que pervierten la identidad con la estampa de un subdesarrollo sin remedio. En la historia de nuestros pueblos se registran páginas oprobiosas de saqueos de nuestras riquezas culturales, de imposición de modelos consumistas. Se requiere, por tanto, de una dialéctica que armonice el desarrollo de nuestras identidades como garantía de una genuina universalidad.

Esa es la aspiración de la práctica cubana en materia de turismo. Antes de 1959 la actividad turística contaba con cierta notoriedad entre nosotros. Pero, escasamente podía hablarse de turismo cultural. La proliferación de garitos, burdeles y casas de juego convertían a la Isla, y en especial a La Habana, en una triste versión caribeña de Las Vegas, en términos de cultura o mejor dicho, de subcultura.

Esa imagen deplorable, sin lugar a dudas, pesó en la interrupción del flujo turístico durante largos años. En los años 80 cobramos mayor conciencia de que el turismo era una rama esencial para la economía y de que valía la pena desarrollarlo con presupuestos diferentes a los del pasado. ¿Y cuál es la esencial diferencia? La que se revela mediante la cultura. La situación que sobrevino en los años 90 influyó decisivamente en el impulso del sector, habida cuenta su relevancia en la estrategia para sobrevivir y continuar avanzando en nuestro proyecto social.

Pero es más, estamos insertando con fundamentos económicos los programas culturales en los de carácter turístico. Lo hacemos sobre el fundamento de nuestra identidad nacional. Puedo asegurarles que esto ha garantizado importantes proyectos culturales que de otra forma habrían sido irrealizables. A los hombres de cultura y a los gestores del turismo que deseen comprobar el valor económico de lo cultural estamos dispuestos a brindarle información concreta en este sentido.

¿De qué manera nos planteamos esta aproximación a nuestra cultura? Primero que todo, no concebimos una cultura para el turismo, sino que propiciamos que el turista se inserte en la vida cultural del país. Esto quiere decir que nuestro interés pasa por jerarquizar la promoción cultural y lograr que cada territorio y polo turístico desarrolle activamente sus potencialidades. Probado está que cuando el turista se relaciona con una cultura viva se siente enriquecido por el aporte de una experiencia diferente. Lograr esto, no es fácil; deben vencerse obstáculos, incomprendiones y limitaciones intelectuales.

Afortunadamente los ministerios de Cultura y de Turismo de nuestro país cuentan con una política común al respecto que se materializa mediante convenios y proyectos. Los especialistas y trabajadores cubanos del área turística saben que los valores culturales ocupan un lugar prioritario en la promoción del producto de nuestro archipiélago. Los promotores culturales y artistas cubanos ven en el turismo un sector que ofrece espacios para su comunicación con el mundo.

De ahí que, por ejemplo, unos y otros sean celosos guardianes de nuestro patrimonio y que consagren sus mayores esfuerzos a la restauración y preserva-

ción de ese legado. La Habana Vieja y la ciudad de Trinidad y su Valle de los Ingenios, proclamados por la UNESCO como Patrimonio Cultural de la Humanidad son enclaves en los que confluyen las acciones de las instituciones culturales y turísticas de un modo orgánico.

Otra relación importante radica en la concepción de nuestro sistema de encuentros y festivales. Las citas internacionales que organizamos para que nuestro pueblo disfrute de la cinematografía latinoamericana, el teatro universal, las artes plásticas del Tercer Mundo, el arte danzario, la músicaailable, la guitarra popular y de concierto y otras expresiones en las que nos beneficiamos mediante la necesaria confrontación, hallan su fundamento económico en la participación turística.

Pero, quizás donde se haga más evidente el peso de la cultura en la rama del turismo sea en los recursos humanos con que contamos. La atención privilegiada de la Revolución Cubana a la educación, que tuvo como punto de partida la Campaña Nacional que erradicó definitivamente el analfabetismo entre nosotros, trajo por consecuencia la extraordinaria expansión del movimiento intelectual, factor clave en una sociedad cada vez más culta. Y es esa sociedad la que más allá de las riquezas naturales, constituye el escenario que define las coordenadas culturales de nuestra industria turística.

Para las autoridades cubanas del Turismo y la Cultura está muy claro el papel del primero en la estrategia de una dimensión cultural del desarrollo. Entendemos esta como la expresión y la búsqueda de la racionalidad en la explotación de los recursos naturales, la articulación de las soluciones económicas con la preservación del medio ambiente, la par-

participación de las comunidades como agentes socio-culturales protagónicos de la promoción de los valores humanos más elevados, la justicia, la solidaridad y la convivencia pacífica.

Para Cuba hay algo de gran significación moral y espiritual. ¿Cómo puede un país obligado por profundas exigencias de carácter económico, emprender programas amplios en materia de turismo y proteger el tronco de la república? Ello sólo es posible con el escudo de su autenticidad nacional expresado de mil maneras inmediatas y a la vista de cualquiera mediante el arte y la cultura. La contradicción entre la influencia que otros países y sociedades pueden ejercer por medio de la inversión turística y la defensa necesaria de la autenticidad más profunda de nuestra sociedad, sólo puede resolverse si somos capaces de insertar en el desarrollo turístico, la industria musical cubana, el teatro cubano, la artesanía cubana, la literatura cubana, el diseño y la ambientación cubanos de los nuevos hoteles y la exaltación de las comidas y costumbres cubanas. He ahí un principio de interés estratégico para el desarrollo moral, político y espiritual de nuestra sociedad. En fin, si se toma en cuenta que el escudo de la autenticidad de lo cubano viene por la vía del arte y la cultura se concluirá que esto es algo crucial para la vida espiritual del cubano.

No somos gente ensimismada en nuestras pequeñas aldeas, somos gente de mundo y que miramos al mundo. Por eso podemos recibir al amigo y visitante de otros países con curiosidad sana, con interés por mostrarle lo nuestro y por conocer lo suyo y sobre todo para establecer la amistad y la solidaridad, que son las virtudes más hermosas de la humanidad. El turismo debe servir para esto y para mucho más. No

podríamos avanzar, en nuestro arte y en nuestra vida intelectual y espiritual, si no tenemos contacto con el mundo. Nadie, jamás, logrará romper nuestros vínculos espirituales con el resto del planeta. Cuba es decidida, valiente en la defensa de sus principios y no acepta la imposición; pero, a su vez, tenemos un corazón generoso, abierto al mundo y deseoso que en todos los confines de la tierra sin excepción, nos conozcan y conocerlos a ellos mejor. En un mundo como el actual tan cambiante y complejo, que presenta novísimas e imprevistas situaciones, se fortalece nuestra solidaridad y relación con todos los pueblos de la tierra. El desarrollo del turismo sobre fundamentos culturales puede ayudar y ayudará de manera notable a estos nobles propósitos.

Juntos podemos contribuir a que esa dimensión cultural del desarrollo halle en el turismo una concreción medible. Están las condiciones creadas para que este sea un paso de avance en nuestra vocación integradora. Potenciar el turismo cultural en la región significa alentar la cultura de paz que los países miembros de la UNESCO, la inmensa mayoría de la comunidad internacional aspira a hacer reinar en el siglo XXI.

Cultura y desarrollo: el desafío de nuestros tiempos*



Cuando en diciembre de 1976 asumí la responsabilidad de crear el Ministerio de Cultura y junto a un grupo de funcionarios emprendimos la tarea de organizar una vasta red de instituciones culturales y, especialmente, artísticas, dentro del sistema de la economía del país, adquirí plena conciencia de la importancia y enorme complejidad que tenía el hecho de que la producción espiritual era fuente de riquezas económicas. Obviamente, esto era conocido por nosotros, pero al presentarse la cuestión en el plano muy concreto podía comprender mejor la naturaleza del desafío que se nos planteaba. Era esta y no otra la mayor dificultad que tenía ante sí el nuevo organismo.

Otros verían la complejidad en el trabajo del Ministerio en sus vínculos con los intelectuales y artistas, sin embargo, al menos en Cuba, que por tradición espiritual la cultura nacional tiene fundamentos antimperialistas y populares muy profundos, tal rela-

* Palabras pronunciadas en la Cátedra Cultura y Desarrollo Carlos Rafael Rodríguez (Instituto Superior de Arte), La Habana, 14 de junio del 2000.

ción no me ha resultado tan compleja como se suele apreciar desde afuera. Esto a partir de una política fundamentada en la cultura de Martí y de Fidel. Desde luego, en cuanto al arte y los artistas, sus matices se hacen mucho más complejos que con el resto de la sociedad, dado el carácter de su producción y creación. La raíz de tal complejidad no está en los artistas, sino en la naturaleza de la producción intelectual.

Sin embargo, lo más difícil que teníamos delante estaba en abordar el desafío representado en el hecho de que la producción espiritual, de la cual depende la identidad nacional, estaba introducida en el campo minado del mercado. Se trataba de un hecho real que no podíamos pasar por alto.

Se comprenderá mejor el alcance del desafío si se toma muy en cuenta que siempre había abrazado las ideas de Fidel y del Che sobre la influencia de los factores subjetivos en la construcción del socialismo en oposición a las corrientes economicistas o de materialismo vulgar predominantes en el campo socialista.

Sólo el enfoque totalizador de la cultura nos permitía, apreciada como segunda naturaleza, la creada por el hombre, valorar científicamente el papel de la ética en el desarrollo social e histórico. Sin una visión integral no hay posibilidad de un análisis científico del tema de la ética en su relación con la economía y la sociedad. Esta tradición de integralidad nos llegó a los cubanos por las tres figuras claves de la historia de las ideas de nuestro país: Varela, que nos enseñó a pensar; Luz y Caballero, a conocer, y Martí, con su genio intelectual y ético, a actuar consecuentemente a favor de la liberación humana.

Esta definición de cultura que nos viene de la tradición educacional cubana es la universalmente aceptada hoy, y como tal la sostiene la UNESCO. Ello le

permite a esta institución destacar que la cultura es el sector que desarrolla relaciones más amplias con todos los campos de la vida social. Una visión parcial, fragmentaria, de la cultura, lleva a una consideración unilateral que limita su influencia progresista en el curso de la historia de la civilización.

Por otro lado, en nuestro país, donde los medios de producción del arte y la cultura estaban y están en manos del conjunto de la sociedad, resultaba factible que la producción intelectual se insertara en beneficio del desarrollo espiritual. Así, creamos un sistema de instituciones culturales y artísticas y orientamos que los recursos económicos generados por estas se emplearan en programas culturales.

No es objeto de estas palabras señalar en qué medida lo logramos; esto lo dejo para que lo informen nuestros especialistas en economía, ellos tienen una experiencia útil, sólo quiero subrayar que tras el derrumbe, un volumen importante de las divisas que el Estado debía emplear en este sector salieron de las ganancias de las propias instituciones culturales que pertenecían y pertenecen al conjunto de la sociedad socialista. Lo esencial a tratar por aquí, cuando inauguramos la Cátedra Cultura y Desarrollo del Instituto Superior de Arte, está en subrayar —como lo ha dicho Fidel— que sobre fundamentos culturales podremos enfrentar con éxito los retos cubanos en defensa de nuestra identidad.

Llegué a comprender que el tema de los factores subjetivos que tanto movieron la atención en los primeros años de la Revolución, nos conducía a la idea del vínculo entre cultura y desarrollo como una prioridad de la política cultural.

En el centro de nuestros debates sobre esta relación está el eslabón primario y más antiguo de la historia cultural: el tema de la ética.

El maestro fundador de la escuela cubana José de la Luz y Caballero, señaló desde su formación cristiana y su enorme saber científico, lo siguiente: (...) *¿puede la moral aislarse de lo físico, y aislarse con ventaja para su estudio? De ninguna manera (...)*

Posteriormente, Luz y Caballero da detallada y profunda explicación de esta conclusión.

Si aplicamos este mismo principio al conjunto del cuerpo social en sus relaciones con la ética, podríamos confirmar lo que ya tenemos comprobado en la práctica: que el desarrollo material, de no articularse con la vida espiritual y en particular con la moral, se produciría un desequilibrio muy grave en el seno de la civilización. Tarde o temprano repercutirá sobre la economía, hasta incluso conducir a un colapso.

Los teólogos de la liberación han expresado que la insuficiencia de las ciencias sociales en el sistema dominante a escala internacional está en que no tiene en cuenta una realidad clave. ¿Y cuál es esa realidad que no tiene en cuenta? Ellos dicen, con toda razón: el dolor humano. Este tema apreciado desde el plano científico, en tanto ignorancia de lo real, es el tema fundamental de una ética que aspire a desarrollarse sobre tales presupuestos, ignorar el dolor humano es el gran crimen de los sistemas sociales vigentes hasta aquí. Tal ignorancia está en la raíz de las debilidades científico-sociales y filosóficas de los sistemas sociales dominantes. Martí expresó: ... *el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella.*

En la historia de las civilizaciones nunca se alcanzó a elaborar un análisis filosófico, sobre bases científicas, acerca del papel de la moral y la cultura

en la historia humana. Se hicieron trascendentales descubrimientos en el campo filosófico referentes a la economía, sociología y las ciencias históricas, sin embargo, el tema ético, tratado como una cuestión de las religiones —he ahí las razones de su autoridad—, nunca alcanzó las cumbres más altas de un tratamiento científico y filosófico que explicara su necesidad en el desarrollo económico y social; este es el compromiso de la filosofía y la cultura para el siglo XXI. Puedo asegurarles que en la tradición cubana decimonónica hay sabiduría para estudiar el papel de la ética en la sociedad. Ha sido precisamente el mensaje ético en el que más ha insistido la Revolución Cubana desde los años 60 en las voces de Fidel y del Che.

El cuerpo o armazón de la sociedad moderna está mostrando cómo el desgarramiento ético va paralelo a la degradación de la situación económica y del medio ambiente en el planeta. Hay que acabar de entender y extraer todas sus consecuencias de un hecho: la economía política no es algo ajeno a la cultura, entendida esta en su acepción integral, es decir, en tanto segunda naturaleza, la creada por el hombre. Sólo podemos estudiarla y conocerla en sus relaciones jurídicas a partir de las cuales se mueve, desarrolla y se vincula con sus fundamentos éticos. No existe economía política en su acepción científica ajena al sistema de derecho y este, parte esencial de la cultura, está íntimamente relacionado con los principios éticos.

El estudio diferenciado de esas disciplinas es una necesidad de la investigación y la enseñanza, pero, para un análisis a fondo, es necesario encontrar su interrelación. Economía, derecho y ética forman un núcleo central en la historia de las civilizaciones.

Bastaría recordar que el sistema de propiedad de los esclavos, de la tierra, de la fuerza de trabajo, de la plusvalía, van conformando la evolución económica en la historia de las sociedades clasistas y nadie puede cuestionar que en cada una de esas etapas se origina o se relaciona una forma de abordar el tema ético.

La modernidad que deseamos para el siglo XXI tiene, necesariamente, que tomar en cuenta la historia y la prehistoria del hombre y algunos de sus rasgos distintivos.

La civilización esclavista de los romanos y el sistema colonial que establecieron no hubieran perdurado cerca de mil años la primera, y más de medio milenio el segundo, sin el prodigioso sentido práctico y la portentosa cultura jurídica que, afirmados en una extraordinaria producción intelectual, se reconocen hoy como una de las grandes virtudes del antiguo imperio.

En el ocaso del feudalismo, el ascenso del capitalismo europeo no se concibe sin la exaltación de la cultura clásica antigua y su renovación, expresada en lo que llamamos Renacimiento. Los procesos revolucionarios, las transformaciones económicas que ejemplificamos con la Revolución Francesa, y que se extendieron por vastas regiones de la Tierra, son impensables sin los enciclopedistas y el pensamiento que entonces se creó. De la misma manera, las ideas socialistas de los siglos XIX y XX no hubieran existido sin la cultura universal acumulada.

El movimiento revolucionario independentista de los pueblos de nuestra América se impuso sobre el dominio colonial ibérico porque fue receptivo a las tradiciones culturales y políticas más elevadas de la humanidad de su tiempo. Algunas capas sociales de

nuestra América habían asimilado una cultura política, jurídica y filosófica más profunda y renovadora que la prevaleciente en la metrópoli, las cuales se identificaron con los intereses de las masas explotadas y de la independencia de nuestros países.

En Europa se desarrolló, tras la Segunda Guerra Mundial, el llamado "Plan Marshall". Su existencia estuvo condicionada por el hecho de que en el viejo continente existía una base cultural en su sentido más amplio. Es una prueba más de que el desarrollo económico tiene que ir acompañado de la cultura.

Veamos el problema a la luz del desenlace dramático del "socialismo real". Los cubanos conocemos las esencias del drama. Se cometió el error teórico de reduccionismo economicista relacionado con graves desviaciones prácticas, que desembocaron en la ruptura del sistema social vigente en la URSS y Europa oriental.

No se comprendió ni se le extrajeron las consecuencias que la relación entre la economía, de un lado, los sistemas jurídicos, los principios éticos, las ideas políticas y los valores de la superestructura, del otro, tiene una relación de causa y efecto con infinitas formas de expresarse. Se ignoraron las enseñanzas muy concretas que sobre esto nos había brindado Federico Engels.

Las causas fundamentales de que el más vasto proyecto de liberación humana emprendido en esta centuria sufriera un colapso tiene, pues, fundamentos culturales. La subestimación de los valores subjetivos y de lo que se ha dado en llamar superestructura y su tratamiento anticultural se hallan en la médula de los graves errores cometidos. Se pasó por alto que la cultura, en su acepción integral, está en el sistema nervioso central de toda civilización. Estas son lec-

ciones válidas para todas las civilizaciones porque ninguna de ellas hasta aquí ha estado exenta de grandes debilidades de carácter moral. El triunfo definitivo de una ética de valor genuinamente humanista ha sido la más noble aspiración humana durante milenios.

Lo que habría que censurarle al llamado “socialismo real” es que no superó esta situación, porque le faltó desarrollar una ética y una espiritualidad sobre el fundamento de la justicia social que decía proclamar como ideal, no basta un programa económico social de beneficio para todos, era necesario que fuera acompañado de la exaltación de la ética como un elemento clave para la estabilidad de los sistemas sociales.

No se cometa el error de creer que esto es válido solamente para el “socialismo”, sería de una superficialidad criminal. Podemos mostrarlo en los retos actuales que nos plantea la globalización.

La ausencia de ética que se observa en todos los poros del sistema dominante a nivel internacional y cuya más descarnada expresión está en el hecho de que se debata en un salón de Ginebra sobre hipotéticas o reales violaciones de los derechos humanos, mientras la ONU permanece paralizada ante las brutales violaciones y los actos bárbaros que se cometen en la zona de los Balcanes, para los hombres y mujeres de conciencia ética es la prueba inequívoca de la tragedia en que está sumida la civilización moderna.

La oligarquía norteamericana, incapaz de gobernar dentro del derecho y la ética de la actual civilización, apela a la destrucción de toda cultura; quieren imponer un mundo monopolar, pero ello les resulta imposible dentro del contexto de la moderna civili-

zación. Cuando un país de emigrantes como Norteamérica desprecia a todos los que en su tierra no son blancos sajones, se apreciará el cuadro en que se mueven los conflictos de civilizaciones anunciados hacia el siglo XXI. Un mundo unipolar no puede nacer ni sobrevivir sobre las ruinas de todo lo creado por la ciencia y la sabiduría humana de milenios de historia.

No nos dejemos engañar por la fría racionalidad de civilizaciones que se presentan tecnológicamente superiores. Los valores del espíritu que subyacen en la conciencia de la mejor historia del hombre, pueden tener, bien orientados, una influencia objetiva y decisiva para forjar una civilización más profunda y raigalmente humanista. No basta con la racionalidad, ni siquiera con las más elevadas conclusiones científicas y filosóficas del materialismo histórico que la civilización eurooccidental reveló y exaltó en la edad moderna. Hacen falta la ciencia y la tecnología para el mejoramiento humano, pero es necesario, también, generar una voluntad de transformación de la realidad, y para esto es imprescindible el amor, que es la fuerza creadora de la vida humana. ¿Hemos reflexionado con rigor acerca de que la vida social crece y se desarrolla con la savia del amor? Hay que extraer conclusiones científicas y filosóficas de este hecho.

La cultura siempre ocupó un lugar destacado en los procesos productivos y en la economía. Esta ha estado muy relacionada con los conocimientos tecnológicos y científicos y con el crecimiento de la riqueza. En la actualidad, y en especial en el futuro inmediato y mediato, el fenómeno se extiende de manera creciente hacia las operaciones de comercialización y como parte consustancial al papel des-

tacado de la información. De esto se desprende que es necesario determinar la magnitud económica de la cultura y el arte.

Es posible la cuantificación aritmética y, si se hace con rigor, lo podemos comprobar de forma sencilla en casos concretos que tenemos a la vista. Pero la influencia de la cultura es de tal dimensión económica que resulta imposible medirla a largo plazo, esta existe, es real, del mismo modo que lo es el universo.

El problema está en que el carácter social de la producción ha adquirido una dimensión muy superior y sigue creciendo a escala mucho mayor que la de finales del siglo XIX y principios del XX. Lo mismo ocurre con el proceso de internacionalización de las relaciones económicas.

Los más altos niveles de internacionalización de la vida económica son hechos objetivos a los que no podemos renunciar; lo contrario sería encerrarnos en un caracol para, a la postre, vernos aplastados por la realidad. Pero, su inevitabilidad no justifica que ese proceso perjudique y trastorne la vida social y espiritual de los pueblos. Aceptamos el desafío del desarrollo, no obstante hay que insistir en que este reto presupone principios éticos y culturales, y obliga a defender a la humanidad del holocausto, a los pobres de la miseria, y a la Tierra misma del desastre ecológico que ha denunciado la mayoría de los estadistas del planeta.

Es imprescindible para la economía mundial, que el desarrollo se promueva sobre el presupuesto de responsabilidades éticas y culturales, las cuales impidan que se aplaste la vida espiritual y la existencia de centenares de millones de seres humanos. Estos valores, para que tengan real significado, hay que plantearlos en términos universales. Hablamos de

desarrollo de toda la humanidad y no sólo de una parte de ella. En este asunto está involucrada la propia existencia de la humanidad.

Únicamente un sentido ético y cultural de validez universal nos permitirá entender la profundidad del drama económico y social que tenemos delante, encontrar caminos de soluciones y enfrentar un esfuerzo sistemático por vencer estos desafíos. ¿Podrá llegar a entenderse por la moderna civilización capitalista que la cuestión ética plantea en su actual estadio un abismo creciente entre riqueza y pobreza que está poniendo en peligro su propia existencia como sistema social? Lo mejor sería que los hombres que tienen mayor instrucción en las grandes oligarquías le hicieran comprender que no hay más salida para la humanidad, y, por tanto, para ellos mismos.

Sin embargo, no siempre las decisiones que se adoptan en relación con cuestiones de interés inmediato tienen en cuenta los objetivos que a largo plazo puede tener un sistema económico-social. En muchas ocasiones se toman en función de los intereses específicos de quienes adopten las medidas claves dentro del propio sistema. Suele prevalecer así un sentido pragmático y oportunista de la política de los gobiernos.

Los regímenes que se han mantenido más allá de las coyunturas adversas en la historia lo lograron, porque dispusieron de dirigentes cultos y capaces de diseñar políticas a largo plazo que subordinaran los intereses parciales a los de carácter general y perspectiva del sistema.

¿Quiérese mostrar ante el mundo un ejemplo de la influencia de los valores espirituales en el curso de la historia? Sin ellos nuestro pueblo no existiría como expresión de creación hispánica; hablaríamos

inglés, seríamos una estrella más de la Unión Norteamericana. Estamos aquí por la fuerza del espíritu que nuestro pueblo ha sabido articular con las realidades objetivas de la vida social. Sin la voluntad creadora y el heroísmo que históricamente se ha exaltado en el noble orgullo patrio de los mejores cubanos, no seríamos hoy un país con identidad propia.

En Cuba germinó tan fuerte el sentido heroico de la vida y el amor a la independencia, a la libertad y a la dignidad humana, que las fuerzas económicas más poderosas de los últimos dos siglos del Occidente civilizado no pudieron evitar el nacimiento, crecimiento y consolidación de una nación independiente. Esta historia tiene también fundamentos económicos, pero no se explica sin la presencia en nuestro pueblo de una cultura ética, una sensibilidad y una vocación irrenunciable a la independencia y a la libertad.

Sobre estos fundamentos, ética, ciencia y cultura, como categorías diferenciadas en su diversidad, se ensamblaron en una identidad que forjó la sabiduría política de la nación cubana. Observando las realidades del mundo actual y sus peligros, hemos llegado a la conclusión que sin fortalecer este núcleo programático y sin reconocer las especificidades de cada uno de sus elementos componentes, nadie podrá, a escala universal, asegurar que en el siglo XXI una cadena de sucesos dramáticos no desemboque en el último episodio de la historia del hombre. Entonces sí será real el fin de la historia proclamado retóricamente por un tecnócrata de la postmodernidad.

Hasta hoy muchos han situado a la cultura como medio de obtención y ampliación de riquezas materiales, como adorno, o a lo sumo como el conocimiento específico de las cosas. Pero ella es mucho

más: es la diferencia entre el hombre y el resto del reino animal.

Los hombres tenemos que hacer algo. Se torna apremiante la necesidad de rescatar la ética humanista universal. Hay que respetar y exaltar en serio los derechos humanos, y el primero es el derecho que tiene la humanidad a sobrevivir. Se exige una síntesis de la historia cultural del universo para salvar del egoísmo a los hombres, a las naciones y a la propia civilización. Hace falta un programa matriz de todos los programas: la alfabetización ética que supone la preservación del patrimonio espiritual más importante de la civilización, es decir, el hombre.

Por ello, es bueno abundar en un tema central: el de contrarrestar los terribles efectos que tiene el control de la información y de los medios masivos y de difusión de la cultura. Por ahí están nuestros enemigos desencadenando su ofensiva anticultural; por ahí debemos comenzar a analizar cómo organizar la nuestra.

Hay en América Latina y el Caribe un escenario de enorme importancia para crear una plataforma de lanzamiento contra esa ofensiva. Cuba y la cuenca del Caribe, si ustedes las comparan con lo que sucede en los Balcanes y la acción criminal de la OTAN, apreciarán que si por allá se mueve y aliena la desintegración cultural y social que está poniendo en peligro todo el sistema político, jurídico e incluso ético de la moderna civilización, por aquí, en el cruce del Nuevo Mundo, se hallan las fuerzas de integración cultural y social necesarias para enfrentar estos retos. Tenemos base social y popular y la fundamentación cultural para iniciar la contraofensiva contra los que promueven el desorden y la anarquía.

Los imperialistas y sus aliados están tratando de desmontar no ya las ideas del socialismo que tras el derrumbe de la URSS consideran acabado, sino todo el pensamiento y la cultura creada por la humanidad en milenios de historia. Están tratando de desmontar la capacidad humana de pensar, amar y de solidarizarse con los demás.

Desde el Caribe, donde comenzó la historia de la edad moderna, desarrollemos una ofensiva informática y cultural contra las campañas de desinformación, tergiversación y engaño que vienen perpetrando las grandes oligarquías de los Estados Unidos. Sugiero hacerlo con una idea expuesta por Martí cuando dijo: *De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace; ganémosla a pensamiento.*

Los imperialistas, en lo que la Europa culta llamó Nuevo Mundo, tienen el arma de la civilización material; nosotros, en América Latina y el Caribe, tenemos la de la cultura espiritual. Y si aquella intentase aplastar a la nuestra, ella misma sería aplastada, porque sin valores morales no hay civilización que perdure. Sólo vencerá la humanidad cuando venza la cultura espiritual y ética; sólo habrá el equilibrio entre las naciones a que aspiraba Martí, cuando los términos civilización y cultura se integren armónicamente en una sola identidad. Este es el gran sueño del Nuevo Mundo.

Por todas estas razones, frente a la globalización neoliberal y anárquica debemos responder con las ideas claves contenidas en el tema central de este encuentro: *Cultura y Desarrollo*. Es la respuesta que exigen los tiempos intermilenios y las proyecciones necesarias hacia el siglo XXI.

En ese sentido, la Cátedra que lleva el nombre honroso de Carlos Rafael Rodríguez debe y puede

hacer un importante aporte para enfrentar la batalla contra la globalización neoliberal porque puede promover la globalización con cultura, lo que significa solidaridad.

Entre los títulos publicados más sobresalientes del autor se hallan: *Del trabajo cultural* (1978); *Cambiando las reglas del juego* (1983); *Cultura en revolución* (1990); *Cubania, cultura y política* (1993); *Perfiles* (1995); *Hacia una dimensión cultural del desarrollo* (1996); *Somos una consecuencia histórica de los mejores ideales de la edad moderna* (1997) y *Aldabonazo* (1998).

En ellos se refleja su incesante preocupación, así como su entrega intelectual en el tratamiento de temas como: la política; el papel de las ideas en el desarrollo social; las relaciones entre historia y sociedad; y entre cultura y desarrollo.

En síntesis, como dijera Eduardo Torres-Cuevas, otro importante intelectual cubano, en ocasión de la entrega del título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de La Habana al autor... “En pocas vidas se da tanta coherencia entre la práctica revolucionaria y la producción creadora y retadora de ideas... el Hart que hoy tenemos entre nosotros ya inserta sus trabajos y sus ideas en el siglo XXI”.



Cultura PARA **EL DESARROLLO**

Uno de los retos globales de fondo que afronta la humanidad en los últimos años pasa por la necesidad de situar a la cultura en el centro de concepciones estratégicas del desarrollo. Este es el sector que más complejas relaciones ejerce en todos los campos de la vida: la economía, la ecología, el turismo, la formación moral ciudadana, entre otros.

En esta obra, el doctor Armando Hart nos plantea que la cultura es capaz de desempeñar un papel destacado no solo en la solución de los conflictos actuales, sino también en la búsqueda de caminos por un mundo mejor, así como para proyectarnos con responsabilidad ante los retos del siglo XXI.

En fin, si se toma en cuenta que el escudo de la autenticidad de un país viene por la vía del arte y la cultura, se concluirá que resulta crucial para la vida espiritual de todo ser humano.

EDICIÓN FINANCIADA
POR EL FONDO
DE CULTURA Y EDUCACIÓN



CIENCIAS SOCIALES

ISBN 959-06-0444-7



9 789590 604447